

¿Te perdiste una edición?

IDENTIDAD

REVOLUCIONES

EXTINCIÓN

PROPIEDAD

ÉXODOS

TIEMPO

VIDAS AL MARGEN

MEXAMÉRICA

TABÚS

MAPAS

DAÑOS COLATERALES

Varias mujeres feministas somos producto del 68... “Venir del 68” implicó tener una comprensión tácita sobre la importancia de la participación ciudadana, sobre la fuerza de la movilización, sobre la necesidad de expresar una propuesta para cambiar el tipo de relaciones sociales.

MARTA LAMAS

La perplejidad de la memoria del 68 es ésta: cada vez que se reúnen en libertad los ciudadanos se restablece el cuento de la ciudadanía, siempre indefinida y, por tanto, posible.

FABRIZIO MEJÍA MADRID

Durante el debate hubo un diputado que prefirió no hablar: dijo que la voz, para opinar sobre el aborto, debían tenerla las mujeres, y leyó un comunicado escrito por el colectivo de mujeres de su provincia.

MARINA PORCELLI

Por primera vez en la historia la juventud se volvió una fuerza política en sí misma.

PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE

El México de 1968 no es, por supuesto, el de 2018: estos cincuenta años se han significado por incontables avances en materia de libertades y derechos humanos, pero el balance que podemos hacer del presente es más bien negativo.

JORGE VOLPI

En la historia del 68 la participación de los padres no ha tenido la misma visibilidad y atención que después tendrían movimientos como el de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina o los padres de los jóvenes asesinados en Ayotzinapa...

GINA ZABLUDOVSKY KUPER

¡Te la enviamos!: unam.edicionesanteriores@gmail.com

Y, si no quieres que te pase de nuevo,
¡suscríbete!: suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:
www.revistadelauniversidad.mx



M68

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 841, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

M68

¿Cómo se leen hoy en día los acontecimientos de 1968 ? Tanto en México como en otros países del mundo ese año marcó una serie de apasionadas revoluciones. ¿Qué pasó con ellas? ¿Qué historia hemos escrito desde entonces?

Arnulfo Aquino • Hermann Bellinghausen • Alberto Blanco Roberto Bolaño • Mariano del Cueto • Ana Emilia Felker Julieta García González Karim Hauser • Marta Lamas Soledad Loaeza • Fabrizio Mejía Madrid • Augusto Mora Philippe Ollé-Laprune Óscar de Pablo • José Luis Paredes Pacho • Sergio de Régules • Yelitza Ruiz • César Tejeda • Lucía Treviño Gina Zabludovsky Kuper Michael Žantowský

ENTREVISTA
A FERNANDO
IWASAKI
EZRA ALCÁZAR

EL CHARLES
BRONSON
MEXICANO
BIBIANA CAMACHO

EL FUTURO
YA LLEGÓ
MARINA PORCELLI

ENTREVISTA
A TARIQ ALI
DAVID ELGAR

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM



UNAM
La Universidad
de la Nación



M68

CIUDADANÍAS EN
MOVIMIENTO



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

M68

culturaUNAM

NÚM. 841, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330



UNAM
La Universidad
de la Nación



RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dr. Jorge Volpi

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Dra. Rosa Beltrán

Mtro. Joaquín Díez-Canedo Flores

Dr. William H. Lee Alardín

Dr. Jorge E. Linares Salgado

Dr. Alberto D. Vital Díaz

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magalí Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julieta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Papús von Saenger

Daniela Tarazona

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

DIRECTORA

Guadalupe Nettel

COORDINADOR EDITORIAL

Javier Ledesma Grañén

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

EDITOR DE CONTENIDOS

Jorge Comensal

DIRECTORA DE ARTE

Diseño AGH

JEFA DE REDACCIÓN Y CUIDADO EDITORIAL

Sandra Heiras Garibay

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

INVESTIGACIÓN ICONOGRÁFICA

Carmen Uriarte Acebal

PROMOCIÓN Y VINCULACIÓN

Guillermo Vega Zaragoza

DISTRIBUCIÓN

Graciela Martínez Corona

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle

IMPRESIÓN

Impresos Vacha, S.A. de C.V.



IMAGEN DE PORTADA: GRÁFICO DISTINTIVO E ISOLOGO DE LA CONMEMORACIÓN DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968.
NAAANDEYÉ GARCÍA Y MANUEL DÍAZ

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01030, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título núm. 2801 y certificado de licitud de contenido núm. 1797. *Revista de la Universidad de México* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.

Recuerdo, recordamos.

Ésta es nuestra manera de ayudar a que amanezca
sobre tantas conciencias mancilladas,
sobre un texto iracundo, sobre una reja abierta,
sobre el rostro amparado tras la máscara.

Recuerdo, recordamos

hasta que la justicia se siente entre nosotros.

ROSARIO CASTELLANOS, *Memorial de Tlatelolco*

ÍNDICE

5 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

6 TLATELOLCO, 1968-2018

Jorge Volpi

DOSSIER

13 MANIFESTACIÓN SILENCIOSA

Alberto Blanco

16 EL 68 Y MI CULTURA POLÍTICA

Marta Lamas

25 TIANGUIS

Yelitza Ruiz

28 PRAGA Y MÉXICO, 1968

Michael Žantowský

34 THAT WAS THE YEAR THAT WAS

TARIQ ALI EN
CONVERSACIÓN CON DAVID ELGAR

44 “SEAN REALISTAS, PIDAN LO IMPOSIBLE”

Philippe Ollé-Laprune

58 GRITO DE VICTORIA

Augusto Mora

66 AMULETO

FRAGMENTO DE NOVELA

Roberto Bolaño

71 YOU SAY YOU WANT A REVOLUTION?

EL ROCK MEXICANO

EN SITUACIÓN

José Luis Paredes Pacho

79 LA VIRTUD DE ESTAR EN CONTRA

Ana Emilia Felker

85 ANIVERSARIO LUCTUOSO

Óscar de Pablo

87 EL 68 MEXICANO EN LA GUERRA FRÍA INTERAMERICANA

Soledad Loaeza

95 CRECER CON EL 68

Gina Zabłudovsky Kuper

103 CIUDADANOS CERO

Fabrizio Mejía Madrid

ARTE

112 MUERTE SIN FIN, DE ARNULFO AQUINO

MUESTRA DE SERIE GRÁFICA
EN PROCESO

Taller Recreación Gráfica

PANÓPTICO

EL OFICIO

122 “NADIE BESA SEGÚN EL DICCIONARIO”

ENTREVISTA A

FERNANDO IWASAKI

Ezra Alcázar

PALCO

126 MAMA, O EL PATRIARCADO

Karim Hauser

ALAMBIQUE

130 CÓMO PONERLE ORDEN AL CALEIDOSCOPIO DEL MUNDO:

EL ARTE Y LA CIENCIA

Sergio de Régules

ÁGORA

133 EL FUTURO YA LLEGÓ:

LOS PAÑUELOS

VERDES SIGUEN PRESENTES

Marina Porcelli

PERSONAJES SECUNDARIOS

137 EL CHARLES BRONSON MEXICANO

Bibiana Camacho

OTROS MUNDOS

141 EL PARAÍSO PERDIDO:

PASEO POR LOS

CENTROS COMERCIALES

Julieta García González

CRÍTICA

146 AL PIE DE LA (NUEVA) LETRA

POESÍA EN LENGUAS

MEXICANAS CONTEMPORÁNEAS

Hermann Bellinghausen

150 USOS RUDIMENTARIOS DE LA SELVA

JORDI SOLER

César Tejeda

153 A QUÉ VOLVER

MÓNICA LAVÍN

Mariano del Cueto

157 TEMPORADA DE HURACANES

FERNANDA MELCHOR

Lucía Treviño

162 NUESTROS AUTORES





Grupo 65 (Arnulfo Aquino, Rebeca Hidalgo, Melecio Galván y Jorge Novelo), *Los inmigrantes* (detalle), pintura acrílica sobre cuatro bastidores de tela, 1971 [fotografías documentales]. Archivo personal de Arnulfo Aquino

EDITORIAL

¿Cómo se leen hoy en día los acontecimientos de 1968? Tanto en México como en otros países del mundo ese año marcó una serie de apasionados movimientos revolucionarios. Los jóvenes de aquel entonces tenían en mente una tarea sin duda ambiciosa que incluía subvertir el poder político, cambiar las dinámicas entre hombres y mujeres, entre padres e hijos, y construir un mundo más justo y sobre todo más libre. ¿Qué pasó con ese intento? ¿Qué historia hemos escrito desde entonces?

En México resulta imposible mencionar ese año sin aludir a lo que ocurrió el 2 de octubre en Tlatelolco. Durante casi cuarenta años recordamos esa matanza como una aberración, un abuso de poder de parte del gobierno que no podía de ninguna manera repetirse. Hoy, a la luz de eventos como Acteal, Nochixtlán o Ayotzinapa, pero también de otras masacres menos conocidas, el 2 de octubre tristemente constituye un episodio más de este México sangriento donde la violencia y la impunidad se han vuelto cotidianas.

En este número le dimos la palabra a quienes fueron jóvenes y niños en el 68; incorporamos testimonios como los de Marta Lamas y Gina Zabłudovsky Kuper, el relato de Roberto Bolaño incluido en *Amuleto*, donde el escritor chileno narra la experiencia de Alcira Soust Scaffo en el baño de la Facultad de Filosofía y Letras, pero también publicamos reflexiones escritas por intelectuales de nuevas generaciones, como las de Fabrizio Mejía Madrid y Ana Emilia Felker. El dossier de arte es una muestra del proyecto *Muerte sin fin*, de Arnulfo Aquino, con el que el artista rememora Tlatelolco y otras tragedias nacionales.

Nuestra intención fue también contextualizar los eventos. ¿Cuál era la cultura en la que se produjo el movimiento estudiantil? Pacho traza la historia del Rock and Roll y de las bandas desde la década de los sesenta hasta la fecha, mientras que Philippe Ollé-Laprune y Michael Žantowský describen el 68 en Francia y en Checoslovaquia. En una entrevista con David Elgar, Tariq Ali se refiere a los movimientos ciudadanos en Pakistán, Gran Bretaña y Estados Unidos, así como al *Black Dwarf*, el mítico periódico que editó durante esa época.

El 68 en México es, además de una fecha terrible, el momento de una encrucijada política y cultural. ¿Qué camino eligió México tanto en ese año como en las décadas siguientes? Muchos de los movimientos ciudadanos se vieron forzados a la clandestinidad, otros sucumbieron a la desesperanza, mientras que los distintos gobiernos adoptaron la costumbre de la represión y el crimen de Estado como medida de orden, de modo que la aberración imperdonable se convirtió en la norma. Conviene rescatar la visión y la lucidez que animaban ese movimiento. Quizás al hacerlo descubramos las claves necesarias para recobrar el rumbo que México perdió en aquel momento.

Guadalupe Nettel

TLATELOLCO, 1968-2018

Se cumplen cincuenta años del movimiento estudiantil de 1968 y México se desangra. Imposible rebatirlo: cerca de doscientos mil homicidios y un número incalculable de desaparecidos y desplazados desde que, a fines de 2006, el presidente Felipe Calderón lanzara la llamada guerra contra el narco: cifras que, como un desasosegante reloj de la muerte, no hacen sino incrementarse día tras día. Éste no es el país que imaginaron —y por el que se batieron— los jóvenes que cinco décadas atrás se levantaron contra la represión y el autoritarismo del gobierno, que desobedecieron los dictados de sus padres y soñaron con un mundo mejor. Tampoco el país que ansiaron construir al lado de los maestros, artistas, intelectuales y ciudadanos de a pie que los acompañaron en su aventura democratizadora y crítica. Es, por el contrario, su reverso: si algunas de las escenas más dramáticas que rememoramos de aquel *annus terribilis* corresponden a las semanas durante las cuales el ejército ocupó Ciudad Universitaria y el Instituto Politécnico Nacional, hoy los vehículos militares con sus sofisticados armamentos y sus tripulantes asidos a sus rifles de asalto se han convertido en escenas habituales en un sinfín de comarcas de la República. Y, si recordamos el instante en que las fuerzas de seguridad dispararon contra estudiantes desarmados en la Plaza de las Tres Culturas como uno de los episodios infames de nuestra historia, apenas en 2014, en Iguala, otros estudiantes inermes volvieron a ser desaparecidos y muy probablemente asesinados, por una alianza entre criminales y nuestras fuerzas de seguridad.

Me atrevería a decir que nadie, en 1968, hubiera imaginado esta deriva; tampoco, creo, en 1978, 1988 o incluso en los albores de 2008. El relato que escribimos a partir de aquel 2 de octubre era, sin duda, muy distinto: Tlatelolco como una aciaga excepción en nuestra historia reciente, donde la ceguera y la cerrazón de un par de siniestros políticos —Díaz Ordaz y Echeverría—, en contubernio con los políticos y militares que los secundaron, provocó un paréntesis dictatorial en lo que había sido un régimen meramente autoritario, pero de una moderación ejemplar si se comparaba con el resto de América Latina. Conju-

rado el peligro, todo debía volver a la normalidad de modo que, poco a poco —muy poco a poco, valdría la pena resaltar—, los ciudadanos fueron conquistando nuevos derechos, una sucesión de reformas políticas y cambios legales que nos condujeron primero a la alternancia y luego a una democracia plena, integrando a México en los albores del tercer milenio de nuestra era, en el concierto de Occidente. Nuestra histórica marcha ciudadana proclamaba la matanza de la Plaza de las Tres Culturas como mito fundador de un pausado pero sostenido ascenso hacia un futuro de libertades cívicas. Sólo que, cuando llegó, ese futuro terminó convertido en el México de 2018 con su saldo de víctimas propio de una guerra civil. Nunca, desde 1968, y ni siquiera con la guerra sucia de los setenta, se produjeron tantas violaciones a los derechos humanos, tantos abusos por parte de las fuerzas de seguridad y tantos asesinatos de periodistas como hoy.

¿Cómo pudimos llegar a esto? ¿No se suponía que la democracia, con su apasionada defensa de los derechos humanos por los que luchó denodadamente el movimiento estudiantil, iba a garantizarnos un país próspero, equitativo, libre, seguro? ¿No se suponía que, habiéndonos deshecho del régimen responsable de la masacre del 2 de octubre, nuestros relucientes líderes democráticos serían por fuerza menos autoritarios y menos torpes, en cualquier caso incapaces de dirigir al país rumbo a un estadio aún más lamentable que el dejado por aquél? ¿Cómo fue que el sueño democratizador del 68 se tornó, cincuenta años después, en esta sangrienta pesadilla?

Si resulta imposible entender el México de hoy sin Tlatelolco, tal vez valga la pena revisar el juicio para detectar en nuestra época no sólo las huellas de la gesta democratizadora iniciada entonces, sino también del nuevo autoritarismo y del control militar que hoy sufre el país. Me explico: si por una parte no puede negarse que la ciudadanía arduamente construida en estas cinco décadas encuentra su origen simbólico en el 68, también habría que escuchar los ecos del 68 —de la represión del 68— en el militarismo, la corrupción y la intolerancia que definen nuestro tiempo. Acaso la decisión de Gustavo Díaz Ordaz de emplear al ejército para hacer frente a la que según él era la mayor amenaza para el régimen de la Revolución (los estudiantes inconformes) encuentre así cierto paralelismo en la decisión de Felipe Calderón, continuada por Enrique Peña Nieto, de enfrentar la que a su juicio es la mayor amenaza para la democracia mexicana (el narcotráfico), valiéndose de los mismos instrumentos y estrategias parecidas. No pretendo equiparar a los tres presidentes —mientras Díaz Ordaz reprimió a ciudadanos pa-

cíficos, Calderón y Peña se han empeñado en perseguir criminales—, sino los medios para conseguir sus objetivos: arrinconar el carácter civil de nuestro sistema para instaurar un estado de excepción —de unos cuantos meses, en el caso de Díaz Ordaz; de más de una década, en el de Calderón-Peña Nieto— que concede un lugar preponderante en nuestra vida pública a las fuerzas armadas. En ambos casos, la solución se ha revelado peor que el problema: la represión policiaca y militar en el 68 y la explosión de la violencia durante los aciagos años de la guerra contra el narco.

El México de 1968 no es, por supuesto, el de 2018: estos cincuenta años se han significado por incontables avances en materia de libertades y derechos humanos, pero el balance que podemos hacer del presente es más bien negativo. Si al rememorar los cuarenta años de Tlatelolco, en 2008, los estragos de la guerra contra el narco aún no se hacían tan evidentes —los imaginábamos apenas como otro paréntesis de inestabilidad—, fue porque seguíamos bajo la fiebre democrática del 2000, cuando parecía que todos los anhelos de justicia y cambio podrían verificarse. La libertad de expresión asentada a partir de la alternancia, así como las reformas en la Ciudad de México que de pronto abrían nuevos derechos a comunidades tradicionalmente invisibles, parecían corroborar que los anhelos del 68 encontraban al fin una realidad concreta. Pero, mientras esto ocurría, el estado de excepción comenzaba a imponerse en buena parte de nuestro territorio: lugares donde cualquier idea de vida democrática empezó a venirse a abajo ante la colusión entre criminales, políticos corruptos y, otra vez, nuestras fuerzas de seguridad, empujadas de pronto a un combate que no les correspondía.

Desde entonces, las cosas no han hecho sino empeorar. Si el inicio del sexenio de Peña Nieto ofreció cierto alivio al alejarse de la retórica guerrera de su predecesor, pronto se hizo evidente que su estrategia consistió sólo en apartar el conflicto de los reflectores mediáticos sin poner en marcha una verdadera alternativa a la guerra. Así, cuando el 26 de septiembre de 2014 se hizo público que un grupo de alumnos de la Normal de Ayotzinapa —que, no debemos olvidarlo, se aprestaban a participar en la marcha conmemorativa del 2 de octubre de aquel año— habían sido secuestrados por una alianza entre criminales, narco-trafficantes y fuerzas de seguridad de los tres niveles de gobierno, los ciudadanos por fin repararon en las consecuencias del conflicto: de pronto, las anónimas cifras de la guerra encontraron una identidad, la de esos 43 jóvenes, cada uno con una historia y un rostro identificables. La indignación se tornó incontenible: casi medio siglo después de Tla-

telolco, otra vez el Estado participaba en la eliminación física de quienes no hacían otra cosa que llevar a cabo una protesta incómoda pero a fin de cuentas pacífica. Al día de hoy, seguimos sin saber los motivos que llevaron a semejante estallido de barbarie; pero, sin importar cuáles sean, constatan la fragilidad extrema de nuestro Estado de derecho. No es tanto que Ayotzinapa cancele las esperanzas de Tlatelolco, como que Ayotzinapa es una reedición del autoritarismo de Tlatelolco que exige una nueva manera de encarar la violencia, así como una reforma integral de nuestras fuerzas de seguridad y de nuestro sistema de justicia, a fin de impedir que algo semejante vuelva a ocurrir en el futuro.

En vez de aprender de la tragedia, el gobierno de Peña Nieto, apoyado por los seguidores de Calderón, optó por lo contrario: aprobar una *Ley de Seguridad Interior* que convierte el estado de excepción en una realidad permanente, otorgándole poderes excesivos al presidente de la Re-



Homenaje en el Centro Nacional de las Artes, *Los 43 estudiantes desaparecidos*. Foto: David Ramírez

pública y legalizando la presencia militar en nuestra vida civil. El PRI de Díaz Ordaz se hubiese fascinado con la maniobra: un instrumento jurídico diseñado para blindar la actuación de las fuerzas armadas en tiempos de paz. Al recordar las luchas de 1968 en este 2018, estamos obligados a insistir en esta paradoja: pertenecemos a una sociedad democrática, heredera de las luchas civiles de estos cincuenta años, que voluntariamente ha decidido someterse al poder militar. El triunfo de Andrés Manuel López Obrador en las elecciones de este año abre una puerta de esperanza para acabar con el estado de excepción y la narrativa que ha impulsado la guerra.

No es éste, por supuesto, el único debate irresuelto de los muchos que incendiaron el ambiente intelectual cinco décadas atrás. Porque el 68 —hoy lo sabemos— fue muchos 68, aglutinados en el levantamiento de los estudiantes pero con distintas ramificaciones y modos de enfrentarse al orden establecido e imaginar una relación distinta entre los ciudadanos y el poder. Algunos críticos del 68 insisten en que su talante revolucionario provocó la reacción que asentó el triunfo del neoliberalismo en los años ochenta, el cual a su vez se apropió de esa suerte de hedonismo *chic* heredado del ambiente *hippie* y pacifista de los sesenta y setenta. Otros piensan, por el contrario, que el “pensamiento del 68” es el responsable de nuestro rezago educativo, de la masificación de nuestras universidades, de nuestro clientelismo magisterial o de nuestro desdén por la ley. Todas estas críticas —paralelas a las que inundaron Francia hace diez años cuando el presidente Sarkozy invitó a “liquidar la herencia del 68”— me parecen tan burdas como cerriles: los movimientos estudiantiles y sociales del 68, de Berkeley a Praga y de París a México, fueron valerosas respuestas al autoritarismo —fuese éste capitalista o comunista— airadas protestas contra el desdén de los políticos de entonces y bocanadas de aire fresco en sociedades claustrofóbicas, adocenadas por el miedo —del comunismo al capitalismo y viceversa, y en todas partes hacia la extinción nuclear— y por el horror al placer y la libertad. Sería absurdo asumir, entonces, que las reacciones autoritarias frente a esta revuelta antiautoritaria son producto del 68. Que a partir de los años ochenta la nueva ideología dominante haya logrado dismantelar buena parte de sus conquistas sociales y políticas, anulando o arrinconando el Estado de bienestar, al tiempo que incorporaba porciones desnaturalizadas de su mensaje —el desdén hacia el Estado o cierto individualismo que, en efecto, prevaleció entre algunos miembros de la generación del 68—, no debe ser visto como resultado de sus planteamientos.

No cabe duda de que hoy nos hallamos en una sociedad más consumista y alienada —si cabe— que la de los sesenta; que el egoísmo se ha convertido en nuestra segunda naturaleza frente a la solidaridad o el espíritu comunitario de entonces; que nuestras universidades se han masificado y la educación pública continúa perdiendo terreno ante la privada; que la equidad —incluida la de género— continúa siendo una quimera; que volvemos a tener miedo a la bomba por el ascenso al poder de dos líderes igual de desequilibrados como lo son los de Estados Unidos y Corea del Norte, y que el neoliberalismo ha cimentado entre nosotros no sólo el prestigio de la ambición y la riqueza, sino el desprecio a la política. Pero los avances tampoco han sido menores: hace cincuenta años, el voto y la alternancia democrática continuaban siendo quimeras; cualquier preferencia sexual distinta de la heterosexualidad debía ser escondida; la disidencia se pagaba con la cárcel o a veces con la muerte; la destrucción del planeta no le importaba casi a nadie, y los jóvenes apenas podían aspirar a contribuir al debate público o gobernar sus propios países. Todas éstas son, querámoslo o no, conquistas del 68. Conquistas que, por supuesto, necesitan volver a ser defendidas frente a los embates de una reacción que, de nueva cuenta, quisiera verlas aniquiladas. Y es por ello que el espíritu del 68 sigue siendo necesario.

En estos cincuenta años, otro de los cambios experimentados en México —y en general en América Latina— ha sido el del papel o la posición de los intelectuales. Mientras prevaleció el autoritarismo, ellos eran los únicos e ineludibles voceros de una sociedad civil a la que no se le concedía voz alguna. El poder estaba obligado a oírlos y, en ocasiones, cuando se volvían demasiado incómodos, a cooptarlos, a encarcelarlos —como a José Revueltas— o incluso aniquilarlos —como ocurrió con varios de ellos en Centro y Sudamérica—, pero este miedo daba cuenta de su relevancia y de su peso social. Hoy, cuando la democracia, primero, y las redes sociales, después, han democratizado el espacio público, su desempeño se ha visto inevitablemente oscurecido. Ya nadie ostenta el carácter de oráculo de Paz, Fuentes, Monsiváis, Benítez, Poniatowska o Pacheco: el solo intento resulta ya un anacronismo. Prolifera, en cambio, la nueva *comentocracia* —formada más por politólogos y académicos que por artistas y creadores—, y en realidad cualquiera puede valerse de Facebook y Twitter para expresar sus opiniones. Los intelectuales como portavoces de la sociedad civil, para bien o para mal, han desaparecido o se han vuelto obsoletos; no obstante, ésta también es una consecuencia tardía y paradójica del 68. En su

afán por desacralizar las instituciones, por diversificar las voces, por engendrar la pluralidad, el 68 destruyó a sus propios voceros. Podemos sentir nostalgia por la época en que una opinión de Paz o Monsiváis podía remover conciencias y poner al gobierno contra las cuerdas, pero resulta mucho más democrático que hoy las opiniones de Krauze o Aguilar Camín, quienes se asumen como sus herederos directos, no sean sino otras voces en el concierto —o la cacofonía— de nuestra era digital. El 68 aborrecía las jerarquías piramidales y era inevitable que este rasero llegase incluso a sus propios adalides.

Las conquistas del 68 —o de lo que es adecuado llamar “el espíritu del 68”— son incontestables en términos de libertad de expresión, equidad, derechos humanos y políticos, y diversidad, pero que enormes zonas del país escapen al control del Estado, que la corrupción contamine a todas nuestras autoridades o que nuestro desvencijado sistema de justicia garantice una impunidad sin reservas para los poderosos —o muchos de esos delincuentes que se dice se persiguen mediante la guerra contra el narco— significa que todos estos avances son lamentablemente válidos sólo para unos cuantos: los privilegiados que habitan en zonas o ciudades más o menos seguras y que tienen la fortuna de no estar vinculados con procesos judiciales.

Hace veinte años escribí que el futuro parecía promisorio gracias a una nueva conjura de millones de ciudadanos que habían logrado “socavar el orden autoritario por medios democráticos y pacíficos”. Hoy, los retos son mucho mayores y no parece quedar apenas resquicio para el optimismo. Si queremos que el “espíritu del 68” renazca o resucite se impone que los jóvenes se llenen de un nuevo espíritu revolucionario y crítico que los impulse a cambiar, de manera pacífica pero no menos drástica e implacable, el ineficaz, endeble y corrupto sistema que hemos construido en estos últimos diez o veinte años, con el anhelo de edificar una democracia real que se parezca un poco a la democracia que empezamos a soñar hace cincuenta años. “La vida sin libertad es la muerte”, declaró recientemente Daniel Cohn-Bendit, uno de los líderes del Mayo francés, a *Le nouveau magazine littéraire*. “Y el 68 nos interpela todavía porque este extraño, caótico e inaprensible movimiento está, indudablemente, del lado de la vida”. **U**

Jorge Volpi

Coordinador de Difusión Cultural de la UNAM

POEMA

MANIFESTACIÓN SILENCIOSA

Alberto Blanco

Tarde o temprano
alguien que escuche estos pasos
en un futuro sentirá de nuevo
aquel calor que animaba el pulso
y subía a golpes por la vida,
aquella sangre que inflamara las antorchas,
los rostros, las vés de la victoria
en una espléndida celebración.

Un triunfo del silencio voluntario
frente al rumor impuesto.

Un triunfo musical
sobre el barullo ensordecedor.

Porque no es lo mismo guardar silencio
que quedarse callado.

Porque no es igual
la acción que la reacción.

Luces en la plaza y estrellas en el cielo,
destellos en los cascos azules y en los lentes
oscuros, transparentes de tanto verano: septiembre
ardiendo en las vitrinas de cada aparador.

Las bocacalles estaban bloqueadas
pero adentro aquello era una fiesta,
un baño público, una limpia: la forja
en ese instante de una ciudad gozosa.

Una inmensa columna de muchachos y muchachas
seguía nutriendo la plaza con su savia
y a punto de desbordarse ese silencio
se encendieron las horas sin reloj.

Si las luces de los semáforos estaban apagadas
las velas interiores —en cambio— estaban listas;

Si el alumbrado público parpadeaba débilmente
la lumbrera de la muchedumbre formaba un corazón.

Eran pocas las ventanas iluminadas por el miedo
pero se vislumbraba un fuego nuevo en cada cosa:

Periódicos, bolsas, pañuelos, improvisadas teas,
cualquier combustible era bueno para la ocasión.

La sombra de los muros del Palacio Nacional
nos pareció más ominosa aún que el profundo bramido
que sentimos correr como un escalofrío
bajo el pavimento cuando los tanques rodaron.

Una constelación sin nombre se propagó en la plaza
y a falta de bandera —el asta se erguía desierta—
guardamos entre todos un silencio atronador.
Yo tenía diecisiete años.

Pudo durar aquella noche inolvidable mil años
o pudo ser una sola noche inaugural
o la última de todas las noches
o la única noche concedida.

El caso es que, cuando volvimos a casa
recorriendo a pie la enorme distancia,
llenos de orgullo, resarcidos, animados,
sentimos que algo nuevo, distinto
había surgido en nuestras vidas.

Una solidaridad esclarecida
y puesta en práctica: un gesto,
un acuerdo, un viento, una pasión.

Aquel silencio
nos hizo aterrizar —al fin—
en el centro mismo de la tormenta
y nos hizo poner los ojos
en el ojo del huracán.

Unos cuantos días después
llovieron lágrimas de sangre.

Tuvieron que pasar otros diecisiete años
para que un amargo septiembre
viniera a sacudirnos
y nos viera salir
del estupor.



EL 68 Y MI CULTURA POLÍTICA

Marta Lamas

Ingresé a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en 1966, y en enero de 1968 me casé con un profesor bastante mayor que yo. Al dar comienzo, en mayo, el movimiento estudiantil en Francia, íbamos juntos a la Librería Francesa en busca de noticias en las revistas políticas y en el periódico *Le Monde*. A finales de julio, al irrumpir el movimiento en México, mi vida cambia radicalmente. Aunque mi entonces marido se suma a la marcha del rector Barros Sierra, no aprueba mi involucramiento en el movimiento estudiantil. En especial, le preocupa mi participación en las brigadas, pues al ser de las privilegiadas con coche, me convertí de inmediato en chofer para las pintas. Además, mi aspecto de “muchachita decente” me permitía fungir como vigía y servir de parapeto. A él, mi seguridad le causa angustia, le molestan mis desveladas y le irrita mi acelere “revolucionario”.

Una noche Ricardo Ferré d'Amaré, un amigo de mi marido, llega a plantearnos si podemos esconder en nuestro departamento a unos líderes del Consejo Nacional de Huelga. Mi marido se niega, pues considera que eso lo pone en riesgo como profesor universitario. Su reacción hace que —en ese instante— se me derrumbe el matrimonio. A Ferré le digo que me dé unas horas para conseguir un lugar seguro. La única amiga que vive sola en aquel momento es la escritora Mónica Mansour, y le pido que me preste su departamento para alojar unos días a Marcelino Perelló y a Gilberto Guevara Niebla. Mónica accede, pero me dice que si la cosa no sale bien, ella dirá que yo se lo pedí para ir con un amante.

Pero más allá del recuerdo de mis vicisitudes personales, y de la zozobra colectiva que siguió a la masacre de Tlatelolco, lo que hoy se sostiene en mí y que sobrevive a las contingencias histórico-políticas que he vivido en estos 50 años, es el espíritu político que surgió de esos meses. Obvio que en ese tiempo no tuve la conciencia, en palabras de Monsiváis, de que "con el 68 da comienzo, y en forma multitudinaria, la defensa de los derechos humanos en México".¹ Lo mío fue una mezcla de indignación ante el autoritarismo, el descubrimiento del debate colecti-

vo y la sensación vivificante de que íbamos a cambiar al país.

Con el movimiento, la ENAH entró en una especie de agitación interna permanente. Fue deslumbrante tener una deliberación política sin la menor cortapisa: ideas, insultos, discrepancias, propuestas, todo se decía con libertad y convicción. Esas interminables asambleas fueron mi primer aprendizaje de lo que implica el uso público de la palabra. Había un torrente apasionado de discursos, pero ciertos compañeros seducían y a otros los trababa su coraje. Era difícil dirimir entre posturas contrapuestas; y aunque no todos estaban de acuerdo, sin embargo, todos nos sentíamos unidos ante "el enemigo principal": el gobierno

¹ Carlos Monsiváis, *El 68. La tradición de la resistencia*, México, ERA, 2008, p. 11.





de Díaz Ordaz. Lo que siguió a mi trueno matrimonial fue un romance con Javier Mena, uno de los líderes de la ENAH, con quien en 1970 tuve a mi hijo Diego. ¿Me enamoré de él o de la pasión e inteligencia de sus palabras?

Un año antes del 68, la ENAH había sido reubicada físicamente: del antiguo edificio en la calle de Moneda, junto a Palacio Nacional, al primer piso del Museo Nacional de Antropología, en Reforma. En la explanada los estudiantes colocamos mantas y pancartas para que los turistas y visitantes al Museo se informaran de lo que estaba sucediendo. Cada día los vigilantes las quitaban y nosotros las volvíamos a elaborar y a poner. Incluso hubo algún forcejeo, que no tuvo mayores consecuencias. Nos sentíamos heroicos, creíamos

que íbamos a cambiar la política y a doblegar al gobierno. Tomar las calles en esas marchas "alegres y combativas", como las calificó Mon-siváis,² junto con la convicción de que teníamos la justicia y la razón de nuestro lado, nos llevó a pensar que íbamos a "ganar" la disputa contra el gobierno, y que todo iba a ser diferente. Lo que más recuerdo es la intensidad de ese tiempo, la sensación exultante de las marchas, la felicidad de sentirme parte de una nueva nación: "lucha, lucha, lucha, no dejes de luchar por un gobierno obrero, campesino y popular".

Al principio no se entendía muy bien qué queríamos los estudiantes. ¿Cómo que dialo-

² *Idem.*

gar con el gobierno?, ¿de cuándo acá las autoridades iban a “rebajarse” a hablar con unos revoltosos?, ¿quién estaba detrás de nosotros, manipulándonos? Aunque dentro de la aspiración estudiantil se articularon exigencias que tocaban intereses de toda la sociedad, la comprensión de la ruptura antiautoritaria que significó el movimiento estudiantil se dio en el posterior debate sobre el 2 de octubre. La matanza de Tlatelolco cimbró a millones de personas que vieron, de golpe, confirmadas las denuncias estudiantiles sobre la cerrazón criminal del gobierno. La discusión pública que se fue prolongando y abriendo con los años alentó los avances democráticos que actualmente valoramos. Hoy, luego de las movilizaciones mundiales de “los indignados”, es posible interpretar retrospectivamente los movimientos estudiantiles del 68 como una premonición.

Ahora me doy cuenta de que, aunque en la ENAH había muchas mujeres en el movimiento, no hubo una conciencia feminista. La segunda ola feminista irrumpió en México después del 68, y eso explica que en la ENAH las estudiantes mujeres nos hiciéramos cargo de la comida y de darle a la manivela del mimeógrafo e, indefectiblemente, sirviéramos el café. En ese entonces yo no tenía la más pálida idea del feminismo que se estaba gestando en paralelo en Europa y Estados Unidos. Yo era una “compa” más, y asumía las tareas que me encomendaban sin cuestionar esa división tradicional del trabajo que, años después —ya feminista— analizaría y problematizaría.

Varias mujeres feministas somos producto del 68, y haber participado en esa lucha nos generó un sentido compartido de la vida política. “Venir del 68” implicó tener una com-

prensión tácita sobre la importancia de la participación ciudadana, sobre la fuerza de la movilización, sobre la necesidad de expresar una propuesta para cambiar el tipo de relaciones sociales; o sea, implicó sostener el anhelo del 68 respecto de una transformación cultural. Una de esas mujeres, Marta Acevedo, que había participado en el movimiento en la Facultad de Ciencias de la UNAM, presencia en California la gran marcha de las mujeres del 26 de agosto de 1970, cuando celebran 50 años de la obtención del voto. Así se topa con un movimiento masivo de mujeres, en efervescencia, sin una estructura rígida, pero con canales establecidos de comunicación y movilización, lleno de bríos y de creatividad, con planteamientos políticos novedosos y serios. Mientras Acevedo escribe una larga crónica al respecto, Rosario Castellanos publica en *Excélsior* un artículo donde se refiere a esa marcha organizada por las feministas estadounidenses, y dice:

Los comentarios han sido de dulce, de chile y de manteca. Pero todos (excepto uno en el que nos detendremos después), tienen una característica común: todos se refieren a este Movimiento de la Liberación de la Mujer en los Estados Unidos como si estuviera ocurriendo en el más remoto de los países o entre los más exóticos e incomprensibles de los habitantes del menos explorado de los planetas. Esto es como si lo que está aconteciendo del otro lado del Bravo no nos concerniera en absoluto.

Y continúa más adelante:

Y yo les advierto que las mujeres mexicanas estamos echando vidrio acerca de lo que hacen nuestras primas y estamos llevando un apun-

te para cuando sea necesario. Quizá no ahora ni mañana. Porque el ser un parásito (que es eso lo que somos, más que unas víctimas) no deja de tener sus encantos. Pero cuando el desarrollo industrial del país nos obligue a emplearnos en fábricas y oficinas, y a atender la casa y los niños y la apariencia y la vida social y, etc., etc., etc., entonces nos llegará la lumbre a los aparejos. Cuando desaparezca la última criada, el colchoncito en que ahora reposa nuestra conformidad, aparecerá la primera rebelde furibunda.³

Esas *rebeldes furibundas* ya existían y se sintieron interpeladas por la crónica reflexiva de Marta Acevedo “Las mujeres luchan por su liberación”, publicado ese mismo septiembre, y que terminaba así:

Conclusión: la liberación de la mujer —que en América Latina tendrá que plantearse— nos conduce, y eso es lo importante, a que realicemos un análisis exhaustivo de nuestra índole; llegar a un lenguaje y acción nuestros, profundamente revolucionarios, pues ha sido la estructura que padecemos la que ha propiciado y conservado los valores que hoy nos conforman. La decisión de modificar está latente, falta que cada mujer tome conciencia de sus potencialidades y esté dispuesta a resolver colectivamente sus problemas.⁴

Muchas cosas latentes se despertaron en distintas mujeres que leyeron este reportaje:

³ Rosario Castellanos, “Casandra de huarache. La liberación de la mujer... aquí”, *Excélsior*, México, 5 de septiembre de 1970.

⁴ Marta Acevedo, “Las mujeres luchan por su liberación. Nuestro sueño está en escarpado lugar: Crónica de un Miércoles Santo entre las mujeres (Women's Liberation-San Francisco)”, “La cultura en México”, suplemento de *Siempre!*, núm. 451, 30 de septiembre de 1970, pp. 2-6.

entusiasmo, curiosidad, rabia, deseo de organizar un movimiento en México, además de recuerdos del reciente movimiento estudiantil. Algunas buscaron a Marta Acevedo y empezaron a reunirse para discutir. Una de las primeras acciones que propusieron fue la realización de un acto público para, así, difundir la existencia del grupo. Aunque desde la mañana de Tlatelolco ninguna organización había salido a manifestarse en las calles, las integrantes del grupo inicial planearon un acto público para hacer una crítica al Día de la Madre como una fecha consumista que olvida, los 364 días posteriores, a las madres que trabajan gratuita y abnegadamente. En aquel tiempo Antonieta Rascón estaba casada con Rolando Cordera, quien sugiere que, por razones de seguridad, se pida permiso al Departamento del Distrito Federal. Cuando Magdalena Zapiain llega a notificar que el domingo 9 de mayo un grupo de mujeres haría una manifestación ante el Monumento a la Madre, el empleado que lee el volante y ve que anuncia teatro, música, canciones, considera que se trata de un festival en honor de las madres. Al preguntar el nombre de la asociación, las compañeras dicen: Mujeres en Acción Solidaria, y así nace ese primer MAS.

Unos días después, el 3 de mayo, llega un telegrama a casa de Magdalena para que se presente con urgencia al Departamento del Distrito Federal. El jefe de la oficina trata de disuadirlas del lugar y fecha del mitin, y les propone tres teatros con cómodos asientos y facilidades de sonido. Pero las compañeras responden que ya han invitado a varias organizaciones y que el lugar que se requiere es precisamente el Monumento a la Madre. El funcionario les dice que no se puede por órdenes superiores. Pese a ello, el MAS va a los

periódicos e invita públicamente. *El Día* y *El Universal* sacan una nota. El domingo 9 de mayo se apostó cerca del monumento para ver si la policía aparece. Nadie. Con cierta precaución se acercan con pancartas y mantas, la gente comienza a rodearlas y también llegan los periodistas invitados. De pronto de un camión de turismo bajan las candidatas a Señorita México, y las cámaras del Canal 2 empiezan a grabar la ofrenda floral que las misses llevaban a "La Madre". Así el primer mitin post 68 lo hacen las feministas y sale en el programa televisivo *24 horas*, de Zabudovsky. Un mes después, el 10 de junio, sería "el halconazo".

En octubre de 1971 ingresé a ese grupo de activistas que conformaron el núcleo inicial del nuevo feminismo en la Ciudad de México: el MAS. Éramos mayoritariamente mujeres de clase media, con educación universitaria, que nos asumíamos de izquierda; algunas teníamos vínculos con militantes del Partido Comunista Mexicano o del Partido Revolucionario de los Trabajadores, y habíamos participado en el 68. En ese entonces, la visión que la izquierda mexicana tenía del feminismo era la estrecha concepción de que se trataba de un movimiento separatista y pequeñoburgués. A pesar de nuestro esfuerzo para conseguir un reconocimiento como parte de esa izquier-



0807
de lo rep re

LA PO
YELE
MATAM
METOR

HITO
WE 706
WATAM

da, los camaradas se tardaron en aceptarnos. Luego de desencuentros e incomprensiones, como cuando el PCM nos acusó de ser agentes del imperialismo yanqui por promover la despenalización del aborto, pudimos impulsar juntos ciertas demandas feministas, como ocurrió en 1979, cuando ese mismo partido llevaría a la Cámara de Diputados la ley feminista sobre interrupción legal del em-

Mi paso por la revista *Nexos*, de 1986 a 1993, me acercó a una intensa discusión política entre intelectuales como Héctor Aguilar Camín, Roger Bartra, Rolando Cordera, Adolfo Gilly, Carlos Monsiváis, Carlos Pereyra y José Woldenberg. De todos ellos, el que tuvo la mayor influencia sobre mí, la más profunda y sostenida, fue Monsiváis. A partir del fraude electoral de 1988, cuando parte de la

En 1968, manifestar indignación hacia lo existente costó la vida de muchas personas; a otras les significó persecuciones y cárcel.

barazo, titulada Ley sobre Maternidad Voluntaria.

La propuesta del feminismo —“lo personal es político”— me alejó de la dinámica de los partidos y me llevó a reivindicar la autonomía organizativa. La reflexión crítica de Laclau y Mouffe sobre la radicalización de la democracia fue mi punto de inflexión hacia una perspectiva distinta. El pensamiento de Norbert Lechner sobre la importancia que tienen los procesos de individuación subjetiva para los procesos de avance democrático me acercó a otra visión de la lucha democrática. José Aricó me influyó con su crítica al “exceso de discurso utópico, que liquida la posibilidad de amar lo posible”, pues —como decía este marxista— “sin algo de adhesión a lo posible, de búsqueda de lo posible, no podemos hacer de la política una dimensión humana”.⁵ En esa época pensaba —y lo sigo haciendo— que una tarea de la izquierda consistía en mejorar el vínculo entre la vida personal y la política.

izquierda mexicana revalora el papel de la democracia representativa y surgen nuevas disposiciones en torno a la relación con el Estado, en varias feministas se potencia el deseo de participar en la *realpolitik*. Esto significa el inicio de un cambio de perspectiva y de actitud pues, al dejar de pensarnos como “revolucionarias” se producen nuevas formas de acción: integración a comisiones gubernamentales de trabajo; formación de instancias de consultoría a los partidos políticos; establecimiento de alianzas con funcionarias y políticas, y la creación de organizaciones ciudadanas. Fue patente la voluntad de muchas feministas de izquierda de integrarse a la dinámica política del país, y de entrar al debate que la izquierda mexicana empieza a dar sobre la intervención en la incipiente política democrática. Así, muchas de quienes participamos en el movimiento del 68 nos involucramos en el proceso de democratización en México.

Monsiváis estaba convencido de que había que intervenir en la *realpolitik* con iniciativas ciudadanas, y me transmitió el señalamiento de Saul Alinsky en el sentido de que hay

⁵ José Aricó, “La utopía es el recurso de los débiles”, *Leviathan*, invierno, 1991, p. 46.

que “tener objetivos radicales pero métodos reformistas”.⁶ En 1991, junto con otras feministas, fundé el Grupo de Información en Reproducción Elegida (GIRE), y posteriormente el Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir (ILSB). En paralelo a mi activismo feminista, seguí vinculada a esa constelación de intelectuales de izquierda que fundaron el Instituto de Estudios para la Transición Democrática (IETD) donde se aglutinaron muchos de los antiguos integrantes del movimiento estudiantil de 68, y que también impulsó tres frustrados intentos de armar un partido socialdemócrata y feminista (Democracia Social, México Posible, y Alternativa Socialdemócrata y Campesina).

Sin duda, como “heredera del 68” he proseguido mi activismo en esa izquierda que Paolo Flores d’Arcais define como “un compendio de actitudes que pueden resumirse en indignación hacia lo existente”.⁷ En 1968, manifestar indignación hacia lo existente costó la vida de muchas personas; a otras les significó persecuciones y cárcel. Hoy, pese a las indudables desigualdades y atrocidades que vemos, lo que la mayoría de los activistas hemos ganado es que podemos ser “herejes sin riesgos”.⁸ Y preciso “la mayoría” porque, tal como en el 68 los estudiantes herejes sufrieron riesgos y muerte, en nuestros días hay activistas indígenas y LGBTTI que siguen siendo asesinados.

En 1968 los movimientos estudiantiles se replicaron en otras partes del mundo, y también en esos países muchas participantes se volvieron feministas. Una de ellas, la italiana

Alessandra Bocchetti, reflexionó posteriormente sobre si se puede cambiar de sentido a la política: ¿es posible una política sin ideología?, ¿es posible una política sin la idea del Estado?, ¿se puede prescindir de la idea de progreso? Luego de señalar que “comúnmente se piensa que no hay poder sin gobierno ni gobierno sin poder. Y que por lo tanto no podemos prescindir del poder”⁹, Bocchetti dice que aunque probablemente el poder existirá siempre, como también existirán siempre la violencia y la mentira, es posible realizar una política favorable a la condición humana a partir de “un extremo materialismo: atenerse a la verdad del cuerpo y a lo que existe, y atenerse tan fielmente que no llegue nunca a las grandes narraciones”.¹⁰ La autora, como algunas otras feministas post 68, reivindica una política que no es una ideología sino una práctica, con un estilo “lejano a la ética de las reglas, de los derechos, de los deberes, próximo en cambio a la ética de la virtud”.¹¹ Tal vez ésta es la herencia del 68 que más comparto, una política que reivindica que: “Ninguna criatura es igual a otra, pero todas somos partícipes de la condición humana, estamos expuestas a los acontecimientos de la naturaleza, de la historia, de las pasiones; por eso tenemos necesidad los unos de los otros”.¹² 

⁹ Alessandra Bocchetti, “¿Se puede cambiar el sentido de la política?”, *Debate Feminista*, núm. 11, abril, 1995, p. 369.

¹⁰ *Ibid.*, p. 371.

¹¹ *Idem.*

¹² *Loc. cit.*

⁶ Saul D. Alinsky, *Rules for Radicals: A Pragmatic Primer for Realistic Radicals*, Vintage Books, Nueva York, 1971.

⁷ Paolo Flores d’Arcais, *El individuo libertario*, Seix Barral, Barcelona, 2001, p. 121.

⁸ Citado en Flores d’Arcais, *op. cit.*

Adelanto de *Memorial 68*. Vol. II: Ciudadanía y movimientos, Dirección de Literatura UNAM, 2018.

Las imágenes de este artículo pertenecen al libro *Ocupación militar* de Pablo Ortiz Monasterio, textos de Rolando Cordera y JM Cravioto, coedición UNAM / RM, 2018.

POEMA

TIANGUIS

Yelitza Ruiz

"Hoy en la mañana cuando me llevaron a rayos X,
unos periodistas me preguntaron qué hacía en Tlatelolco:
¿Qué hacía, Dios mío? Mi trabajo."

ORIANA FALLACI

Lo que sabemos de esa noche es gracias a los grillos,
a los recados puestos de brazo en brazo
que rayan el oído fundido
por la chirría de las moscas.

Las banderas rojinegras son una postal de los que se detienen
a mirar cómo se embarran los juicios en el pavimento.
Se persignan tres veces a ras de suelo,
mientras un desfile de grúas recoge esqueletos
antes de que la tarde delate sus olores.

De boca en boca viajan los pitazos,
las buenas nuevas son el alumbrado público
del terreno baldío donde follan las ratas.
Pasa la voz,
pasa la voz,
es una vieja maña,
cuando el silbido chilla
en cada batacazo.

Los cuento a todos:
1,
5,
10,
20,
dicen que más de 100,
gabachos colados aseguran que 1,500,

tecnócratas en libros pagados por la SEP
dicen que 95 o 220.
A nadie le salen las cuentas.

Hay estados de la materia que se miden
por litros y galones,
pero la sangre no es medible,
a diferencia del agua y el aceite,
heterogénea mezcla que separan para su conteo,
la sangre al separarse multiplicaría
los números que los noticieros esconden.

Había demasiado blanco en esa plaza,
pero no eran banderitas de me rindo,
eran guantes y pañuelos apretando las muñecas,
asfixiando cualquier corazonada
del brazo izquierdo.

El moho cubre al teocalli,
a las piedras que saquearon para construir
la capilla del señor Santiago.
El robo salpica con la lluvia,
por la rendija se asoman las zapatas,
hechas de huesos que aguantaron
la hambruna y los balazos.

Tlatelolco fue tianguis,
aún se escucha a los marchantes,
no hay trueque que cambie el tiro de gracia
cuando se regatea con batallones.

Quedaron apachurradas bajo el tianguis
las quejas ambulantes,
porque era el año de las olimpiadas,
y en cada juego el batallón Olimpia
ofreció laureles al dios *Estado*.
Muy mallugado tenemos el recuerdo,
para esos males no hay jarabe
es rencor que no sana la cortisona.

El tianguis permanece,
se ríe de nuestros insípidos reflejos ante un sismo,
de cómo moriremos
cuando sea el lago y no el ejército
el que termine de ahogarnos.
El luto es lo único que no pasa de moda,
a media asta lo saludan con la mano derecha
en cada ceremonia escolar.
Es una costumbre semanal por los caídos,
por eso los tianguis se ponen una vez a la semana.



PRAGA Y MÉXICO, 1968

Michael Žantowský

Traducción de Aurelia Cortés Peyron

Por alguna razón inexplicable, el número ocho es una constante en la historia de la nación checa: el año 1618 marcó el comienzo de la Guerra de Treinta Años, que finalmente consolidó los trescientos años del dominio austríaco y la expansión de la religión católica en tierras checas; el año 1848 encarnó, como en el resto de Europa, la esperanza de un renacimiento nacional y un sentimiento republicano; en 1938, la crisis de Múnich privó a Checoslovaquia de su independencia incipiente y preparó el escenario para los horrores de la Segunda Guerra Mundial, y, diez años después, en febrero de 1948, los comunistas subieron al poder y la Cortina de Hierro descendió sobre el continente por cuarenta años más.

La Primavera de Praga de 1968 (y, en realidad, los hechos similares en otras partes del mundo ese año) se acercaba mucho a un ataque de psicosis maniaco-depresiva. Fue uno de los muchos sucesos de un "año milagroso", *annus mirabilis*, caracterizados por la rápida marejada de esperanza y euforia, seguida del hundimiento súbito en la desesperación y la desilusión; y los espejismos psicodélicos, el amor y los arranques de violencia ilimitados. Como si a la diosa Clío, hija de Zeus y Mnemosine, la diosa de la memoria, se le hubieran pasado las copas, este movimiento inundó París, Berlín, la Ciudad de México, Chicago, Varsovia, Belgrado, Los Ángeles, Praga y otras ciudades de manera alternada y a veces simultánea.

O al menos así lo sintieron quienes estaban cumpliendo los diecinueve años y no conocían nada más allá del comunismo totalitario, con su

muy limitado rango de emociones, colores y oportunidades, cuando, de pronto, un mundo de aventuras amorosas, discusiones sin límites (y, a veces, sin fin) y oportunidades ilimitadas se abrió ante sus ojos sólo para cerrarse con el sonido metálico de las escotillas de las torretas de los tanques soviéticos.

Por supuesto, los contornos de la historia sólo cobran definición en retrospectiva. En realidad, la Primavera de Praga no sucedió de la noche a la mañana, la noche del seis de enero de 1968, con la partida del líder estalinista checoslovaco Antonín Novotný, que dejó el puesto más alto de la jerarquía de su partido para que un apparatchik eslovaco poco conocido, Alexander Dubček, tomara su lugar. En realidad, germinó durante el largo final del invierno del estalinismo, desde finales de

los años cincuenta y durante toda la década siguiente, cuando brotaron sus primeras hojas y las flores del pensamiento anticonformista, el teatro provocador, los bailes obscenos del rock-and-roll, las películas innovadoras y el periodismo independiente, muchos de los cuales se marchitaron y murieron bajo la escarcha de la desaprobación oficial, solamente para dar paso a expresiones aún más numerosas y atrevidas. Se podía discernir en los arranques de arrepentimiento y apostasía de muchos (antes firmes y fieles miembros del Komsomol), semejantes al ataque de la pubertad en los adolescentes o a la pasión que sorprende a ciertos hombres, antes razonables, durante la crisis de los cuarenta. Los hitos en el camino hacia el espejismo de la libertad resultaron ser hechos de una naturaleza ex-



Primavera de Praga, 1968. © Ferdinando Scianna/Magnum Photos/Latinstock México

tremadamente apolítica, como la primera conferencia científica de especialistas literarios sobre la obra de Franz Kafka, un autor poco prominente hasta entonces, en Liblice, en 1963; la primera película musical sobre un amor adolescente prohibido, *Starci na chmelu* (*El amor se cosecha en verano*, 1964), las películas *Konkurs* (*La audición*, 1963) y *Lásky jedné plavovlásky* (*Los amores de una rubia*, 1965) de Miloš Forman y otras películas de la nueva ola checa; la primera noche en el Teatro de la Balaustrada de *Zahradní slavnost* (*La fiesta en el jardín*, 1963), la primera obra del entonces desconocido dramaturgo Václav Havel que, a su vez, era solamente una parte de la facción de los "teatros pequeños", como Semafor, Reduta, Rokoko y otros, un movimiento de artistas inconformes, alejados del teatro estilo Broadway. En octubre de 1967, en la junta del Comité Central del Partido Comunista, la inesperada reacción pública contra el rompimiento de los lazos diplomáticos entre Checoslovaquia e Israel tras la Guerra de los Seis Días, en junio de 1967; la escandalosa desobediencia de escritores checos y eslovacos en el cuarto congreso de la Unión de Escritores Checoslovacos a final de ese mismo mes; y la creciente resistencia de los políticos e intelectuales eslovacos hacia las políticas insensibles y centralistas del presidente y secretario del partido Novotný, culminaron en la destitución de éste y la entrada de Dubček en su lugar. En el periodo intermedio, dos días antes de Navidad, famosamente Novotný dio por terminada una sesión del Comité Central, enfrentándose a la inevitable censura, porque, camaradas, la señora tenía que ir a hacer las compras navideñas. Los miles de capullos de la Primavera de Praga florecieron después de esto.

Ocho meses, pues ésa fue su breve duración, fueron demasiado poco para que el enfoque nuevo, más liberal, de Dubček y su equipo, consiguiera resultados; en cambio, utilizaron la mayoría de sus energías en la lucha contra la determinación conservadora de algunos miembros del partido. La laxitud de la censura, a finales de febrero, trajo consigo una avalancha de revelaciones acerca de los juicios estalinistas; la interferencia de la Unión Soviética en los asuntos internos de Checoslovaquia y el pasado dudoso de algunos burócratas comunistas en puestos importantes representaron, junto con la significativa aper-



© Ferdinando Scianna/Magnum Photos/Latinstock México

tura fronteriza que les permitió a los habitantes de Checoslovaquia viajar fuera, los tragos de libertad más embriagantes. La abolición total de la censura por parte de la Asamblea Nacional a finales de junio fue solamente un reconocimiento de una realidad ya existente. Resarcieron a muchas víctimas de las injusticias comunistas (aunque no a todas), publicaron muchas obras hasta entonces prohibidas y algunos productos nunca antes soñados aparecieron en las tiendas como una muestra del resurgimiento humilde de los mecanismos de comercio. Pero eso fue todo. Los cambios más importantes, incluyendo las enmiendas

a la Constitución que introducían un sistema federal en un país en el que cohabitaban dos naciones vinculadas pero diferentes (los checos y los eslovacos) y que fomentaban una sociedad más plural tendrían que esperar hasta el siguiente congreso del Partido Comunista, a finales de ese año.

Irónicamente, Brezhnev estaba en lo cierto al sospechar una amenaza. Las reformas en Checoslovaquia, desde su comienzo, venían de la creciente presión de la sección no comunista de la sociedad que se negaba a conformarse con modificaciones cosméticas y que exigía, cada vez más enérgicamente, una completa libertad cívica y el fin de la dictadura de un solo partido político afianzada en la Constitución; la libertad de decisión sobre asuntos de política exterior; y la disolución del monopolio de la economía. Y no es difícil imaginar que, si Checoslovaquia ganaba estas libertades, los habitantes de otros países comunistas e incluso los de la Unión Soviética exigirían lo mismo.

Así que, semanas más tarde, cuando el drama se fue enfriando y cesaron la resistencia inútil en las calles y las barricadas de los ciudadanos comunes, checos y eslovacos; cuando los líderes comunistas que se llevaron secuestrados a Moscú (con la honrosa excepción de František Kriegel) aceptaron una capitulación humillante ante las peticiones soviéticas, y cuando, después, la llamada política de la "normalización" bajo el mando de Gustav Husak, quien alguna vez fuera preso político, no sólo acabó con los modestos logros del proceso de reforma, sino que inauguró el camino de las purgas, la persecución y el maltrato de sus oponentes con el fin de sofocar cualquier posibilidad de una recaída en la infección democrática, lo único que quedó de la Primavera





Primavera de Praga, 1968. © Ferdinando Scianna/Magnum Photos/Latinstock México

de Praga fue una lección simple pero crucial: era imposible reformar el sistema comunista.

Cualquier intento de su reforma parcial conducía a la supresión por medio de la fuerza, o bien, al colapso inevitable de todo el sistema. La libertad humana no podía coexistir con un sistema político que organizaba a la sociedad y su futuro según un plan preconcebido (y mal concebido). Hace veinte años, Mijail Gorbachov presentó, sin quererlo, la prueba última de esta lección. Sus reformas desgastadas, por decirlo así, desembocaron rápidamente en el colapso de toda la edificación comunista de Europa y, al final, de la Unión Soviética misma. La germinación e internalización de este conocimiento durante el largo crepúsculo de la normalización checoslovaca jugaron un papel de incalculable importancia en la Revolución de Terciopelo en noviembre de 1989 y en actos revolucionarios similares en todos los países comunistas europeos. Muy a menudo, el progreso humano nace de las derrotas más que de las victorias.

El drama y las turbulencias de esos ocho meses fatídicos de 1968 obnubiló en gran medida los sucesos igualmente dramáticos que tuvieron lugar en otros lados. Sólo de manera retrospectiva nos volvimos conscientes de los contrastes aparentemente irónicos entre el *ethos* de las protestas de civiles y estudiantes en varios países: mientras que muchos estudiantes marchaban en París con nombres de Marx, Marcuse y Mao escritos en pancartas e invocaban los nombres del fundador del comunismo, el gurú intelectual de la izquierda radical de los sesenta y el líder de la revolución cultural (quien, en ese momento, controlaba China frenéticamente, a través de la erradicación de tradiciones fundamentales y destruyendo millones de vidas); mientras que otros estudiantes, en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, se sentían seguramente inspirados por las hazañas revolucionarias de Fidel Castro y Ernesto "El Che" Guevara, los manifestantes de Praga, Varsovia y Belgrado protestaban en contra de ese mismo sis-

tema al que sus compañeros estudiantes en México y Francia querían dar vida.

Sin embargo, el contraste era más superficial que verdadero. En Praga, así como en la Ciudad de México, los jóvenes protestaban contra la opresión, la tiranía y la corrupción, y exigían libertad y democracia. Sus opresores y las ideologías de éstos podían ser muy distintas, pero el sentimiento de injusticia era el mismo, como lo demuestra claramente esta anécdota: pocas semanas antes de la invasión soviética de Checoslovaquia, la ya fallecida gimnasta checoslovaca Vera Caslavská —quien además era una muy querida amiga— ganó cuatro medallas de oro y dos de plata en las Olimpiadas en la Ciudad de

estudiantes y profesores de la UNAM en México marcharon en Tlatelolco y formaron parte del Comité Nacional de Huelga (CNH); y los estudiantes de mi *alma mater*, la Universidad de Charles de Praga, y otras escuelas se plantaron frente a los tanques soviéticos sin parpadear en agosto de 1968. Cinco meses después, Jan Palach, un estudiante de mi facultad, la Facultad de Filosofía de la Universidad de Charles, se prendió fuego y murió en un acto de protesta contra la ocupación soviética. Durante las dos oscuras décadas que siguieron, Palach se convirtió en un poderoso símbolo de la resistencia nacional. Por último, en 1989, los estudiantes de Praga (algunos de ellos, hijos de los estudiantes de 1968) iniciaron las

Lo único que quedó de la Primavera de Praga fue una lección simple pero crucial: era imposible reformar el sistema comunista.

México, a pesar de que los jueces descaradamente favorecieran a sus oponentes soviéticos. Durante la ceremonia de premiación, ella desvió la mirada de la bandera soviética para encontrarse con el público mexicano que la vitoreaba: “Vera, Vera, ra, ra, ra”.

Los sucesos de 1968 son también un ejemplo poderoso de la importancia de los estudiantes y los intelectuales en el cambio social. Los estudiantes dirigieron las huelgas en Varsovia y otras ciudades polacas, y protestaron contra la censura y una oleada de antisemitismo oficial; los estudiantes en Belgrado marcharon para exigir justicia social al régimen opresivo del presidente Tito; los estudiantes de Nanterre y la Sorbona formaron barricadas en París; en todo Estados Unidos, los estudiantes se manifestaron en las calles en contra de la guerra de Vietnam; los

protestas que terminaron por derrocar al régimen comunista. Casi al mismo tiempo, en la plaza Tiananmén, de manera tristemente paradójica, los tanques del ejército arrollaban a los estudiantes que luchaban, igual que su contraparte checoslovaca, por la democracia y la libertad en su país.

Ha habido diversos triunfos y retrocesos en la búsqueda de la democracia en las tres décadas que siguieron después de 1989. Los jóvenes han protestado y muerto en las calles de El Cairo, Kiev, Teherán y Seúl. La lucha por la libertad es una tarea interminable y, muchas veces, frustrante. Mientras haya quienes icen su bandera, no habrá derrota. La esperanza, como escribió Václav Havel, no es la certeza de que las cosas terminarán bien, sino la creencia en su importancia, independientemente de cómo terminen. **U**



THAT WAS THE YEAR THAT WAS¹

TARIQ ALI EN CONVERSACIÓN CON DAVID ELGAR

Traducción de Clara Stern

¿Podría decir algunas palabras sobre su historia familiar?

Tanto mi madre como mi padre rompieron políticamente con la familia y se volvieron comunistas. Mi padre era muy activo en el partido, por lo que ellos pospusieron un poco su boda. Mi abuelo se negaba a permitirle a mi madre que se casara con un comunista cuyas declaraciones públicas sobre su suegro eran más que conocidas. Su condición era que mi padre se anotara en el Ejército Indio Británico. Seguramente imaginaron que él nunca aceptaría, pero la Operación Barbarroja actuó a su favor: el Partido Comunista de India [CPI, por sus siglas en inglés] obligaba a todos sus miembros de clase alta y media a unirse al ejército británico y a defender a la Unión Soviética. En la foto de bodas de diciembre de 1942, mi padre, con una sonrisita de pillo, viste el uniforme del ejército británico. Tal como lo hicieron algunos comunistas británicos, él peleó en Montecassino.

¿Y cómo reaccionaron sus padres cuando usted empezó a organizar manifestaciones y eventos relacionados?

Mi padre se puso muy nervioso cuando empecé a involucrarme en la política. El país estaba bajo un mandato militar; la política y las mar-

¹ Título del álbum discográfico de canciones satíricas sobre temas de actualidad que el cantautor estadounidense Tom Lehrer grabó en vivo en 1965. [N. de la T.]

chas estaban prohibidas. Yo tenía 16 años, o 16 y medio, y todavía iba a la escuela cuando leí en el periódico que el estadounidense negro Jimmy Wilson había sido sentenciado a muerte por robar un dólar. Todavía recuerdo ese momento de profunda consternación. No podíamos creerlo. Aunque hubiera robado un millón, ejecutarlo era demasiado, así que me reuní con varios amigos de la escuela y les dije:

—No podemos quedarnos sin hacer nada.

Creo que éramos unos veinte vistiendo el uniforme escolar y marchando hacia el consulado de Estados Unidos, sobre Empress Road. En el camino se nos unieron muchos niños de la calle que, tras nuestra promesa de darles Coca-Colas y kebabs más tarde, consideraron que era una buena causa. Como pensaban que Jimmy Wilson era un nombre occidental, creían que tenían que cantar “Muerte a...”, así que tuvimos que decirles:

—No, no, no pueden cantar “Muerte a Jimmy Wilson”; jeso es justo por lo que estamos protestando!

Cuando se los explicamos, revirtieron el eslogan: “¡Larga vida para Jimmy Wilson!”. Así fue como llegamos al consulado y visitamos al cónsul general; aún recuerdo su nombre, el doctor Spengler, un protestante de origen alemán con arrugas y lentes, en cuyo rostro adusto no había un solo dejo de empatía. Ni siquiera respondió. Le dije:

—Traemos una carta porque van a ejecutar a un estadounidense negro por robar un dólar, y luego se dicen demócratas, es una conducta inaceptable.

Respondió pidiéndonos nuestro nombre; cuando se lo dimos nos dijo que por la mañana le escribiría a nuestro director para “decirle quiénes son ustedes, por qué hicieron

esto, y pedirle que tome medidas de disciplina”. Ése fue mi primer contacto directo con la democracia estadounidense. Simplemente nos fuimos.

—¡Por Dios! —exclamamos—. ¡El tipo ni siquiera nos respondió! Nada en absoluto, frío como un hielo. [...]



Vanessa Redgrave y Tariq Ali encabezan una marcha en Trafalgar Square, 1968.

© Ian Berry/Magnum Photos/Latinstock México

Mi madre apoyaba por completo mis actividades. Mi padre no tanto:

—No estás estudiando para nada. Lee lo que quieras, eso está bien, pero tienes que pasar los exámenes, es una etapa crucial, y ya luego veremos qué hay que hacer. —Así me recomendaba ser precavido.

—Hay ciertas cosas que uno tiene que hacer —le respondí—. Lo sabes mejor que la mayoría de la gente.

—Sí —respondió—, pero también tengo prioridades.

—Bueno, eso no es tan importante para mí.

—Pues para nosotros sí —agregó.

Así que era la típica dinámica entre padre e hijo, con mi madre atrapada en el medio, de acuerdo conmigo en la mitad de las cosas y con mi padre en la otra mitad. Un día me dijeron que habían decidido enviarme al extranjero. Cuando supo que yo había salido de casa, el hermano de mi madre, una figura respetable en la inteligencia militar, llegó con un archivo enorme.

—Esto es lo que el chico ha acumulado hasta ahora —le dijo a mi padre—, y va a ir en aumento, así que, en mi opinión, es momento de que lo saquen del país; pronto lo meterán a la cárcel, y no hay nada que yo pueda hacer.

Sabían que me habría negado a irme, por lo que no me comunicaron esto sino hasta mucho, mucho tiempo después. En lugar de ello, me dijeron:

—Ve, inscríbete en Oxford, inscríbete en Cambridge.

Hice mi solicitud en Oxford, y entré.

En 1968 iniciaste el *Black Dwarf* —un periódico que combinaba la izquierda marxista revo-

lucionaria con una izquierda hippie de orientación mucho más cultural—...

La idea del *Black Dwarf* fue de Clive Goodwin, mi agente literario y querido amigo. En una reunión que organizó en su casa, nos dijo:

—Chicos, ¿qué opinan de que lancemos un periódico?

Decidimos que lo haríamos y designamos a Christopher Logue para que fuera a la Biblioteca Británica a buscar nombres posibles. Yo había expresado:

—Estoy totalmente en contra de los nombres de izquierda tradicionales, como “El tal de los trabajadores” o “El no sé qué socialista”. No será atractivo para quienes se estén iniciando en la política. Además, debemos tener un estilo diferente.

De manera que Christopher fue a la Biblioteca Británica, analizó periódicos radicales del siglo XIX, y a la semana siguiente regresó, muy emocionado, con una lista:

—Pero mi preferido es *Black Dwarf*. ¿Saben por qué se llama así?

—No.

—Fue un periódico que creó Thomas Wooler, un periodista muy radical, para los mineros, que estaban disminuidos después de generaciones trabajando en esas minas. Cuando salían de ellas, por la tarde, sus rostros estaban cubiertos de hollín, así que Tom Wooler decidió llamarle *Black Dwarf* al periódico.

Votamos y todos estábamos a favor, lo cual era raro; yo creo que hasta David Mercer, que era el más malhumorado en estas reuniones. Así fue, y juntamos dinero para un periódico de gran tirada, la primera el Día Internacional de Unión, Solidaridad y Lucha de la Clase Obrera de 1968. Llovieron los ofrecimientos de ayuda... El Mayo francés estalló justo cuan-

² Duende Negro. [N. de la T.]

do estábamos por lanzar el primer número, que había quedado bastante mediocre y aburrido. Había una sensación general de que la cubierta era espantosa. Votamos por reciclarlo y D.A.N. Jones, quien después trabajó en la *London Review of Books*, renunció. Habíamos perdido al editor. Me pidieron que tomara el mando y, con la mirada del diseñador Robin Fior sobre mi hombro, escribí: DEBEMOS LUCHAR, TRIUNFAREMOS: PARÍS, LONDRES, ROMA, BERLÍN. El voto fue unánime. Queríamos la

Europa (aconsejamos a los alemanes y a los franceses), pero en Inglaterra en 1968-69 no hubo nada equiparable al paro general de Francia, el más grande de la historia del capitalismo; o al "socialismo de rostro humano", el movimiento iniciado por reformistas comunistas en Checoslovaquia; o a los trabajadores en Italia, que exigían el control obrero. En Inglaterra en 1968-69 había mucha política, mucha mezcla de política y cultura, sobre todo con los Stones, pero después con los

Escribí: DEBEMOS LUCHAR, TRIUNFAREMOS: PARÍS, LONDRES, ROMA, BERLÍN. El voto fue unánime. Queríamos la Utopía.

Utopía. Para juntar dinero tendríamos que contactar a gente que, para nuestros estándares, era millonaria: David Hockney, Ron Kitaj, Feliks Topolski y otros pintores, que decían:

—Bueno... no tenemos muchos fondos, pero tomen este cuadro.

Si hubiéramos mantenido esos cuadros, ya podríamos haber lanzado seis revistas; pero los subastamos para invertir el dinero en el *Black Dwarf*, y a muchos les gustó el sabor de eso.

Ahora vemos 1968 como una cima, pero ¿cómo lo sintió usted, en términos de lo que creyó que pasaría, y de aquello en lo que usted creía estar involucrado? Pienso, sobre todo, en la campaña de Vietnam.

Nunca jamás creí que las manifestaciones de Vietnam provocarían algo cercano a una revolución. No tenía ningún indicio de que pasaría eso. Quizá fuimos pioneros de las grandes manifestaciones de Vietnam, para toda

Beatles y con muchos otros cantantes y bandas. Ese vínculo entre política y cultura fue el clímax de nuestro logro, desde luego junto con nuestro intento de ayudar a los vietnamitas. Las huelgas obreras no llegaron sino hasta la década de 1970, con las huelgas masivas de los mineros.

Ésa fue la primera vez que parecía que algo iba a pasar. No fue la huelga de los mineros en sí misma, sino la solidaridad que mostraron hacia ella los sindicatos que alarmaron a los gobernantes, el sindicato Transport & General Worker's Union (T&G) bloqueando calles y montando manifestaciones masivas. En la fiesta de bodas de mi amigo Robin Blackburn, la huelga de los mineros era el tema principal de conversación, cuando de pronto irrumpió una mujer joven un tanto alborotada, de clase alta, llamada Mary Furness:

—Perdón por llegar tarde —dijo mientras nos inspeccionaba, mirando con curiosidad a Perry Anderson y a la gente del *Black Dwarf* que criticaba a Robin por haberse vendido al

Black Dwarf

Est. 1817 Vol. 13 Number 1

1 June 1968

FOURTEENTH 2s

WE SHALL FIGHT WE WILL WIN

PARIS LONDON ROME BERLIN

SLUGAN REARED OUTSIDE FRENCH SHIPYARD, LONDON, MONDAY 20th MAY



'Listen, I'm 43, and at that age a worker is too old to learn a new job. My children have got education, and they look down on me. But I can remember when I was your age. We wanted to change the world, too. Go on, you lads.'

FRENCH SHIPYARD WORKER TO DANIEL COHN-BENDIT

Black Dwarf, 1 de junio de 1968

casarse—. Si supieran dónde estuve ayer, entenderían por qué me supera un poco estar ahora en su compañía —agregó.

—Cuéntanos, Mary —. Y así lo hizo.

—Estaba en una cena que ofreció Colin Tennant en su casona de provincia. No me sorprendió su magnificencia, sino que era demasiado imponente, con un mayordomo que anunciaba quién entraba. Ahí, sentados en el salón, estaban los Tennants, algunos otros invitados y Harold Macmillan. Le susurré a mi anfitrión:

—¿A quién más esperamos?

—A la reina y al príncipe Philip.

—Tragué saliva. Llegaron un poco después, y nos sentamos a cenar. Aunque no lo crean, les halagará saber que nos pasamos toda la noche discutiendo la huelga de los mineros. Philip se mostró abusivo y quería que rodara la cabeza de Scargill, pero fue la reina quien me sorprendió:

—Yo creo que las cosas se han salido demasiado de control, y éste es el final —dijo—. Estos obreros están adquiriendo demasiado poder, están dirigiendo al país, lo tienen secuestrado.

Se repetían todos los clichés amarillistas. Había una sensación de pánico generalizado. Los invitados a la boda de Blackburn estábamos muy entretenidos, sabíamos que la realidad era ligeramente distinta, pero no importaba. Y sí, era bastante placentero. Alguien interrumpió (creo que fue Perry):

—Tal como Victoria. Petrificada para 1848. Mary continuó:

—Aunque le tomó algo de tiempo, para intentar parar esto, Macmillan se dirigió directamente a la reina y le dijo:

—Su Majestad, estamos hablando de Inglaterra, y aquí el péndulo sí se inclina, pero

nunca del todo, y mientras usted ve que el péndulo se inclina a la izquierda, yo ya puedo ver un pequeño movimiento hacia la derecha; así que, no entre en pánico, todo va a estar bien.

En 1649 el péndulo sí se inclinó del todo fuera del Comedor de Gala. Pero nunca más. Y seis años después, teníamos a Thatcher.

¿Por qué considera que las esperanzas del periodo comprendido entre 1965 y 1975 se vieron defraudadas a nivel internacional?

Si pensamos en la década de 1960 como un periodo entre 1965 y 1975, la única victoria fue Pakistán, donde hubo un levantamiento de tres meses liderado por estudiantes, al que se unieron los obreros y, en algunas partes del país, los campesinos y gente de casi todas las profesiones: servidores públicos, abogados, de todo; he de decir que incluso prostitutas. Salieron a las calles y marcharon por la democracia, por el socialismo y por poner un fin a la dictadura. “¡Atrás, capitalistas y terratenientes! Pakistán nos pertenece”, fue un eslogan popular. Esto comenzó el 7 de noviembre de 1968 y terminó en marzo de 1969. La dictadura fue derrocada y, por primera vez, fue posible tener una elección libre.

Ésa fue una victoria. Otra que estuvo cerca fue Portugal, probablemente la más avanzada de las rebeliones europeas. Portugal era el poder colonial más pequeño, no obstante el más fanático y obstinado en aferrarse a sus colonias. Pero en la década de 1960 y principios de la década de 1970, tanto los soldados y oficiales como los guerrilleros portugueses escuchaban la radio con avidez y veían las noticias que llegaban de Vietnam, conforme el Frente de Liberación Nacional triunfaba en



Los participantes de una protesta contra la guerra de Vietnam escuchan los discursos de Vanessa Redgrave y Tariq Ali en Trafalgar Square, 1968.

© Ian Berry/Magnum Photos/Latinstock México

Khe Sanh y, en enero de 1968, el Viet Cong ocupaba la embajada de Estados Unidos. Eso tuvo una gran influencia en la radicalización de los soldados, que ahora leían a Mao y al Che Guevara y a Ho Chi Minh, sólo para ver cómo pensaba el enemigo, y así se contagiaron a sí mismos. Y, por supuesto, las guerrillas recibían el apoyo de la izquierda global y recibían fondos de los chinos, de los rusos, etc.

Las derrotas en África habían radicalizado a las capas intermedias de la sociedad portuguesa y a los soldados regulares, quienes, en lugar de permanecer en las colonias, fueron repatriados. Empezó a haber huelgas y manifestaciones exigiendo el cese de la senil

dictadura bonapartista del país. Sin violencia alguna, el ejército se había resquebrajado, y nosotros sentíamos que la situación se asemejaba mucho a una toma revolucionaria del poder. Respaldado por el Partido Socialdemócrata Alemán, Mário Soares solía dar los discursos más sensacionalistas, ya sabes, como Desmoulin o Danton. Nunca creímos en la capacidad de este burócrata absolutamente insípido, que se dirigiría a una multitud de 150 mil personas en Lisboa, sobre todo de obreros, campesinos y estudiantes para la revolución portuguesa; todos lo llamaron una "revolución". Soares les preguntaba a los obreros: "¿Queremos socialismo?" "¡Sí!" "¿Queremos reformas a la tierra?" "¡Sí!" "¿Queremos que las fábricas y la industria sean propiedad del Estado?" "¡Sí, sí, sí!" "¿Y queremos democracia?" "¡Sí!"

Pero al invocar una dictadura del proletariado, la extrema izquierda ignoraba el asunto de la rendición de cuentas del sistema democrático. En otras palabras, parecía que lo que él le estaba diciendo al país era que una dictadura reemplazaría a otra. La gente no es estúpida; muchos obreros portugueses habían viajado a Francia, sabían lo que pasaba en el mundo y sabían cómo era Europa del este. No querían una situación donde la prensa hablara con una sola voz; tenían eso y querían algo distinto. Soares lo sabía y, mediante una impecable transmisión de discursos muy bien estructurados, ganó. Así fue que, debido a una suerte de debilidad política, el poderoso impulso revolucionario fue derrotado. Desde luego que, después, mucha gente se dio cuenta de lo que había sucedido, pero ya era demasiado tarde.

Y en Estados Unidos tenemos el movimiento de derechos civiles derrocando un estado apartheid

al sur; tenemos la imposibilidad de librar la Guerra de Vietnam; tenemos a Lyndon Johnson optando por no reelegirse.

En ningún otro país imperialista el movimiento antibélico ha crecido tanto como en Estados Unidos en las décadas de 1960 y 1970. Fue el clímax de la disidencia en la historia de Estados Unidos lo que ayudó a que terminara la guerra. El país entero, derecha e izquierda, liberales y reaccionarios, discutían la Guerra de Vietnam. En enero de 1968 la Ofensiva del Tet —un ataque concertado por los ejércitos de liberación vietnamitas en cien poblaciones, incluida Saigón y la mayor parte de las capitales de provincia— fue dramática y efectiva. Los estadounidenses tendrían que haber demandado la paz de inmediato; en lu-

todo por militares y veteranos en contra de la guerra, en mi opinión la marcha frente al Pentágono de 1971 fue una de las cosas más extraordinarias, con alrededor de setenta y cien mil exmilitares vistiendo su uniforme, portando todas sus medallas, con muletas, en silla de ruedas, marchando fuera del Pentágono, cantando: "¡Ho, Ho, Ho Chi Minh, el NLF³ va a ganar!". Eso dañó al Pentágono mucho más que las bombas de Al-Qaeda el 9/11.

En las décadas de 1980 y 1990, cuando era claro que la izquierda estaba a la defensiva a nivel nacional e internacional —nacional con el thatcherismo e internacional con la caída del comunismo—, podría decirse que, a pesar de todo, estaba obteniendo cosas, si bien eran culturales: derechos para los homosexuales, las muje-

Y sentíamos que, si había de llegar un cambio, sucedería en las calles, vendría a través de una enorme ola de huelgas; pero eso no ocurrió.

gar de ello, prolongaron la guerra durante siete años más, utilizando armas químicas para matar y desfigurar a la gente, y Agente Naranja para destruir la ecología: salvajadas que se transmitían por televisión casi todas las noches. Todos los días llegaban cadáveres a casa, se llevaban a cabo funerales en todos los estados, y los vietnamitas iban ganando; era un hecho rotundo que no podían abatirlos. Cada año el General Westmoreland emitía una transmisión de radio de Navidad: "Los chicos volverán a casa el año próximo". Bueno, pues los chicos no parecían volver a casa; en su lugar volvían lisiados y gente traumatizada por lo que había visto, lo cual creó un movimiento antibélico sin precedentes en un gran Estado imperialista. Organizada sobre

res, la gente de color, avances en la liberalización general de la sociedad. ¿Usted considera que la izquierda perdió de vista una importante transformación económica?

Lo que le ocurrió a la izquierda en la década de 1990 —aquí, en Estados Unidos y en otras partes de Europa— fue que la extrema izquierda subestimó mucho la influencia que el colapso del comunismo tuvo en millones de personas a nivel global, a quienes la Unión Soviética no les agradaba particularmente, pero de cuya existencia se alegraban; su mera pre-

³ Frente de Liberación Nacional (NLF, por sus siglas en inglés). El eslogan original en inglés era "Ho, Ho, Ho Chi Minh, the NLF is going to win!". [N. de la T.]

sencia era un baluarte contra Estados Unidos. En Sudamérica, gran parte de Asia, África e incluso Europa, la gente más inteligente se dio cuenta de que un colapso total de este sistema era una derrota de grandes proporciones para la izquierda, sin importar el agrado o desagrado por la Unión Soviética. Algunos de la extrema izquierda pensaron: "¡Ah! ¡Ahora nos toca a nosotros!", perdiendo de vista que durante toda su vida habían sido poco más que notas al pie del enorme movimiento comunista, sin el cual no habrían existido. Como resultado, algunos que simplemente no pudieron entender lo que había pasado, perdieron su postura política y se volvieron más y más conservadores en cuanto a la forma en la que actuaban y en lo que hacían.

La gente de la izquierda plural decía: "Es una derrota; hemos perdido", pero recurría a políticas identitarias que también, hay que recordar, provenían de las décadas de 1960 y 1970. Quiero decir, ¿por qué se le llamó al movimiento feminista movimiento de liberación de la mujer, claramente en relación con las batallas del tercer mundo contra el imperio? El movimiento de liberación homosexual, el movimiento de liberación de los negros, los Black Panthers; todos ellos surgieron a finales de la década de 1960 y durante la década de 1970, y han dejado una fuerte marca. Como es bien sabido, no es que se hayan terminado los problemas; el movimiento Black Lives Matter en Estados Unidos, los índices de encarcelamiento de los afroamericanos: un horror. De manera que no es que hayamos ganado en todo, ni siquiera en ciertas cuestiones, como en el racismo.

Lo que tradicionalmente se supone que debería hacer el movimiento laborista es defender a los

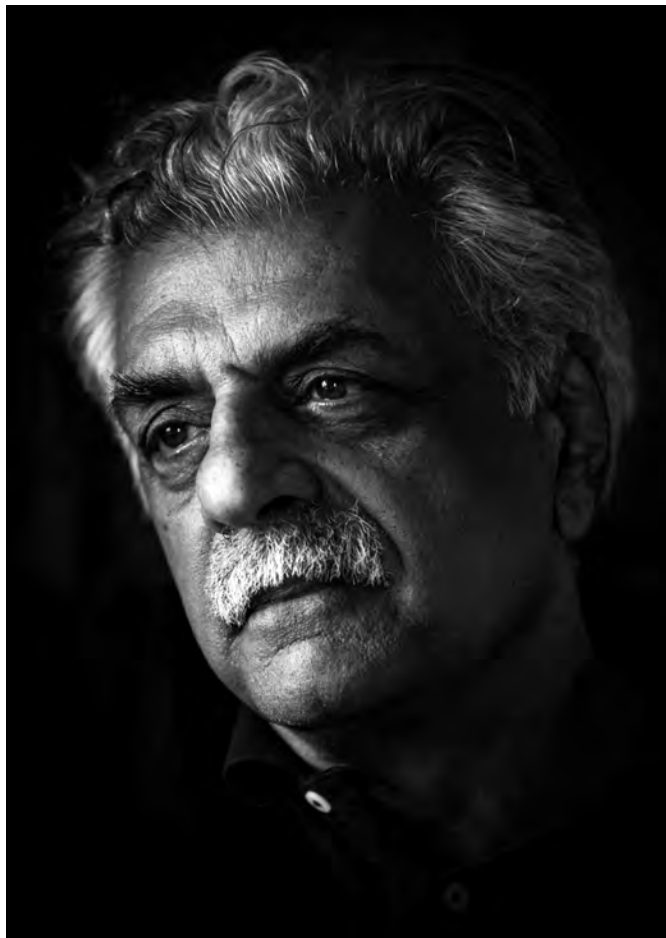
pobres y a la clase trabajadora, ¿acaso eso dejó de ser así y no había a dónde más ir?

Lo que a menudo se pasa por alto es que no fue sólo el comunismo oficial lo que colapsó en 1991: la socialdemocracia tradicional cayó con él. Durante la mayor parte del siglo XX, la propia función de la socialdemocracia era ofrecer una alternativa, dentro del capitalismo, que luchara por algunas de las reformas como un baluarte contra la marea emergente de la revolución, el comunismo, o como quieran llamarle. Una vez que se había ido el viejo enemigo, el capital y sus líderes no tenían ninguna razón en particular para seguir por ese camino; en lugar de ello, se embarcaron en un capitalismo con un motor turbo, sin importar en lo más mínimo a quién pisoteaban. Las socialdemocracias tuvieron un papel muy importante en eso. El grueso de las privatizaciones en Francia ocurrió en manos de un gobierno socialista: Mitterrand y Jospin. Blair, Mandelson y Brown fueron fervientes partidarios del neoliberalismo, bastante relajados ante el enriquecimiento de la gente. Con sangre muy fría, podría decirse que el último gobierno socialdemócrata de Inglaterra que aminoró la brecha entre ricos y pobres fue el de Wilson. Los partidos socialdemócratas posteriores a la caída del comunismo no eran tan distintos de los partidos de centro-derecha; de manera que lo que se desarrolló en gran parte de Europa, y también en el resto del mundo —India es un ejemplo—, es lo que he descrito como una postura de centro extremo. No importaba de qué partido eras, centro-izquierda o centro-derecha, básicamente apoyabas las mismas políticas económicas neoliberales; en esencia apoyabas las guerras de Estados Unidos en todo el mundo; eras un ferviente

partidario de la OTAN. Eso creó un gran vacío, que provocó dos cosas: por un lado, un buen número de abstenciones, pues mucha gente que solía apoyar a la socialdemocracia dejó de votar. Sin incluir la elección más reciente en Inglaterra, las cifras son muy desconcertantes. Muchas personas entre los 18 y los 30 años de edad se abstuvieron de votar; lo mismo ocurrió en Francia y en otros países. Y por otro lado, la creación de este vacío, aunado al derrumbe de Wall Street, abrió brechas que, tanto en Francia como ahora en Alemania, a menudo llenó el surgimiento de grandes grupos de derecha. En Estados Unidos teníamos dos claras alternativas. Las encuestas mostraban que Bernie Sanders habría vencido a Trump, pero Clinton seguía las tradicionales políticas del tipo de centro extremo, y le cedió la presidencia a un bizarro y rebelde multimillonario supremacista blanco, que más o menos usó al Partido Republicano para sus propios intereses, y llegó al poder sobre una plataforma que prometía un buen número de cambios, ninguno de los cuales ha sucedido. Y seguimos en esta situación.

Usted estuvo involucrado en un movimiento juvenil que tenía el eslogan: "No confíes en nadie que tenga más de treinta". ¿Qué lecciones pudo obtener de la experiencia de la década de 1960? ¿Podría sugerir algún camino a seguir que sea más seguro?

Bueno, el momento de la década de 1960 se relacionaba con un reto extraparlamentario al orden establecido. Quiero decir, nosotros estábamos organizados en pequeños grupos, pero básicamente fue un movimiento masivo. Y sentíamos que, si había de llegar un cambio, sucedería en las calles, vendría a través de



Tariq Ali. Foto de archivo

una enorme ola de huelgas; pero eso no ocurrió. En países donde sí ocurrió —en Francia y en Italia—, no hubo una organización política lo suficientemente grande en ese momento decisivo como para decir: "Ahora nos arriesgaremos; podríamos perder y desaparecer, pero nos arriesgaremos". Un momento como el de la Comuna de París; un momento de 1917. Ese momento llegó en Portugal; y se perdió. **U**

Esta entrevista se realizó como parte de la investigación para el show individual "Trying it On", que el 7 de junio de 2018 emprendió una gira nacional en el Warwick Arts Centre. Este fragmento se publicará con autorización de *London Review of Books*.



“SEAN REALISTAS, PIDAN LO IMPOSIBLE”

Philippe Ollé-Laprune

Traducción de Nydia Pineda de Ávila

Mayo del 68. Cuántas ideas, clichés, nostalgia o rechazos conlleva la evocación de esta fecha. Despierta pasiones tanto favorables como francamente hostiles. Este movimiento estudiantil y social francés se articuló en diálogo con el mundo: reunió influencias ideológicas cargadas por un contexto que alimentaba pensamientos revolucionarios e internacionalistas, y emitió imágenes impactantes de una rebelión seductora. Originada en un grupo local de estudiantes anarquistas, anclado en una realidad reducida, esta ola rompió sobre la sociedad francesa con una intensidad imprevisible. Dos caras de esta época que vivían ignorándose una a otra tuvieron que encararse de pronto; el enfrentamiento fue tan inesperado como violento. Sus consecuencias se han impregnado profundamente en estas poblaciones; por primera vez en la historia la juventud se volvió una fuerza política en sí misma.

El 15 de marzo de 1968, Pierre Viansson-Ponté escribe un artículo en *Le Monde*: “Francia se aburre”. En efecto, este país ha conocido un auge económico sin precedentes desde 1945, su población es joven y su dirigente emblemático, el general De Gaulle, de 78 años, continúa gobernando con una mezcla de nacionalismo y de *dirigismo* que fastidian. Si en 1958 había menos de 200 mil estudiantes, 10 años más tarde casi 600 mil, la mayoría formada por una burguesía triunfante, quieren gozar de una educación superior. La oposición está anclada a un Partido Comunista alineado a Moscú y los escasos opositores de izquierda tienen poca presencia, aunque Mitterrand haya logrado impe-

dir la victoria de De Gaulle desde la primera ronda de elecciones presidenciales en 1965. Los jóvenes están a la escucha de la protesta que se alza desde los campus estadounidenses, en rebelión contra la guerra de Vietnam, cargados de rock, pero también de Marcuse y del Che Guevara. Los adultos se ríen de esta juventud que no conoció la guerra ni sabe de las privaciones y el hambre. Por un lado, se lanzan eslóganes que apelan a días idílicos y el hombre nuevo; por otra parte, con una sonrisa compasiva, otros explican que la vida consiste en consumir lo mejor posible, en ser dueño de la propia vivienda y en tener un poco más de vacaciones... el diálogo simplemente no es posible. Y el hastío pesa sobre esta so-

ciudad dividida: una parte parece estar satisfecha y la otra se aburre a morir, aspira a un universo distinto. Esta época no conoce ni el desempleo ni el terrorismo, pero, si bien no faltan preocupaciones, el fastidio es lo que reina. Las inquietudes más bien se relacionan con el futuro en general, la herencia de un mundo juzgado injusto y una clase política que entiende muy poco a esta juventud emergente.

El universo estudiantil y, en particular, el deseo de libertad sexual que se manifiesta en los nuevos campus universitarios, sirven de detonadores. Ciertos textos inflaron los ánimos: en 1966, la Internacional Situacionista publica un panfleto que cautiva a esta juven-



Francia, París. Universidad de la Sorbona, 1968. © Bruno Barbey/Magnum Photos/Latinstock México



Francia, París. 29 de mayo de 1968. Grupos de estudiantes y sindicatos (CGT) manifestándose.
© Bruno Barbey/Magnum Photos/Latinstock México

tud: *De la miseria en el medio estudiantil considerado bajo sus aspectos económico, político, psicológico, sexual, y, sobre todo, intelectual y de algunos medios para remediarlo.*¹ Estos situacionistas son particularmente activos y, en 1967, dos de sus miembros publican los dos libros más famosos del movimiento: *Tratado del saber vivir al uso de las jóvenes generaciones*, de R. Vaneigem, y *La sociedad del espectáculo*, de G. Debord.² Estas ideas en gestión ocupan la mente de sus jóvenes lectores e intensifican los cuestionamientos, dan un sentido a un malestar real y profundo.

La ola se forma en el campus de Nanterre, una universidad que no se siente bien, pegada a un barrio pobre e insalubre. Un grupo pequeño de estudiantes dirigido por Daniel Cohn-Bendit lanza un movimiento el 22 de

marzo de 1968 y ocupa las facultades. El grupo no acepta el arresto de algunos de sus compañeros que se manifestaron en contra de la guerra de Vietnam. Las autoridades universitarias cierran las instalaciones de Nanterre y, a fin de continuar los debates que ya rebasan el marco estudiantil, estos jóvenes se van a la Sorbona. Varios grupos llamados *gauchistes*, células de extrema izquierda, se unen a ellos. La represión es dura y la policía evacúa a la universidad del centro de París. El Barrio Latino está en llamas: es el inicio de los disturbios que durarán cerca de un mes.

El primer secretario del Partido Comunista escribe un editorial en *L'Humanité*, diario íntimamente ligado a este partido, denuncia al "anarquista alemán Cohn-Bendit" ataca a esos "jóvenes revolucionarios... hijos de grandes burgueses, que rápidamente pondrán en piloto su llama revolucionaria para ir a dirigir la empresa de papá y explotar a sus trabajadores". El gobierno, la derecha conservadora en el poder y esta izquierda comunista se reencuentran en una crítica dirigida hacia los jóvenes radicales que desafían el orden

¹ *De la misère en milieu étudiant considérée sous ses aspects économique, politique, psychologique, sexuel et notamment intellectuel et de quelques moyens pour y remédier*, Union Nationale des Étudiants de France, Association Fédérative Générale des Étudiants de Strasbourg, Supplément special au No. 16 de 21- 27 Étudiants de France, 1966.

² Raoul Vaneigem, *Traité de savoir vivre à l'usage des jeunes générations*, Guy Debord, *La société du spectacle*, 1967.

público. Los estudiantes, en cambio, crean un bloque en contra de este *esprit de sérieux* o pensamiento siniestro, esos profesionales de la política que al fin y al cabo parecen llevarse bien. La Sorbona es ocupada, luego retomada por las fuerzas del orden, y después nuevamente ocupada por los manifestantes: el desorden sirve ante todo para alimentar la contestación. La policía, torpe y brutal, no logra encauzar la situación y los manifestantes que pretenden llevar “la imaginación al poder” alzan barricadas. París se vuelve una capital sitiada y los estudiantes no cesan de debatir, de pasar micrófonos a los que quieren expresar su opinión, criticar el estado de las cosas o aportar elementos de reflexión para mejor aprehender una época: “tenemos ganas de hablar” es una de las primeras frases de ese líder franco-alemán, anarquista y lúcido, Daniel Cohn-Bendit, quien se vuelve uno de los rostros simbólicos de la efervescencia de esos días. Intelectuales como Sartre, Beauvoir o Foucault se unen a los debates y apoyan a los insurgentes y los sindicatos de profesores se solidarizan. Las noches están marcadas por los combates entre las fuerzas del orden, frecuentemente rebasadas, y los jóvenes que aprenden rápidamente el arte del combate, a lanzar losas a la cabeza de los oficiales encasquetados de las Compagnies Républicaines de Sécurité, y a usar eslóganes casi poéticos que escriben sobre los muros. “Debajo del asfalto está la playa”, “Sean salados, no dulces”, o “Prohibido prohibir”. En este instrumento-graffiti, más que en ninguna otra parte, las palabras muestran hasta qué punto el fondo de la revuelta se apoya en una lectura del mundo profunda y original, tanto vigorosa como cargada de protesta. Se tiene hacia una cierta poética del discurso polí-

tico... La espontaneidad y la toma del destino en manos propias nutre los espíritus de los jóvenes coléricos.

Hasta el 13 de mayo las relaciones de fuerza son simples: jóvenes enardecidos cargados de ideologías radicales (anarquistas, trotskistas, situacionistas, maoístas, castristas, guevaristas, etcétera), desafían el orden establecido y oponen ideas calificadas como “utopistas” a una realidad que quieren cambiar. Pero la alianza con los obreros, la huelga general que de ahí se desencadena y la parálisis del país otorgan gravedad al movimiento y la sensación de estar al borde del abismo; nadie puede medir exactamente hasta dónde pueden llegar las revueltas. El poder político está dubitativo; para tranquilizarse, De Gaulle recurre a los paracaidistas franceses en el cuartel de Alemania. ¡De ninguna manera se puede permitir una represión que alimentaría esta crisis de por sí muy difícil de manejar! Resulta increíble que durante esas jornadas tan agitadas, tensas y llenas de violencia, sólo haya habido un muerto, y eso por un accidente. Los obreros se solidarizan con los estudiantes. Las imágenes de esos reencuentros son particularmente conmovedoras: dos capas de la sociedad que se habían ignorado durante mucho tiempo entran en resonancia. El poder pierde lucidez e incluso se ve a Georges Pompidou, uno de los pilares del régimen, el primer ministro y futuro presidente de la República, declarar ante la Asamblea Nacional que los movimientos estudiantiles son financiados por China, Cuba e incluso... ¡la CIA!

La huelga general afecta a la población y se ven colas interminables para conseguir gasolina en las estaciones de servicio, el abasto alimenticio en las grandes ciudades está en riesgo, las barricadas bloquean el Barrio La-

tino y los combates entre estudiantes y fuerzas del orden son cotidianos. Pero los intereses no son los mismos y los sindicatos se clavan en la brecha que ha sido cavada: negociaban ventajas para los trabajadores (revaluación de los salarios, ventajas en términos de vacaciones y jubilaciones...), temas alejados de los ideales izquierdistas propuestos por los jóvenes rebeldes. Se firman los Acuerdos de Grenelle. Una vez más, la fosa social marca su diferencia. La opinión pública, al inicio muy favorable al movimiento estudiantil, comienza a cansarse. Los obreros, satisfechos de los beneficios obtenidos, retoman su trabajo. A los comités de insurgentes se les agota el aliento. El 30 de mayo una manifestación de más de un millón de personas que apoyan al general De Gaulle invade las calles de la capital. El sueño utópico ha pasado pero sus consecuencias se harán sentir durante mucho tiempo en bastantes sectores.

En el corto y mediano plazos las repercusiones en el dominio público son evidentes: aunque una nueva cámara de diputados es elegida y ésta muestra claramente la victoria del gaullismo, el jefe de Estado renuncia un año más tarde y la política francesa oscila hacia otra dinámica con el éxito del centroderechista Giscard d'Estaing en 1974 y, sobre todo, del partido socialista de François Mitterrand en 1981. Esta avanzada de la izquierda parlamentaria se benefició sin duda de la ola del 68, y el Partido Comunista, aliado al Partido Socialista a través de un programa común, ya no será la fuerza principal de la izquierda. François Mitterrand es elegido el 10 de mayo de 1981 con un eslogan de campaña que vino directamente de las ideas de ese mayo de los insurgentes: "Cambiar la vida". Mitterrand gobierna con algunos mi-

nistros comunistas en el gabinete, y luego, dividido entre la gestión del poder y una actualidad internacional que ve la retirada del marxismo, el Partido Comunista Francés vive un declive del cual nunca ha podido salir.

Pero más allá de las repercusiones políticas propiamente dichas, mayo del 68 penetró en muchos sectores y propagó ideas que se desarrollarían en varios terrenos. Estos choques fueron seguidos en el mundo entero y la juventud, ya muy afirmada en los campus universitarios estadounidenses, tomó conciencia de su fuerza para exponerla cuando fuera necesario. La especificidad del movimiento francés consiste en la alianza entre estudiantes y obreros, y en la organización de la huelga general que no se producirá en otra parte. En medio de la gran confusión que reinó es difícil establecer una jerarquía de las causas de esta efervescencia; sin embargo, se pueden observar con más detalle las consecuencias tanto en el plano nacional como internacional. Los grandes principios y las ideas de fondo van a extenderse aun si ciertos mecanismos ya estaban en marcha en otros países.

Estos jóvenes quisieron invocar la presencia de la fantasía, del sueño y de la imaginación en las actividades cotidianas, y esto dio una sensación festiva a este mayo del 68. La lectura de Marcuse implantó la idea, con su concepto de "Hombre unidimensional", de que la sociedad moderna, tanto en los países socialistas como capitalistas, no toma en cuenta la parte sensible del ser humano, la ataca y busca destruirla para dejar al hombre sólo su rol funcional en el trabajo y como consumidor. El movimiento tiende a devolver al hombre esta sensibilidad y esta creatividad. Es entonces natural que, a fin de afilar la sensibilidad y la creatividad que todos tenemos

dentro, haya que realizar las actividades que encaucen ese desarrollo. Antes de 1968, un buen número de militantes van a volcarse sobre métodos que permiten dar vida a esas facetas de sus existencias, particularmente en el campo de la educación, la cultura y los medios.

El primer gran principio heredado de mayo del 68 es que la norma es limitante y que su imposición ha asfixiado al individuo. En el ámbito de la educación, aquello se traduce en el deseo de transformar al niño-discípulo en niño-sujeto. A lo largo de los años setenta las reformas escolares se suceden unas a otras, y uno de los libros de cabecera de esos tiempos es *Libres enfants de Summerhill*, de Alexander Sutherland Neill, quien difunde experimentos educativos que permiten a los niños desarrollar una personalidad fuera de las imposiciones. A la par se motiva el crecimiento del individuo con la seguridad de que todo lo que está fuera de la norma es positivo. Los padres y los alumnos, en conjunto, participan en la toma de decisiones sobre el sistema pedagógico mismo e incluso se habla de co-gestión. La enseñanza no sólo debe liberar la palabra sino también motivar la creatividad y las actividades artísticas. Como sucede con todas las consecuencias de mayo del 68, hoy día se puede constatar que ciertos abusos y efectos perversos quizás opacaron esas acciones. Sin embargo, definitivamente se dio un giro y la dirección del sistema educativo cambió para siempre: se enseña para desarrollar al individuo y no para obligarlo a asimilar una suma de consecuencias a menudo inútiles. La expresión “*tête bien faite*” (la cabeza bien formada), contra la “*tête bien pleine*”, (la cabeza bien llena), de Rabelais, encuentra ahí todo su significado.

Con ese principio que transforma la norma en un modo de represión, vamos a encontrar aplicaciones de esta idea en muchos sectores de actividades. Por ejemplo, se reta y se critica al sistema psiquiátrico e incluso al psicoanalítico. El enfermo mental, el loco, el desequilibrado: estas palabras definen a un individuo al que la sociedad rechaza y excluye injustamente. Los grandes pensadores de esta



Calle de París después de una noche de peleas entre estudiantes y la policía antidisturbios. Mañana del 11 de mayo de 1968.

© Bruno Barbey/Magnum Photos/Latinstock México





época como Foucault (*Surveiller et punir*), y Deleuze y Guattari (*Mille plateaux*, que critica el sistema psiquiátrico), trabajan sobre este tema. Si se espera un cambio, una revolución misma del sistema de pensamiento y, por ende, de la sociedad. Conviene liberarse de la alienación y la dominación para que la sociedad no pese sobre esos individuos. Los experimentos de nuevos métodos psiquiátricos, como se practican en el centro de Maison

dinamizar la oferta; otros, más radicales, deciden crear su propia herramienta de fabricación. En los años setenta asistimos al surgimiento y a la implantación de múltiples editoriales que se niegan a trabajar como sus augustas hermanas capitalinas, y se desarrollan, frecuentemente, lejos de París, con un ritmo y un catálogo acordes con su crecimiento. Es la gran época de la editorial Maspero, del movimiento de editoriales como Verdier

Conviene liberarse de la alienación y la dominación para que la sociedad no pese sobre esos individuos.

Blanche en la *banlieue* de París, se multiplican y van a marcar a este sector de salud hasta el presente.

Los actores de mayo del 68 otorgan mucha importancia a los dominios culturales; las industrias de ese campo van a recibir un influjo significativo de personajes que participaron en los acontecimientos. Por un lado, los jóvenes de la Sorbona estaban destinados a ser intelectuales activos (pero más allá del mundo académico quieren intervenir en el campo social y difundir el pensamiento en la sociedad) y, por otra parte, saben que para animar el espíritu hay que producir libros, discos, películas... se trata de un movimiento doble y paradójico que acelera la entrada del mundo artístico e intelectual a una era del consumo al mismo tiempo que ataca este aspecto nuevo del mundo contemporáneo. Así, ciertas personas entran a editoriales o casas de producción para

o de L'atelier du gué en el sur de Francia, y de Federop en Lyon... En general, la actividad cultural vive un crecimiento espectacular y verá su apogeo con la llegada de Jack Lang al Ministerio de Cultura, en 1981. "La imaginación al poder" era el eslogan de los jóvenes rebeldes de ese mayo inquieto. Es difícil confirmar que ese programa haya sido llevado a cabo, pero, una vez más, lo que cuenta es el eje, la dirección tomada...

En Francia, la televisión y el automóvil habían cambiado las relaciones sociales. Una sociedad de ocio emergió lentamente y el lugar de la cultura en ella sería inmenso. Los órganos de información estaban fosilizados y apareció una nueva prensa. En 1973 se fundó el diario *Libération* y con él los agitadores del Mayo obtienen los medios para poner en la escena pública las noticias que integran la lucha contra el dominio de los poderes y la alienación: con Jean Paul Sartre como padrino y Serge July como director, el diario se ancla en un discurso contestatario. Retoma la antorcha *La cause du peuple* (La causa del pueblo), órgano de inspiración maoísta animado por

Págs. 50-51. Francia, Boulogne-Billancourt.

17 de mayo de 1968. 5,000 trabajadores se hacen cargo de los edificios de la planta de automóviles de Renault en los suburbios de París.

© Bruno Barbey/Magnum Photos/Latinstock México

los miembros del grupo La Gauche prolétarienne. Para entonces algunos ya pedían la libertad de transmitir programas radiofónicos pero habría que esperar hasta 1981 para que el poder autorizara las radios privadas en Francia. Aunque la televisión era aún una herramienta estatal, participó plenamente en los acontecimientos de mayo del 68 con una huelga del personal que dejaría huellas profundas: el movimiento sindical encontró ahí un espacio sensible para expresarse.

Un rasgo general atraviesa las repercusiones del movimiento: el deseo de autonomía; sobre todo en la educación y la cultura (crear seres menos sujetos a la alienación). Este anhelo de autonomía enfatiza valores supremos y un horizonte deseado. Su práctica permite la emergencia de nuevos militantes y tomas de conciencia más auténticas en el seno de la población.

En el campo económico aparece una nueva doctrina: la autogestión. Deseada por los trabajadores de algunos sectores, ésta consiste en desarrollar la actividad de producción industrial dando a los obreros la propiedad del bien de producción, la fábrica. La experiencia de la empresa Lip, que fabrica relojes de mano en Besançon, despierta pasión en los observadores. Su eslogan dice: "es posible, producimos, vendemos, nos pagamos". La aventura termina mal: después de años de lucha, la fábrica debe cerrar, pero el aire de simpatía que suscita es un ejemplo que tiene ecos mucho más allá de las fronteras francesas: ¡es posible producir sin patrón!

Otros ejemplos de búsqueda de autonomía: buscarse una vivienda fuera de la norma económica y organizar una nueva manera de vivir en comunidad. Al final de 1971 los alumnos del Liceo de Sevres ocupan vivien-

das vacías en una calle vuelta emblemática la rue des Caves. Es el comienzo de la vida en comunidad en *squats*. El mundo *hippie*, sin duda, ya había propuesto una forma de existencia alternativa, con una libertad sexual real y una jerarquía nueva. Pero el mundo del *squat* que de ahí nace va a desarrollarse en varias aglomeraciones. Este mundo ciudadano recibe las utopías hasta entonces reservadas al universo rural. Algunos abogan por el regreso a la tierra e incluso, a veces inspirados por un marxismo digno de Mao, creen reencontrar una existencia en mayor comunión con la naturaleza. En 1971 el gobierno decide ampliar el campo de entrenamiento militar en un territorio llamado Larzac. Los campesinos que viven y trabajan allí protestan y se manifiestan. Esto detona un movimiento de solidaridad inmenso que reúne sobre estas tierras a más de cien mil personas. El Larzac se vuelve símbolo de resistencia y finalmente, después de diez años de combate, el proyecto se abandona. Durante estos años este territorio recibió nuevos habitantes, vio el desarrollo de debates que fueron premisa de movimientos intermundialistas y ecológicos.

El regreso a la tierra y el deseo de ver una vida más respetuosa de la naturaleza son parte de la herencia. Sin embargo, durante los debates de mayo del 68, nadie habla de ecología. Ese tema no es de actualidad, o al menos eso parece. Pero entre la población comienza a instalarse la conciencia de ser testigos de una sociedad de consumo que destruye el planeta. Las manifestaciones contra la energía nuclear se multiplican y la causa ecológica ocupa un espacio de protesta amplio. Por primera vez, en 1974, un candidato ecologista, René Dumont, se postula para la elección presidencial. Logra transmitir un discurso nue-



Francia, París. Mayo de 1968. La policía antidisturbios combate a los estudiantes que prendieron fuego a los autos en el Barrio Latino

vo que da en el blanco: subraya los peligros del desarrollo energético tal como lo están viviendo los franceses. En tiempos anteriores, la ecología y el regreso a la naturaleza eran, más bien, un discurso de ultra-conservadores, incluso de los partisanos de la extrema derecha. Pero de ahí en adelante los *gauchistes* se lo van a apropiar; ven ahí una manera de cambiar la sociedad de fondo, con otra relación con el mundo, una más respetuosa con la naturaleza y su porvenir. En Alemania su discurso será aún más politizado que en Francia y parece natural que el antiguo líder estudiantil Daniel Cohn Bendit vaya a militar en las filas de los verdes alemanes. Este tema, fundamental para nuestras sociedades contemporáneas, se proyecta desde los residuos del 68.

Otro tema esencial de nuestro tiempo que toma impulso desde mayo del 68 es el feminismo. Antes de ese momento de “desorden”, el feminismo no estaba tan vivo en Francia como en Gran Bretaña y Estados Unidos. Las mujeres no obtuvieron derecho al voto sino hasta 1945. Durante los grandes debates de

la Sorbonne en aquel mes de mayo, el feminismo se abordó sólo una vez. La universidad de Vincennes se volvió, después del 68, un espacio de intercambio, de crítica y protesta. La constatación es clara: los líderes de esos movimientos casi siempre son hombres y cierto machismo impera en la rebelión estudiantil. Ciertas militantes se radicalizan y fundan el MLF: *Mouvement de Libération des Femmes* (Movimiento de Liberación de las Mujeres). Creado en 1970, esta iniciativa va a criticar fuertemente a la sociedad francesa que, por su parte, evolucionará lentamente en estos temas. Su primer acto simbólico es aportar una corona de flores a la mujer del soldado desconocido, enterrado bajo el arco del triunfo. Aún más desconocida que el soldado, su mujer... la historia de esos movimientos radicales (los hombres están excluidos) es larga pero nadie puede negar que su influencia será decisiva para las conquistas de las mujeres. La ley Veil, que autorizó la interrupción voluntaria del embarazo, es votada en 1975. La libertad sexual, la anticoncepción, el acceso al mundo del trabajo: estos cambios son len-

tos pero reales. Si bien el combate no siempre ha conservado su forma radical, continúa hasta nuestros días...

Esos deseos de autonomía y de toma de responsabilidad atraen a grupos diversos que comenzaron a reivindicarse a partir de su diferencia. Así se ve cómo se constituyen los movimientos que tocan la identidad social (el primer Movimiento de Trabajadores Árabes: *Mouvement des Travailleurs Arabes*, que agrupa inmigrantes), sexual (la creación del *Front Homosexuel d'Action Révolutionnaire*) o regional (la emergencia de grupos occitanos o bretones como el *Ejército Republicano Bretón: l'Armée Républicaine Bretonne*). La gran ola general que creía dar la palabra a todos provoca estas tomas de postura singulares, concretas, activas. Para cambiar el mundo, ciertos individuos y grupos trabajan también sobre el hábitat y las condiciones de vida. A partir de ese momento arquitectos y urbanistas van a agruparse para imaginar formas diferentes en estos campos. Por ejemplo, la revista *Utopie*, de Hubert Tonka, inspirado por los situacionistas, toma un auge increíble.

En el campo político radical, el militantisismo izquierdista se manifiesta en las fábricas, donde voluntarios logran infiltrarse como obreros para atraer al proletariado hacia la revolución. Uno de los dramas de esos años post 68 sucede en la fábrica Renault donde uno de estos voluntarios, Pierre Overney, es asesinado por un guardia. Tras una serie de debates contradictorios, los izquierdistas se niegan a tomar la vía de las armas y su acción va a desenvolverse en un marco que excluye la violencia (solamente, más tarde, el grupo *Action directe* practicará el terrorismo). En Francia, esta tendencia evoluciona en un sentido contrario al de otros países eu-

ropeos, por ejemplo, Italia o Alemania. En 1973, los trotskistas incluso deciden pasar por las urnas y dejar de defender la revolución como método para acceder al poder. Ese abandono relativo va a provocar la emergencia de movimientos autónomos, frecuentemente ligados al mundo de los *squats*, que se infiltran en manifestaciones y proceden a actos violentos, rompen y golpean, en el estilo más puro de los nihilistas de finales del siglo XIX. Estos métodos aún se practican a medida que los movimientos izquierdistas, cuyo eco se ha ido debilitando en una sociedad de consumo omnipresente, fueron abandonando progresivamente la oposición radical. El ánimo del 68 lleva a Mitterrand a la victoria en 1981 y la gestión del país, las obligaciones del poder y las realidades de la administración cotidiana terminan por obligar a un buen número de actores de esos movimientos a practicar un pragmatismo cargado de contradicción. Las esperanzas de un mundo mejor se diluyen, y se aspira cada vez más a una existencia "menos peor".

Desde sus raíces hasta el final, mayo del 68 estuvo ligado a un mundo intelectual y uno de sus legados más evidentes se ubica en el campo del pensamiento. Uno de los rasgos que emergen de estos movimientos es su atracción por el antiautoritarismo. Hasta entonces este tema había sido considerado por pensadores liberales como Raymond Aron o filósofos cercanos al mundo libertario como Albert Camus. Pero después de los acontecimientos de mayo los jóvenes filósofos van a atacar brutalmente al marxismo y a denunciar todas las formas de autoritarismo. Son los "nuevos filósofos" que seducirán al lectorado y le ofrecerán una conciencia limpia. En estos tiempos André Glucksmann o Bernard-Henri Lévy

publican sus libros e integran la primera generación de pensadores que saben usar a los medios para ocupar el espacio de los debates. De ahí suele reincidir cierta falta de consistencia en sus postulados, y esto se lo reprochan filósofos más centrados en trabajos de fondo.

Los años setenta están marcados por obras de pensadores que conocen un éxito enorme

ricas como *Hara Kiri* (que después se convierte en *Charlie Hebdo*) u otras más ideológicas, como *Camarade* o *Marge*, marcan estos tiempos. Por supuesto, la influencia de la contracultura anglosajona es evidente, pero a la revolución en curso no le importan las fronteras. Otra consecuencia sensible del movimiento se caracteriza por el interés en lo entonces llamado "tercermundista": la atención se vuelca

El eslogan "sean realistas, pidan lo imposible" fue el motor de una evolución real y profunda.

en el mundo. La *French Theory* representada por autores tan diversos como Foucault, Baudrillard, Derrida, Deleuze, Barthes, Althusser, Guattari, Lyotard o Levinas, es inseparable de ese post 68 y de los anhelos que ahí se manifiestan. La pregunta sobre el reconocimiento del valor del individuo, la idea de que la norma es represiva y las ganas de autonomía, éstas son algunas de las ideas que integran este tiempo y las obras influyentes producidas por ellos. Estos pensamientos no están libres de intolerancia y, por ejemplo, las palabras de Althusser que acusan a los filósofos del pasado de "pequeños burgueses" hoy generan sonrisas. El debate intelectual se tiñe de sospecha y se ve marcado por la desaparición del sujeto responsable de sus actos. Los márgenes gozan de gran prestigio y ahí se buscan los fermentos de las revoluciones por venir.

Así, florece una contracultura y la multiplicación de revistas y fanzines muestra que la toma de la palabra tan defendida por los estudiantes de mayo del 68 desemboca en esta efervescencia. En este auge de publicaciones se puede ver el éxito de este movimiento. La música rock y el cómic, las revistas satí-

sobre los países del sur y la responsabilidad del mundo occidental en su miseria, inquietudes poco presentes antes de estos movimientos, se vuelven temas en sí mismos. Historiadores revisitan la historia nacional e intentan denunciar los abusos del colonialismo, ahí también con una pertinencia nueva y también con algunos excesos, como se ve en las teorías de Homi Bhabha. La opinión pública reacciona ante los grandes malestares y a las grandes crisis de ese "tercer mundo". Concebida en la urgencia, la asociación Médecins sans Frontières es creada en 1971, y envía por primera vez cuerpos médicos, como prueba de solidaridad internacional, a países en crisis, como fue el caso de Biafra y Jordania. La sociedad de consumo occidental se ve socavada, y el humanismo que inspiró los fundamentos de ese mundo encuentra en estos movimientos un campo posible de expresión. Ahí se perciben rastros del pensamiento de Rousseau: el hombre nace bueno y la sociedad (de consumo) lo corrompe. Las ONG se vuelven un medio para intervenir en el mundo sin que los Estados puedan emitir su opinión... una vez más: el deseo de autonomía y la respon-



Francia, París. Mayo de 1968. Left Bank. Los grupos de estudiantes se apoderan de los edificios de la Universidad de la Sorbona. © Bruno Barbey/Magnum Photos/Latinstock México

sabilidad que eso conlleva se vuelven elementos clave de nuestro universo. Esto viene directamente de ese mayo tan agitado.

Este revuelo del mes de mayo del 68, cargado de ideologías y teorías tan diversas, inició cambios en dominios tan numerosos como variados: este tiempo fue el acelerador de procesos y el revelador de malestares hasta entonces escondidos. Curiosamente fueron las acciones de pequeños grupos minoritarios y radicales las que cambiaron a la sociedad. El eslogan “sean realistas, pidan lo imposible” fue el motor de una evolución real y profunda. Paradójicamente, la crítica del marxismo tradicional vino de pensamientos más revolucionarios que aquellos empleados por los comunistas clásicos, y ahí se puede ver un signo de su declive. De ahí en adelante, la contestación podía dirigirse tanto a la sociedad capitalista como al mundo socialista y estatal. Las lecciones serán retomadas en paí-

ses con una juventud ansiosa de expresar una oposición y un malestar por mucho tiempo guardados. México, que conocerá semanas más tarde una rebelión estudiantil amplia y severamente reprimida, seguramente recibió más influencia de campus universitarios estadounidenses y de la contracultura que ahí circulaba. Pero la agitación se volvió planetaria y los nuevos valores en gestación se cruzan, se intercambian y se multiplican de un territorio a otro. La juventud se vuelve una fuerza de oposición fundamental y ya no soltará el lugar conquistado. Su privilegio fue ocupar una posición que nadie podía tomar. Su deber es conservarla y darle vida a través del tiempo, por todos lados y para siempre. **U**

Adelanto de *Memorial 68*. Vol. II: *Ciudadanía y movimientos*, Dirección de Literatura UNAM, 2018.

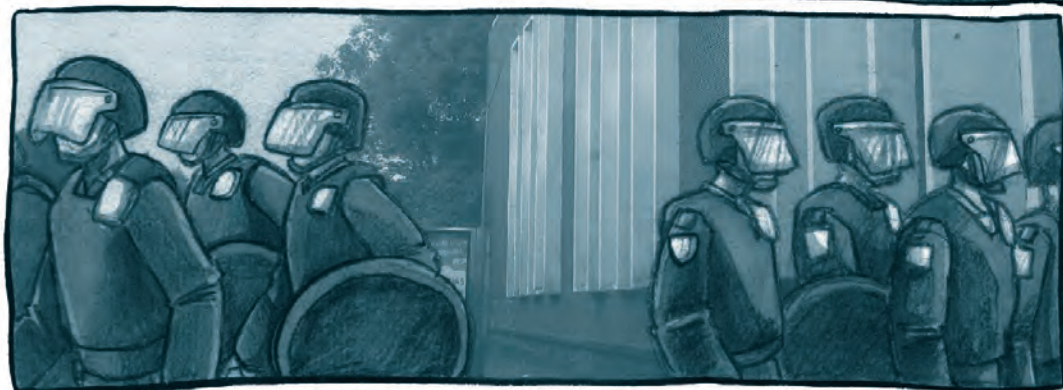
NOVELA GRÁFICA

GRITO DE VICTORIA

Augusto Mora

En *Grito de Victoria*, Augusto Mora aborda la historia reciente de los movimientos estudiantiles en México a partir de el “halconazo” de 1971 y las manifestaciones de #Yosoy132 durante la elección presidencial en 2012. El autor intercala ambos casos emblemáticos para descubrir múltiples paralelismos y revelar la continuidad de la lucha a través del tiempo. Presentamos un fragmento de la protesta de 1971, en la que Victoria y Vicente, dos estudiantes mexicanos, se ven atrapados en un enfrentamiento que nos remite trágicamente a la matanza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968. Publicado por La Cifra editorial.

















AMULETO

FRAGMENTO DE NOVELA

Roberto Bolaño

Y así llegué al año 1968. O el año 1968 llegó a mí. Yo ahora podría decir que lo presentí. Yo ahora podría decir que tuve una corazónada feroz y que no me pilló desprevenida. Lo auguré, lo intuí, lo sospeché, lo remusgué desde el primer minuto de enero; lo presagí y lo barrunté desde que se rompió la primera piñata (y la última) del inocente enero enfiestado. Y por si eso no fuera poco podría decir que sentí su olor en los bares y en los parques en febrero o en marzo del 68, sentí su quietud preternatural en las librerías y en los puestos de comida ambulante, mientras me comía un taco de carnitas, de pie, en la calle San Ildefonso, contemplando la iglesia de Santa Catarina de Siena y el crepúsculo mexicano que se arremolinaba como un desvarío, antes de que el año 68 se convirtiera realmente en el año 68.

Ay, me da risa recordarlo. ¡Me dan ganas de llorar! ¿Estoy llorando? Yo lo vi todo y al mismo tiempo yo no vi nada. ¿Se entiende lo que quiero decir? Yo soy la madre de todos los poetas y no permití (o el destino no permitió) que la pesadilla me desmontara. Las lágrimas ahora corren por mis mejillas estragadas. Yo estaba en la facultad aquel 18 de septiembre cuando el ejército violó la autonomía y entró en el campus a detener o a matar a todo el mundo. No. En la universidad no hubo muchos muertos. Fue en Tlatelolco. ¡Ese nombre que quede en nuestra memoria para siempre! Pero yo estaba en la facultad cuando el ejército y los granaderos entraron y arrearon con toda la gente. Cosa más increíble. Yo estaba en el baño, en los lavabos de una de las plantas de la facultad,

la cuarta, creo, no puedo precisarlo. Y estaba sentada en el wáter, con las polleras arremangadas, como dice el poema o la canción, leyendo esas poesías tan delicadas de Pedro Garfias, que ya llevaba un año muerto, don Pedro tan melancólico, tan triste de España y del mundo en general, qué se iba a imaginar que yo lo iba a estar leyendo en el baño justo en el momento en que los granaderos conchudos entraban en la universidad. Yo creo, y permítaseme este inciso, que la vida está cargada de cosas enigmáticas, pequeños acontecimientos que sólo están esperando el contacto epidérmico, nuestra mirada, para desencadenarse en una serie de hechos causales que luego, vistos a través del prisma del tiempo, no pueden sino producirnos asombro o espanto. De hecho, gracias a Pedro Garfias, a los poemas de Pedro Garfias y a mi inveterado vicio de leer en el baño, yo fui la última en enterarse de que los granaderos habían entrado, de que el ejército había violado la autonomía universitaria, y de que mientras mis pupilas recorrían los versos de aquel español muerto en el exilio los soldados y los granaderos estaban deteniendo y cacheando y pegándole a todo el que encontraban delante sin que importara sexo o edad, condición civil o status adquirido (o regalado) en el intrincado mundo de las jerarquías universitarias.

Digamos que yo sentí un ruido.

¡Un ruido en el alma!

Y digamos que después el ruido fue creciendo y creciendo y que ya para entonces yo presté atención a lo que pasaba, oí que alguien tiraba de la cadena de un wáter vecino, sentí un portazo, pasos en el pasillo, y el clamor que subía de los jardines, de ese césped tan bien cuidado que enmarca la facultad como un mar verde a una isla siempre dispuesta a las

confidencias y al amor. Y entonces la burbuja de la poesía de Pedro Garfias hizo blip y cerré el libro y me levanté, tiré de la cadena, abrí la puerta, hice un comentario en voz alta, dije che, qué pasa afuera, pero nadie me respondió, todas las usuarias del baño habían desaparecido, dije che, ¿no hay nadie?, sabiendo de antemano que nadie me iba a contestar, no sé si conocen la sensación, una sensación como de película de miedo, pero no de esas en donde las mujeres son sonsas sino de esas en donde las mujeres son inteligentes y valientes o en donde al menos hay una mujer inteligente y valiente que de repente se queda sola, que de repente entra en un edificio solitario o en una casa abandonada y pregunta (porque ella no sabe que el lugar en donde se ha metido está abandonado) si hay alguien, alza la voz y pregunta, aunque en realidad en el tono con que hace la pregunta ya va implícita la respuesta, pero ella pregunta, ¿por qué?, pues porque ella básicamente es una mujer educada y las mujeres educadas no podemos evitar serlo en cualquier circunstancia en que la vida nos ponga, ella se queda quieta o tal vez da algunos pasos y pregunta y nadie, evidentemente, le responde. Así que yo me sentí como esa mujer, aunque no sé si lo supe en el acto o lo sé ahora, y también di unos cuantos pasos como si caminara por una enorme extensión de hielo. Y luego me lavé las manos, me miré en el espejo, vi una figura alta y flaca, con algunas, demasiadas ya, arruguitas en la cara, la versión femenina del Quijote como me dijera en una ocasión Pedro Garfias, y después salí al pasillo, y ahí sí que me di cuenta enseguida de que pasaba algo, el pasillo estaba vacío, sumido en sus desvaídos colores crema, y la gritería que subía por las escaleras era de las que atontan y hacen historia.



Alcira en la casa de descanso de su amiga María Adela, Cuernavaca, 1956. Cortesía de la Familia Gabard Soust. Incluida en la exposición Alcira Soust Scaffo, MUAC

¿Qué hice entonces? Lo que cualquier persona, me asomé a una ventana y miré hacia abajo y vi soldados y luego me asomé a otra ventana y vi tanquetas y luego a otra, la que está al fondo del pasillo (recorrí el pasillo dando saltos de ultratumba), y vi furgonetas en donde los granaderos y algunos policías vestidos de civil estaban metiendo a los estudiantes y profesores presos, como en una escena de una película de la Segunda Guerra Mundial mezclada con una de María Félix y Pedro Armendáriz de la Revolución Mexicana, una película que se resolvía en una tela oscura pero con figuritas fosforescentes, como dicen que ven algunos locos o las personas que sufren repentinamente un ataque de miedo. Y luego vi a un grupo de secretarias, entre las que creí distinguir a más de una amiga (¡en realidad creí distinguirlas a todas!), que salían en fila india, arreglándose los vestidos,

con las carteras en las manos o colgadas del hombro, y después vi a un grupo de profesores que también salía ordenadamente, al menos tan ordenadamente como la situación lo permitía, vi gente con libros en las manos, vi gente con carpetas y páginas mecanoscritas que se desparramaban por el suelo y ellos se agachaban y las recogían, y vi gente que era sacada a rastras o gente que salía de la facultad cubriéndose la nariz con un pañuelo blanco que la sangre ennegrecía rápidamente. Y entonces yo me dije: quédate aquí, Auxilio. No permitas, nena, que te lleven presa. Quédate aquí, Auxilio, no entres voluntariamente en esa película, nena, si te quieren meter que se tomen el trabajo de encontrarte.

Y entonces volví al baño y mira qué curioso, no sólo volví al baño sino que volví al wáter, justo el mismo en donde estaba antes, y volví a sentarme en la taza del wáter, quiero

decir: otra vez con la pollera arremangada y los calzones bajados, aunque sin ningún apremio fisiológico (dicen que precisamente en casos así se suelta el estómago, pero no fue ciertamente mi caso), y con el libro de Pedro Garfias abierto, y aunque no quería leer me puse a leer, lentamente al principio, palabra por palabra y verso por verso, aunque poco después la lectura fue acelerándose hasta que finalmente se hizo enloquecedora, los versos pasaban tan rápidos que apenas me era posible discernir algo de ellos, las palabras se pegaban unas con otras, no sé, una lectura en caída libre que, por otra parte, la poesía de Pedrito Garfias apenas pudo resistir (hay poetas y poemas que resisten cualquier lectura, otros, la mayoría, no), y en esas estaba cuando de repente oí ruido en el pasillo, ¿ruido de botas?, ¿ruido de botas claveteadas?, pero che, me dije, ya es mucha coincidencia, ¿no te parece?, ¿ruido de botas claveteadas!, pero che, me dije, ahora sólo falta el frío y que una boina me caiga encima de la cabeza, y entonces escuché una voz que decía algo así como que todo estaba en orden, mi sargento, puede que dijera otra cosa, y cinco segundos después alguien, tal vez el mismo cabrón que había hablado, abrió la puerta del baño y entró.

Y yo, pobre de mí, oí algo similar al rumor que produce el viento cuando baja y corre entre las flores de papel, oí un florear de aire y agua, y levanté (silenciosamente) los pies como una bailarina de Renoir, como si fuera a parir (y de alguna manera, en efecto, me disponía a alumbrar algo y a ser alumbrada), los calzones esposando mis tobillos flacos, enganchados a unos zapatos que entonces tenía, unos mocasines amarillos de lo más cómodo, y

mientras esperaba a que el soldado revisara los wáteres uno por uno y me disponía moral y físicamente, llegado el caso, a no abrir, a defender el último reducto de autonomía de la UNAM, yo, una pobre poetisa uruguaya, pero que amaba México como la que más, mientras esperaba, digo, se produjo un silencio especial, un silencio que ni los diccionarios musicales ni los diccionarios filosóficos registran, como si el tiempo se fracturara y corriera en varias direcciones a la vez, un tiempo puro, ni verbal ni compuesto de gestos o acciones, y entonces me vi a mí misma y vi al soldado que se miraba arrobado en el espejo, nuestras dos figuras empotradas en un rombo negro o sumergidas en un lago, y tuve un escalofrío, *helas*, porque supe que momentáneamente las leyes de la matemática me protegían, porque supe que las tiránicas leyes del cosmos, que se oponen a las leyes de la poesía, me protegían y que el soldado se miraría arrobado en el espejo y yo lo oiría y lo imaginaría, arroba-da también, en la singularidad de mi wáter, y que ambas singularidades constituían a partir de ese segundo las dos caras de una moneda atroz como la muerte.

Hablando en plata: el soldado y yo permanecimos quietos como estatuas en el baño de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras, y eso fue todo, después oí sus pisadas que se marchaban, escuché que se cerraba la puerta y mis piernas levantadas, como si decidieran por sí mismas, volvieron a su antigua posición. **U**

© 1998, Roberto Bolaño. Todos los derechos reservados.
Roberto Bolaño, *Amuleto*, Alfaguara, 2018, pp. 26-33.



YOU SAY YOU WANT A REVOLUTION?

EL ROCK MEXICANO EN SITUACIÓN

José Luis Paredes Pacho

*La música popular no es en sí misma ni revolucionaria ni reaccionaria.
Es una poderosa fuente de emociones que, al estar socialmente codificadas,
pueden contradecir también al "sentido común".*

SIMON FRITH

*...que el autodesacreditado Gobierno Mexicano otorgue la mayoría de edad a la
Sociedad Civil Mexicana para autogobernarse, al menos en sus horas libres.*

SAMUEL NOYOLA, 1995¹

INFECTA BASURA DEL IMPERIALISMO

Para la progresía mexicana de los sesenta y setenta el folclor latinoamericano era la música genuinamente revolucionaria. Por ejemplo, grupos como Los Folkloristas (1966) decretaron categóricamente su deseo de "Oponer a la creciente penetración cultural imperialista la voz de nuestros pueblos, como necesidad de identificación y afirmación".² Para ellos el pueblo auténtico debía escuchar quenás y charangos, por lo que la citada voz popular no incluía a los depauperados seguidores de

¹ Samuel Noyola, "Constelación del slam 12-Serpiente", en "El curioso impertinente", *La Jornada Semanal*, 18 de junio, México, DF, 1995, p. 10.

² De la portada del álbum Los Folkloristas: *Repertorio 1967-1970*, vol. 3 (Discos Pueblo, DP-1003, 1974), citado por Zolov, Eric, *Rebeldes con causa, la contracultura mexicana y la crisis del Estado patriarcal*, Norma, México, 2002, p. 315. El sello Discos Pueblo fue fundado por algunos miembros del grupo Los Folkloristas en 1973. El presidente latinoamericanista Luis Echeverría Álvarez apoyaba a la música folclórica en México y según Zolov, Discos Pueblo había obtenido por parte del Estado mexicano la donación de un inmueble.

grupos electrificados como Three Souls in my Mind (1968), que cantaba letras antigubernamentales como ésta:

Vivir en México es lo peor / nuestro gobierno está muy mal / y nadie puede protestar / porque lo llevan a encerrar. / Ya nadie quiere ni salir / ni decir la verdad/ ya nadie quiere tener/ más líos con la autoridad. / Muchos azules, en la ciudad /a toda hora, queriendo agandallar. ¡No! / ¡Ya no los quiero ver más! / Y las tocaditas de rock / ya nos las quieren quitar / ya sólo va poder tocar / el hijo de Díaz Ordaz (Abuso de autoridad).

Para la izquierda, el rock mexicano era literalmente basura del imperialismo. Hoy día han aparecido investigaciones académicas que reivindican el carácter revolucionario del rock mexicano, lo cual también me parece exagerado. ¿Quién tiene la razón? El problema es razonar mediante postulados binarios y puristas. ¿Puede situarse al rock en alguna de las geometrías políticas? ¿Qué es lo determinante para calibrar una postura política en la música: la intencionalidad de los músicos, las prácticas reales de los protagonistas, las formas de producción cultural, los canales de circulación de la obra, o las filiaciones y expectativas del escucha?

Tan pronto como los jóvenes mexicanos comenzaron a apropiarse del rock a fines de los cincuenta, entraron en diversas tensiones con una sociedad conservadora, un régimen terriblemente autoritario, un Estado tutorial y una sociedad profundamente misógina. ¿Esto lo convirtió en una música de izquierda?, no. ¿En un agente de cambio?, sí. Podemos decir que el rock es parte de una industria de consumo y a la vez un espacio posible para la inconformidad y la disidencia. Las cul-



Miembros de la banda Los Nazis, en la colonia Primera Victoria, 1983. Foto: José Luis Paredes Pacho

turas del rock pueden ser vistas como un agente de cambio de mentalidades y comportamientos. ¿Esto lo vuelve una música empática con la izquierda organizada en México? Depende de qué entendamos por izquierda, pero seguramente no para lo que esta noción denotaba hasta mediados de los ochenta. Entonces, lo que quizá sí podemos afirmar es que el rock contribuyó a cambiar incluso lo que entendemos por izquierda en nuestro país.

NO PERMITAN QUE SUS HIJAS MAYORES DE 12 AÑOS SALGAN SOLAS A LA CALLE

Casi siempre lejos de la izquierda histórica, los cambios más profundos que las culturas roqueras provocaron en México durante el siglo XX se dieron en el ámbito de la vida cotidiana: en las políticas del cuerpo, en la di-



versificación del lenguaje, en la relación entre padres e hijos, en las prácticas sexuales, en el uso del tiempo libre, en la toma de espacios públicos, en la producción independiente, en la situacional dilatación del clasismo, en la lírica contestataria y testimonial de la injusticia, en la reivindicación de la diferencia.

Desde 1957 el rock'n'roll estuvo asociado a comportamientos novedosos dentro de las políticas del cuerpo, acaso como una des-sujeción de los límites corporales socialmente impuestos. De hecho, el temprano baile de rock'n'roll representó una recuperación del propio cuerpo para ambos sexos: a pesar de la puerilidad de los primeros rocanroles juveniles tocados en México, su baile y su sonido fuertemente sexualizados para nuestro contexto cimbraron los imperativos morales de un país regido por valores tan hipócritas como machistas. En los

sesenta, el rock estuvo asociado a la aparición de la minifalda, otra forma de reapropiación del cuerpo por parte de las mujeres (como el pelo largo para los varones). De manera significativa, aunque siempre insuficiente, el rock representó un proceso de expansión de la participación de las mujeres en el *underground*, regido también por el machismo.

El rock libró igualmente una batalla por conquistar el derecho a la frivolidad (que no banalidad) en contraposición a la solemnidad patriarcal y las buenas costumbres, pero también a la dócil mediatización consumista de la industria del entretenimiento. Una batalla por el derecho a la cultura o, por qué no, por el derecho a la fiesta no siempre mediada por el gran mercado; dicho de otra forma, al desmadre. La noción de los derechos humanos se ha reconfigurado gracias a estos melómanos, no siempre mediante posicionamientos políticos expresos. Y definitivamente, nunca mediante la aspiración de tomar por asalto al Estado como prerequisite para cambiar (o simplemente habitar) su mundo.

DIVINO TESORO

Producto del milagro mexicano, con el régimen alemanista la juventud se construyó socialmente como una convención suntuosa: la institucionalización del desparpajo, rasgo distintivo de una edad anterior a la profesionalización adulta (privilegios de las clases medias). Pero bajo el régimen de Díaz Ordaz, algunos sectores juveniles comenzaron a generar sus propias disidencias morales y culturales. La hegemonía del régimen posrevolucionario empezó a resquebrajarse en los sesenta y el movimiento estudiantil del 68 fue su hito. Desde el ámbito roquero, la generación de La Onda (1966-1972) antecedió, acompañó y sobrevivió



Miembros de la banda Los Sex Pistols en su colonia al poniente de la ciudad. Foto: José Luis Paredes Pacho

al 68, rompiendo a su manera con el consenso del régimen: el ideal jipiteca de crear una especie de heterotopía fuera de "El Sistema" podría tacharse de ingenua, una mera visión pastoral lejana al realismo de la política como profesión o militancia, pero no por ello menos sintomática de la urgencia social por construir una ciudadanía activa ante un Estado que trataba a todos como menores de edad.

LA IRRUPCIÓN DEL PELADAJE

Hasta el Festival de Avándaro el rock se había promovido principalmente para la juventud acomodada. Los empresarios que lo organizaron³ pretendían convocar a la opulenta juventud afín al rock y a las carreras de autos; sin

embargo, el día del concierto llegaron también los chavos de clase media baja, quienes imprimieron su propio sello al acto, con su muy particular forma de festejar: el desmadre o el relajo como contestación de clase (una apropiación generacional del cuerpo y del espacio). El Festival provocó un escándalo nacional y la rotunda condena tanto de la derecha como de la izquierda. Los intelectuales lo consideraron una imitación servil de la cultura imperialista. Ante la persecución y la estigmatización, los roqueros se refugiaron en los hoyos funkys.

El grupo más visible de la escena del hoyo funky fue el ya mencionado Three Souls in my Mind, de origen clasemediero. La barriada terminaría llamándolo El Tri, con una nueva significación: tri por tricolor, como la bandera nacional, pero también como los colores del partido oficial, el PRI, al cual el grupo ca-

³ El evento fue organizado por Eduardo y Alfonso López Negrete, el productor de Telesistema Mexicano Luis de Llano Macedo, Justino Compeán Palacios y otros jóvenes que lograron la autorización del gobernador del Estado de México, Hank González.

ricaturizaba. O como la selección de fútbol: el grupo decía ser “la selección nacional del rocanrol”, parodiando así al México convencional, invirtiendo las jerarquías de la realidad, ahora enunciada desde el sarcasmo de la marginalidad. La operación fue una forma de expropiar el discurso nacionalista que por definición excluía a los roqueros. Sus canciones pueden considerarse una crónica de la historia del México de finales del siglo XX desde la perspectiva del chavo de barrio bajo. Así, mientras las letras del folclor latinoamericano y la canción de protesta de los setenta hablaban genéricamente de un pueblo explotado mediante un vocabulario cifrado en lo político, la juventud desheredada (el probable lumpenproletariado de la literatura marxista) cantaba incisivas letras sobre la realidad mexicana, ridiculizando los eslogans de la publicidad gubernamental: “Nos suben la renta, nos suben la luz, / nos suben las tortillas, nos suben la gasolina, / subieron la mota, también el alcohol / y el gobierno va a ser el ganón / y es que nuestros impuestos están trabajando” (Nuestros impuestos).

Todo esto (que no es poca cosa), sin que El Tri haya pretendido nunca constituirse en un grupo politizado, ni mucho menos de izquierda; ni que haya visto problema alguno en tocar ocasionalmente en conciertos organizados por las juventudes “revolucionarias” del PRI.

LA CLOACA DE LA SOCIEDAD

A principio de los ochenta los diarios informaron que violentos grupos de jóvenes estafalarios habían tomado autobuses urbanos. Palomillas provenientes de las colinas del poniente que bajaban a la metrópoli para pintarrajear paredes con sucios *placazos* (tags). Vestían ropas raídas ¡pero de aspecto moderno!: chama-

rras de cuero negro, estoperoles, lentes oscuros, copetes abultados, pantalones de tubo. Incluso habían creado su propio baile “salvaje”. Hasta el nombre bilingüe de una de las pandillas más emblemáticas parecía posmoderno: *Los Sex Panchitos*. Ese título devastaba la noción estática y unidimensional de identidad nacional, ostentando la irrupción de otro México, no el del bravío Pancho Villa, ni el del proletariado marxista, sino uno que oía a *Iron Maiden*, *Black Sabbath*, *Sex Pistols* (y a *Toncho Pilatos* y a *El Tri*), desde una esquina baldía en un tiradero recóndito. Alrededor de 1983, parte de estas palomillas se organizaron en la *Cooperativa Cultural del Consejo Popular Juvenil*, y la *Cooperativa de Consumo*.⁴ Algunas bandas crearon obras de teatro dirigidas y actuadas por ellos, como “El Apañón” y “El Espejo”. También difundieron su poesía: “Venimos de las sombras, / de los rincones oscuros, / de los desperdicios, / somos, si se asume, la cloaca de la sociedad”.

Estas bandas juveniles carecían de espacios para reunirse a escuchar su música y compartir sus aficiones, por lo que los lugares de encuentro eran las esquinas del barrio y, a partir de 1980, el mercado sabatino que llegaría a conocerse como Tianguis Cultural del Chopo.

EL TRUEQUE CALLEJERO. LA ECONOMÍA INFORMAL NOS GLOBALIZA

El Tianguis del Chopo surge en 1980 como un proyecto del Museo Universitario del Chopo de la UNAM.⁵ Convocó a tanta gente que

⁴ Véase *Tiempo Libre*, publicación semanal del diario *unomásuno*, tomo IV, número 213, del 8 al 14 de junio de 1984.

⁵ El proyecto fue iniciativa de los hermanos Jorge y Antonio Pantoja, la directora del Museo, Ángeles Mastretta, y el director de Difusión Cultural de la UNAM, Gerardo Estrada.

su funcionamiento rebasó la capacidad del Museo, de donde salió en 1982. Durante su diáspora pasó de *la independencia como fatalidad* (debida a su salida del Museo) a reivindicar su autogestión gracias a la influencia del movimiento de damnificados del terremoto y del movimiento urbano popular en 1985. Su resistencia les permitió en 1988 establecerse definitivamente en la Colonia Guerrero.

UNA ESCENA DE ROCK POLITIZADA

Es imposible hacer un recuento de todos los cruces de la política con el rock mexicano durante el siglo XX, ya sea por la protesta en las letras, la confrontación de los roqueros con las autoridades y la opinión pública, por su búsqueda de gestionar su trabajo directamente y con independencia de las grandes industrias o incluso por aquellos momentos en que algunos grupos se relacionaron con alguna comunidad politizada, algún movimiento social o con una organización política formal: la movilización estudiantil en pro de la universidad pública (1987), el movimiento cardenista (1988) y el zapatista (1994), por mencionar los más recordados. Se trató de un escenario multidisciplinario y transclásista proveniente del subsuelo, con tendencia a la autoorganización, originado desde los imaginarios roqueros.

LOS ESTUDIANTES NUEVAMENTE: EL CEU

Si durante el movimiento estudiantil del 68 la escena roquera local no participó directamente de la escena política (ni viceversa),⁶ el

movimiento de 1986-1987, encabezado por el Consejo Estudiantil Universitario contra las reformas universitarias del rector Jorge Carpizo, sí organizó conciertos de rock en apoyo a sus demandas. Destacó el concierto masivo realizado en la explanada principal de la UNAM en 1987, con grupos como Los Nakos, Salario Mínimo, Eugenia León, Óscar Chávez, Marcial Alejandro, Antar López y Recuerdos del Son, pero también algunas bandas de rock. Entre los líderes estudiantiles se dio probablemente un cambio de mentalidad, aunque parece haber sido de manera accidental. De acuerdo con Carlos Imaz, dirigente ceuista, para el primer concierto programaron a Silvio Rodríguez, quien canceló de último momento; en consecuencia, los dirigentes del CEU tuvieron que echar mano de un elenco alternativo,⁷ incluyendo a roqueros como Cecilia Toussaint, Real de Catorce y Botellita de Jerez. Quizá los primeros dirigentes del CEU eran herederos de las formas de política estudiantil tradicional más cercanas a la nueva canción que al rock. Sin embargo, las siguientes generaciones estudiantiles y activistas ya se identificarían con el rock como lenguaje movilizatorio y festivo. De esta relación entre esta música y la política se derivarían más tarde los sintomáticos conciertos masivos de apoyo al zapatismo en 1995.

de murales, pero prácticamente no incluyó al rock. El rock anglosajón nutrió al estudiantado, aunque durante las manifestaciones no se utilizara esta música. Los estudiantes podían escuchar el rock extranjero que asociaban a la vanguardia y la rebeldía, mientras que desdénaban al rock local.

⁷ Según testimonio de Carlos Imaz, expresado al autor en 2002.

⁶ Eric Zolov señala en *Rebeldes con Causa, la contracultura mexicana y la crisis del Estado patriarcal*, que la cultura del movimiento estudiantil del 68 fue festiva y utilizó a grupos musicales, el teatro político, la lectura de poesía y la creación

Chica banda en un concierto de rock en el poniente de la ciudad. Foto: José Luis Paredes Pachó ►



AGENCIAMIENTO CIUDADANO O NEGOCIO

A lo largo de los noventa, las culturas del rock se diversificarían cada vez más y algunas desarrollarían posturas más o menos politizadas, sobre todo las de ska, reggae y hip hop. Si el siglo XX fue el siglo de la intolerancia hacia estas configuraciones culturales generacionales, también fue el de la búsqueda de su inclusión en el relato social y político. Lo que también es evidente es que la incorporación del rock dentro de un relato desde la izquierda implica que la propia izquierda mexicana ha cambiado y se ha abierto cada vez más a la reflexión sobre el valor político de la vida cotidiana, de la mano de diversos movimientos sociales que reivindican la micropolítica y la construcción de ciudadanía.

Algo, mucho, ha cambiado en el país por culpa de los roqueros mexicanos. Llegado a este punto, es importante decir que el camino hacia la normalización de las heterodoxias generacionales también ha retroalimentado un acrítico consumismo de la cultura de masas que, a su vez, ha trivializado y estandarizado aquellas gestualidades, por lo que las culturas roqueras y sus protagonistas no pueden ser abordados como si se tratara de una entelequia única. En el rock hay tanto de banalidad como de contestación, de consumismo como de inconformismo, de crítica como de autocomplacencia (al igual que en la literatura, la política o en cualquier otro campo). Pero el rock no es partido político, equipo de fútbol ni cofradía secreta con principios juramentados; tampoco es una organización revolucionaria. Hay roqueros militantes y hay otros escépticos, están quienes protestan y quienes disienten hasta de la política o del propio rock. Y, desde luego,

también encontramos a los que simplemente anhelan ser famosos.

Concluamos por ahora: si en ciertos momentos el rock fue para algunos sectores sociales el único imaginario a la mano para tomar posesión de su propio destino y reclamar su derecho a existir y disentir ante un régimen autoritario, inequitativo, sexista, impune, corrupto, clasista e injusto, ¿esto significa ser de izquierda? Depende de qué se entienda por ello, pero la pregunta suena más a ontología que a crítica cultural, musical o política. En todo caso, cuando me invitaron a escribir este texto, me preocupó alimentar la mitología de los relatos puristas o binarios. Espero haberlo evitado. El espacio disponible apenas me permitió realizar un recuento insuficiente. Sé que esta lectura dejará insatisfechos por lo menos a los que no he nombrado, pero me conformo con haber sentado un punto de vista que sea útil para profundizar en futuras recapitulaciones. Al resaltar diversas tensiones y relaciones paradójicas entre los protagonistas roqueros y sus contextos cruzados por la política, me interesa verlos como individuos de carne y hueso inmersos en procesos reales, no como héroes inmaculados de alguna contracultura idílica del siglo XX. **U**

Fragmento de capítulo de *Memorial 68*. Vol. II: *Ciudadanía y movimientos*, Dirección de Literatura UNAM, 2018.

El texto íntegro también aparecerá en Arturo Martínez Nateras (coord.), *La izquierda mexicana del siglo XX*. Libro 3: *Artes y humanidades*, México, UNAM/Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Ateneo Miravalle, 2018.



LA VIRTUD DE ESTAR EN CONTRA

Ana Emilia Felker

*Tengo más de treinta,
no soy de fiar.*

A cincuenta años del movimiento estudiantil del 68, ¿qué significa la política? Al imaginar la vida pública, hoy se queda corta la imagen de un hombre en un podio, en el Congreso, ante una audiencia sentada frente a la televisión. Entonces cómo hacer política, no desde la diestra ni desde de la zurda, sino desde la manca. Tomarla por otro lado que no reproduzca esquemas de poder —verticales, patriarcales, falocráticos, de élite— contra los que se ha luchado por lo menos durante 50 años. Tomarla por el ano, recomendarían las teóricas queer para forzar la apertura hacia la diferencia, hacia los que siempre han quedado fuera de la política, incluso fuera de las políticas de izquierda.

Antes de revisar algunas de las fricciones que durante y después del 68 se dieron entre la militancia comunista y las reivindicaciones por la diversidad sexual, un poco de contexto. En Guerrero y Chihuahua había guerrilleros luchando contra el cacicazgo priista. Los jóvenes en las ciudades protestaban contra la Guerra de Vietnam y el autoritarismo en todas sus formas. Una de las demandas del pliego petitorio de los estudiantes era la derogación del artículo 145 bis del Código Penal que tipificaba el delito de “disolución social”. La crítica era antipatriótica, un atentado contra la *pax olímpica*. Ante el disenso, el poder optó por la contención, la represión y finalmente por la masacre.

Las tensiones de la Guerra Fría mutilaron la imaginación. Orillaron a encajonar las más diversas inquietudes en capitalismo o comunismo, derecha o izquierda, hombre o mujer, gay o buga. Sospechar y temer los unos de los otros. Homosexual o revolucionario. Nunca “y”, siempre “o”.

Los sesentayocheros de todo el mundo no sólo estaban oponiéndose a un régimen visiblemente opresor en sus discursos y sus maneras, sino también enquistado en la familia. Combatirlo requería una autocrítica que apenas estamos empezando a comprender. La urgencia de los tiempos llevó a los líderes estudiantiles a reproducir actitudes patriarcales características del régimen. Un hombre en un podio, frente a una asamblea donde el más beligerante monopoliza la palabra.

VOLVER AL CUERPO

“En la Facultad de Filosofía y Letras sólo una mujer hablaba en las asambleas”, recuerda la investigadora Eli Bartra. “Nos poníamos nerviosas y, en aras de la eficiencia, los hombres tomaban la palabra”. En el 68 “estábamos en el montón pero no en la dirigencia”. Coordinadora del Doctorado en Estudios Feministas que inició este año en la UAM, Bartra afirma que tanto en la guerrilla como en las ciudades, a las mujeres en la militancia nos tocaba estar tras el mimeógrafo o en la cocina.

Lo que se ha escrito del 68 privilegia la voz y la mirada de los líderes hombres. “No había conciencia feminista”: incluso a Eli Bartra el feminismo la remitía a unas sufragistas sombrías y amargadas. Al conocer a las feministas de su época, que describe como “hermosas, jóvenes y vibrantes”, se dio cuenta de que el movimiento podía ser un espacio de lucha actual.

La primera literatura feminista que llegó a México fue *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, que se leía junto con la tesis de Rosario Castellanos *Sobre cultura femenina*. Eran populares los textos de Wilhelm Reich sobre el orgasmo y en general sobre el placer femenino. “Nos impresionó saber que teníamos sexualidad —ríe Bartra, pero aclara—: no eran más de diez libros los que circulaban sobre los temas que ya estaban en ebullición.”

El 68 no fue una revolución feminista, pero de sus rebeldías son herederos activismos que mutaron en cuerpos teóricos críticos, filosofías encarnadas y situadas históricamente¹ que han subvertido los esquemas de género, raza, clase, discapacidad... En respuesta al 68 surgió la tercera ola del feminismo que, además del voto, el acceso a la educación y al trabajo, buscó modificar las estructuras que convertían a las mujeres en objeto y no sujeto del deseo. La escritora Francesca Gargallo considera que la liberación de las mujeres “se vivenció desde un cuerpo que se de-sexuaba en el trabajo y el estudio y se re-sexuaba en la reflexión de sí mismo”.²

Los feminismos abrevan en el marxismo pero le cuestionan su poca atención al cuerpo (y eso que al pobre de Marx lo carcomían las hemorroides). El marxismo no considera el trabajo reproductivo como parte esencial del capital. Son las revueltas de los sesenta y setenta que develan este mecanismo. Silvia Federici explica que el trabajo del hogar, trabajo esclavo no remunerado, es “un inmenso

¹ Chela Sandoval, *Methodology of the Oppressed*, University of Minnesota Press, 1991.

² Francesca Gargallo, “1968: una revolución en la que se manifestó un nuevo feminismo”, francescagargallo.wordpress.com. También se publicó en *Le Monde Diplomatique* Colombia, año VI, núm. 65, marzo de 2008.



Marcha de orgullo gay. Imagen de archivo

circuito de plantaciones domésticas y de cadenas de montaje”³ en el que el producto es la mano de obra que surge del parto.

Las tres luchas principales del movimiento eran la legalización del aborto, legislación específica contra la violación y contra la violencia doméstica. Uno de los logros del feminismo es que la violación se castigue de oficio, nadie puede salir con fianza. Esto no significa que el sistema funcione bien, la mayoría de las mujeres son revictimizadas en el proceso de denuncia.

En cuanto al aborto: el 10 de mayo de 1971, el grupo Mujeres en Acción Solidaria (MAS) organizó una manifestación frente a la Cámara de Diputados que exigía “aborto libre

para no morir” y “anticonceptivos para no abortar”; 47 años después aún no se resuelve por completo esta demanda. El GIRE publicó un informe en donde se muestra que a partir de la despenalización del aborto en la Ciudad de México en 2007, las legislaciones locales han endurecido sus penas, en la mayoría de cárcel, contra las mujeres que abortan y el personal médico que las auxilia. Sólo en 2018 van 114 averiguaciones previas.

Otro reto del feminismo es evitar el blanqueamiento: recordar que las luchas de las mujeres no se concentran en las clases medias de las ciudades ni se limitan a la equidad de salario o la representación política. El horror de los feminicidios y las violaciones, tan innumerables que a veces ni siquiera son considerados noticia, ha requerido de un feminismo más radical. Hace falta defender

³ Silvia Federici, *Revolución en punto cero*, Traficantes de sueños, 2013, pp. 153-160.

nuestra libertad de tránsito y, sobre todo, el derecho a vivir. “Verga violadora, a la licuadora”, es una de las consignas que se han escuchado en fechas recientes.

Las zapatistas han organizado dos encuentros de mujeres para compartir experiencias sobre este “mal sistema [...] que nos desprecia como seres humanos [...] nos asesina. Y a los asesinos, que siempre son el sistema con cara de macho...”. En la convocatoria de 2017, las comandantas Jessica, Esmeralda, Lucía y Zenaida escriben: “A los varones zapatistas los vamos a poner a hacer lo necesario para que podamos jugar, platicar, cantar, bailar, decir poesías, y cualquier forma de arte y cultura que tengamos para compartir sin pena.

Ellos se encargarán de la cocina y de limpiar y de lo que se necesite”.

De tener miedo a participar en una asamblea en 1968, de ser cien por mucho en las primeras manifestaciones, hoy el feminismo es multitudinario y diverso. Sigue siendo incómodo para el sistema y todavía le queda trabajo por delante.

“Y NO SOY TAN RARO”⁴

Pienso en Pedro Lemebel desequilibrando con su mero existir al “hombre nuevo”, esa figura

⁴ Con zapatos de tacón, Pedro Lemebel leyó por primera vez su manifiesto *Hablo por mi diferencia* en una reunión clandestina de izquierdas en la estación de ferrocarril Mapocho de Santiago de Chile en 1986.



Simone de Beauvoir. Foto de archivo

mítica concebida por el Che Guevara. "Defiendo lo que soy / Y no soy tan raro / Me apesta la injusticia / Y sospecho de esta cueca democrática / Pero no me hable de proletariado / que ser pobre y marica es peor / hay que ser ácido para soportarlo": dice en su manifiesto *Hablo por mi diferencia*.⁵

Pienso en los homosexuales perseguidos en Cuba porque había un adentro y un afuera de la Revolución. Los que han tenido que esperar su turno en la fila de la emancipación: el punto ciego de la izquierda aquí y en Cuba, Francia, Estados Unidos; hasta Martin Luther King perpetuó esta lógica.

Bayard Rustin,⁶ asesor de Martin Luther King en temas de desobediencia civil y el principal artífice de sus históricas movilizaciones,

derechos de las lesbianas. Tuvieron que articular su lucha fuera de la izquierda que no las representaba del todo. Años después, en el 73, fundaron este espacio de reunión para defender sus derechos. El documental *Y es así*,⁷ de Ana Chinos Salgado, cuenta cómo podían encarcelar a dos mujeres de dos a seis años si las veían de la mano en la calle, como parte del Artículo 145 bis.

La revolución gay la inició Silvia Rivera, famosa por su papel en la batalla de Stonewall en el Nueva York de 1969. Casi medio siglo después, los y las transexuales como ella apenas comienzan a vislumbrar el reconocimiento y el acceso a derechos básicos. La discusión ha avanzado pero persisten los crímenes de odio contra la población LGBTTTQI.

Sabemos que lo cambios profundos no vienen de la cabeza, sino de los pies, y eso obliga a reinventar lo público, lo privado y las posibilidades del desacuerdo como única forma de la política.

era abiertamente homosexual. A King le preocupaba que la mirada ajena debilitara la lucha, que le inventaran una relación con él. Terminó por pedirle que se retirara del movimiento, deslindándose de la causa gay y de cualquier tendencia "comunista". No conocía la interseccionalidad feminista que explica la interrelación de las opresiones y la potencia de unir diferentes causas en un mismo frente.

En México durante el 68, las fundadoras de El Clóset de Sor Juana asistieron a asambleas estudiantiles y mítines en espera de que en algún momento en la agenda surgieran los

Con su estilo terrorista, en el sentido barthiano de exceder las leyes y ampliar los marcos de percepción, Paul Preciado afirma: "La rebelión había unido a los trabajadores de la fábrica, a los periodistas y a los niños lectores. Pero la revolución que enunciaban, basada en el fin de la lucha de clases, era cosa de hombres y no una simple mariconada. La izquierda define sus límites: ni maricas, ni travestis, ni drogas, sólo alcohol, su masculinidad y sus chicas".⁸

El hombre nuevo planteado por el Che —masculino, rebelde con fusil en mano—,

⁵ Pedro Lemebel, *Loco afán. Crónicas de sidario*, LOM Ediciones, Santiago, 1997, pp. 83-90.

⁶ *Brother Outsider* (2003): documental de Nancy D. Kates y Benett Singer.

⁷ *Y es así* (2018): documental de Ana Chinos Salgado.

⁸ Guy Hocquenghem, *El deseo homosexual* y Paul Preciado, *Terror anal*, Melusina, 2000, p. 141.

los hombres acaparando el micrófono en una asamblea, forman parte del modelo falocrático. Algunos de los líderes del 68 se integraron a partidos y se convirtieron en parte del sistema, otros se volvieron Marcelinos Perrellós.

La falocracia es el gobierno de los hombres, pero también la hegemonía de valores que se asocian con lo masculino: la virilidad de la competencia, el imperialismo extractivista, la guerra, la violencia física y simbólica. En respuesta, una de las consignas del movimiento queer ha sido “el ano nos une”. Se trata del punto donde se disuelven los géneros y se democratiza el placer; donde no hay espacio para la Iglesia que ha frenado por décadas

la despenalización del aborto, ni para el Estado con sus intereses reproductivos; del culo no nacen ni soldados ni trabajadores.

Rumbo a la “Cuarta Transformación” habría que derrumbar la falocracia y el caudillismo. Desde el 68 y el 94 (transformaciones cuarta y quinta en el calendario de abajo, como dirían en el sureste) sabemos que los cambios profundos no vienen de la cabeza, sino de los pies, y eso obliga a reinventar lo público, lo privado y las posibilidades del desacuerdo como única forma de la política. Si algo debería caracterizar a la izquierda es la virtud de estar en contra. De no fijar verdades últimas, mantener la discusión vital conforme cambian los tiempos. **U**



Mujeres zapatistas en San Cristobal de Las Casas. Foto de archivo

POEMA

ANIVERSARIO LUCTUOSO

Óscar de Pablo

A mis viejos maestros de marxismo
no los puedo entender
unos están en la cárcel
otros están
en el poder.

EFRÁIN HUERTA

Varias semanas antes de morir, ya don Presente estaba bien podrido. Varias semanas antes, don Presente Toletes Toletano exigía por el ano represión, de la peste insalubre. Y fue la maldición, esa tarde de octubre, que marcaría su vida, el que su petición fuera cumplida. "Había que estar demente —teorizaba Presente, en nombre de un futuro razonable y sumiso— para manifestarse sin permiso del Señor Presidente, ese pináculo de sabiduría —señalaba con dedo de Toledo y voz de Lombardía— o bien ser un agente de la CIA." Y entonces llovió lumbre. Sí, pero no te espantes. Toda esa podredumbre había empezado antes. Y fue un proceso suave y fue un proceso leve. Ya en el 59, perdónenme que insista, don Presente Perpetuo y Solipsista, que siempre fue parejo y habló de corazón, le había echado la culpa a Demetrio Vallejo de su propia prisión. Porque las leyes de la historia son, si las sabes leer, las del poder (si las sabes vender, que es lo que cuenta). Ya en el año 40 ayudó a preparar, orador nato, el ambiente de ornato y el ornato del mal: el ambiente moral para el asesinato, según la norma al uso, del desterrado ruso del futuro. Fue eficaz y fue duro. *Ad maiorem Dei Gloriam*, que se cumplan las leyes de la *Historiam*

aunque el mundo se queme. Y ya en el 36, le endilgaba a la joven CTM un presente lechero del más pésimo agüero, una cruel satrapía pobre en principios, pero rica en ingenios, que duraría milenios. Siempre quiso leer las leyes de la historia como las del poder. Pero ¿murió realmente don Presente? ¿O más bien, como un rey de la mitología, con la sabiduría de los viejos tahúres, tras escuchar la voz de los augures, consiguió suprimir, para evitar su sino, a su hijo Futuro, que sería su asesino? Fue sabio pero duro, duro pero certero. ¿No seguimos llorando al joven heredero? En cambio, don Presente, ese padre amoroso y eficiente, con su amor selectivo y delincuente, libre de desengaños; don Presente, ese dios delictivo, después de 50 años, sigue vivo.



EL 68 MEXICANO EN LA GUERRA FRÍA INTERAMERICANA

Soledad Loaeza

A medio siglo de los acontecimientos que desencadenó la protesta de los estudiantes de educación superior de la Ciudad de México en el verano de 1968, seguimos buscando explicaciones sobre porqué y cómo ocurrieron. Pese a que fue una crisis interna, el contexto internacional de aquellos años nos da algunas respuestas, así como el contexto nacional.

Al término de la Segunda Guerra Mundial se consolidó una alianza sin tratados entre México y Estados Unidos. Muchas eran sus ventajas; por ejemplo, el acuerdo tácito de que la seguridad estratégica de la superpotencia se extendía más allá de su frontera sur hasta incluir a todo el territorio mexicano. Esta definición era crucial para la superpotencia vecina en una época —la primera Guerra Fría, entre 1945 y 1963— en que el conflicto con la Unión Soviética parecía inevitablemente destinado a resolverse en una pavorosa guerra nuclear, pese a que en América Latina como en Europa la dimensión dominante de esa rivalidad era la ideológica y política. El temor a la influencia del comunismo fue desde 1945 la línea rectora de la política de Estados Unidos hacia América Latina.

En 1959, la victoria de los revolucionarios cubanos que lideraba Fidel Castro sacudió el orden hemisférico y cimbró las estructuras de poder de todos y cada uno de los países de la región. El temor que por dos décadas había abrigado Washington de que la Unión Soviética infiltrara su área de influencia natural pareció materializarse en la fascinación que la experiencia cubana ejerció entre los jóvenes latinoame-



¡LIBERTAD
DE EXPRESION!

MEXICO 68

Gráfica del 68

ricanos, y en el surgimiento de movimientos guerrilleros y oposiciones que vieron en esa experiencia un modelo.

En México la Revolución Cubana también tuvo un poderoso impacto; uno de los efectos fue exacerbar las divisiones internas, pero su influencia fue limitada y en cierta forma tardía, en relación con otros países de la región que no eran vecinos inmediatos de Estados Unidos y no tenían un pasado revolucionario; estas dos características de la situación mexicana explican que las reacciones a la experiencia cubana hayan sido más lentas y también menos profundas que en otros países del hemisferio. Sin embargo, no pudo escapar del todo a su influencia, que en cierta

forma hizo su aparición en el movimiento estudiantil de 1968, más como un fenómeno cultural antes que político, como referente simbólico antes que como modelo de acción. No obstante, el ascendiente cubano sobre fuerzas políticas y estudiantes de educación superior sonó la voz de alarma en el gobierno y entre los grupos más conservadores de la sociedad, concentrados en las clases medias.

La rivalidad soviético-americana fue el eje de la reorganización del orden internacional al término de la Segunda Guerra Mundial, a partir del cual se formó una estructura bipolar que dividía al mundo en dos bloques adversarios, pero para 1968 había perdido la intensidad de la primera década. Después de más de diez años de vivir al borde del precipicio de una guerra nuclear, el antagonismo entre la Unión Soviética y Estados Unidos se había regionalizado, la división de Europa entre las dos esferas de influencia se había estabilizado y la disputa se había desplazado a Asia y África. La Revolución Cubana atrajo el conflicto a América Latina, el área de influencia natural de Estados Unidos.

México había estado a salvo de los golpes militares y de las dictaduras que habían marcado la historia de otros países latinoamericanos en la posguerra. Parecía que había logrado sustraerse a la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, hasta que el movimiento estudiantil despertó en muchos el temor de que la influencia cubana hubiera empezado a cobrar efecto. ¿Acaso la protesta estudiantil era producto de la influencia cubana? De ser así, ¿era una crisis de Guerra Fría? ¿Enfrentaba México una conspiración comunista, la puesta en escena de la confrontación básica de la Guerra Fría en su propio territorio? Preguntas como éstas asaltaron sobre todo

a funcionarios del gobierno de Estados Unidos que desconfiaban del gobierno mexicano, de lo que consideraban sus veleidades progresistas, su solapado antiimperialismo y del oportunismo de su política exterior. Las inquietudes y la inseguridad que causaba en Estados Unidos la revolución cubana se explican porque, a diferencia de lo que ocurrió en Europa o en Asia, hasta la radicalización de la Revolución Cubana en 1960, en el hemisferio la Guerra Fría no había sido un enfrentamiento directo con la Unión Soviética, sino que más bien se trató de una serie de conflictos limitados entre Estados Unidos y países latinoamericanos que quisieron modificar su régimen político o su modelo de crecimiento. Casi todas las propuestas de cambio que surgieron en América Latina en la posguerra despertaron las suspicacias de Washington, y fueron rechazadas porque la Casa Blanca y el Departamento de Estado creían que un cambio de régimen en un país latinoamericano ponía en juego el orden hemisférico en su conjunto. El movimiento estudiantil mexicano de 1968 no tenía el potencial de convertirse en el origen de un cambio radical del sistema político, pero la represión de que fue objeto parece indicar que algunos lo creyeron.

En el verano de 1968 una ola de protesta se adueñó de la vida universitaria de manera simultánea en París, Berlín, Londres, Tokio, Madrid, Nueva York. Los estudiantes de educación superior de la Ciudad de México se sumaron a lo que parecía ser un movimiento universal para derribar las fronteras y las jerarquías que había establecido la disciplina del mundo bipolar de la posguerra. Sólo que, si en los países democráticos la organización de la protesta era el ejercicio de derechos fundamentales que no ameritaba automáticamente

te sanción ni castigo, en el caso de los estudiantes mexicanos esa movilización era una aventura riesgosa, como todo movimiento de oposición cuya mera existencia era una ofensa a las pretensiones de unanimidad del poder, en el país de las mayorías parlamentarias masivas que el PRI le entregaba al presidente cada tres y seis años.

Inicialmente, el movimiento pareció una imitación de las protestas que sacudieron a otros países. Al menos así lo creyeron muchos funcionarios, líderes políticos y padres de familia que reaccionaron escandalizados por la protesta antigubernista de quienes parecían ser los principales beneficiarios de la prosperidad que había asegurado el mismo orden político contra el cual se manifestaban. Los estudiantes de educación superior vivían una situación de privilegio en un país donde el acceso a ese nivel educativo estaba reservado a una minoría. Sus mayores miraban con temor —no exento de admiración— la irreverencia y la insolencia con que los estudiantes se dirigían a la autoridad presidencial, porque para ellos no había motivo alguno de descontento, pero también por las implicaciones de esas actitudes. Muchos de ellos prefirieron ver en la movilización estudiantil una “imitación extralógica” de motivaciones ajenas, comportamientos y causas artificiales.

La sospecha de que la protesta era una imitación de los estudiantes parisinos o de sus colegas de la Universidad de Berkeley en California, o Columbia en Nueva York, empezó a desvanecerse conforme pasaron los días. Aparecieron otras interpretaciones que sostenían que los estudiantes eran víctimas de la manipulación de un gobierno extranjero. Los primeros sospechosos fueron los revolu-



Espert, *Silencio*, Madrid, 1937

cionarios cubanos, pero esa versión muy pronto se vino abajo, por falta de evidencia; ni siquiera los carteles con la imagen del “Che” Guevara que algunos portaban durante las marchas, y que les valió el reproche de acogerse a héroes extranjeros, le prestaron credibilidad a la acusación, y la denuncia de la conspiración comunista no corrió con mejor suerte. En cambio, las particularidades del arreglo político mexicano le impusieron un sello distintivo a la experiencia. A diferencia del desenlace de los movimientos estudiantiles de otros países, donde las vacaciones estivales disolvieron buena parte de la protesta, en México el conflicto se prolongó hasta el otoño, pese a que sus objetivos era relativamente modestos, aunque vitales para la salud de la limitada democracia mexicana de entonces.

La protesta de los estudiantes era incomprendible para muchos que creían que México era un país excepcional en el conjunto latinoamericano. Durante dos décadas había registrado una tasa anual de crecimiento de 6%, y un proceso importante de movilidad social que había nutrido las filas de las clases medias; el sistema político había desarrollado mecanismos de solución de conflictos efectivos, aunque poco democráticos, porque oscilaban entre la represión y la cooptación, y el espacio para la oposición —incluso institucionalizada— era muy estrecho, lo mismo que para la organización y la participación políticas independientes. El PRI ejercía casi un monopolio de esas funciones.

El reclamo de los estudiantes no iba más allá de la reivindicación de las garantías individuales contenidas en la Constitución (libertad de expresión, libertad de reunión y de petición a la autoridad), y sin embargo fue percibido como un reto que amenazaba la ya

para entonces legendaria estabilidad política mexicana. Para el gobierno, la movilización de los jóvenes era como un puño cerrado porque el diálogo con ellos fue imposible; la comunicación entre las dos partes no tuvo lugar porque no había canales de interlocución, mecanismos de diálogo confiables y funcionales. El Congreso estaba subordinado al presidente de la República, el PRI era un instrumento presidencial que servía para controlar más que para representar o para articular demandas: si acaso las escuchaba, las bloqueaba; los partidos de oposición eran minorías irrelevantes, la prensa estaba mayoritariamente al servicio del poder. Es decir, el presidente mexicano tenía pocos instrumentos para gobernar, una carencia que en situaciones de conflicto lo conducía casi irremediablemente a la represión.

La continuación del movimiento puso al descubierto los costos de estas limitaciones. Gustavo Díaz Ordaz optó por hablar públicamente y en forma directa a los estudiantes, y a lo largo de esas difíciles semanas varias de sus intervenciones públicas tuvieron esa intención; por ejemplo, el 1º de agosto en Guadalajara hizo un llamado a la conciliación patriótica y extendió una rama de olivo: “Una mano está tendida: es la mano de un hombre que a través de la pequeña historia de su vida ha demostrado que sabe ser leal”. No obstante, los estudiantes también se sentían amenazados y tampoco creían en la buena fe de las ofertas de Díaz Ordaz; las acciones policiacas en su contra les daban más de un motivo para desconfiar; de suerte que su respuesta a la “mano tendida” fue el grito “mano podrida”.

Sin que hubiera habido más que muy débiles intentos de acercamiento, la movilización

El presidente mexicano tenía pocos instrumentos para gobernar, una carencia que en situaciones de conflicto lo conducía casi irremediablemente a la represión.

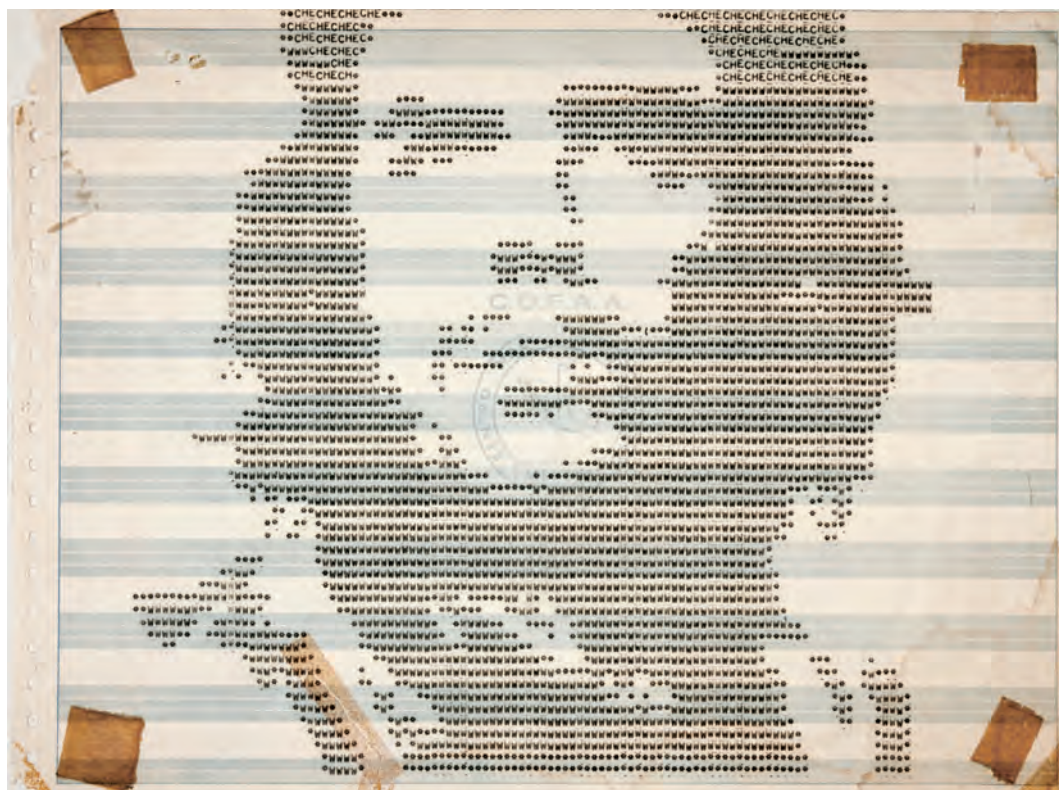
estudiantil terminó trágicamente en el atardecer del 2 de octubre, cuando otra manifestación —que algunos creían que sería de las últimas de un movimiento que se había debilitado simplemente por cansancio— fue brutalmente agredida por militares que dispararon contra la multitud desarmada. Menos de dos semanas más tarde el presidente Gustavo Díaz Ordaz inauguró la XIX Olimpiada. En la memoria colectiva 1968 evoca el movimiento estudiantil y la balacera del 2 de octubre en Tlatelolco, pero pocos recuerdan que ese mismo año México fue la sede de los Juegos Olímpicos, una distinción codiciada internacionalmente que era una oportunidad para mostrar al mundo los logros de lo que se conocía como el “Milagro mexicano”.

El recuerdo de aquella tarde en la plaza de Tlatelolco se convirtió en una referencia obligada para la comprensión de la segunda mitad del siglo XX mexicano. El populismo de Luis Echeverría, el acelerado desarrollo de la guerrilla en los años setenta, la guerra sucia del gobierno echeverrista en su contra, el reformismo de José López Portillo y de su secretario de gobernación, Jesús Reyes Heróles, el crecimiento de la educación media y superior, la lucha por el respeto al voto y el combate al fraude electoral, la pluralización de las fuerzas políticas, el reconocimiento de los derechos de las minorías, el subcomandante Marcos y la derrota de la vía armada, la movilización electoralista y la reducción del PRI a la condición de minoría casi irrelevante, todos o casi todos los temas de la evolución política del

país desde 1970 encuentran un referente inicial, un punto de partida en el acto represivo en Tlatelolco que puso fin al movimiento estudiantil.

Mucho se ha señalado que el anticomunismo del presidente Díaz Ordaz fue el origen de su intolerancia frente a la protesta estudiantil. Sin embargo, esta interpretación dominante no toma en cuenta el contexto internacional en el que transcurrió su sexenio. El análisis de ese contexto y de las condiciones políticas internas indica que al presidente Díaz Ordaz le preocupaba más el intervencionismo del presidente Lyndon Johnson, que en 1964 había apoyado un golpe militar en Brasil y el establecimiento de una dictadura, y en 1965 había enviado más de 50 mil *marines* a la República Dominicana. En ambos casos justificó su decisión con base en el argumento de que respondía a la ofensiva del comunismo internacional.

El sello del conflicto capitalismo/comunismo o democracia/totalitarismo está impreso de manera indeleble en la trayectoria de inestabilidad, revoluciones fallidas, golpes de Estado y dictaduras militares con que se tejó la desoladora historia de la segunda mitad del siglo XX en América Latina. Sin embargo, y pese a la obsesión estadounidense con el expansionismo soviético, ese impacto no provenía de la confrontación directa entre Estados Unidos y la Unión Soviética, sino de tensiones interamericanas; de la presión de una superpotencia que creía que su hegemonía regional estaba amenazada, más por los cambios en el interior de los países latinoamericanos que por la supuesta ofensiva soviética. Por esa razón es más apropiado hablar de Guerra Fría interamericana que de Guerra Fría a secas.



Gráfica del 68, Centro de Organización y Fomento de Actividades Académicas del IPN. Sin título [Che Guevara], 1968

Desde 1945 el Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos había acordado dar prioridad al hemisferio en sus planes de defensa. También advirtió que no toleraría la extensión de un sistema político extracontinental en la región, y que tampoco permitiría la injerencia de "ideologías extranjeras, explotación comercial, arreglos de cartelización o cualquier forma de influencia no-hemisférica" porque necesitaba que su "flanco sur" fuera estable, seguro y amigable. El único interés de Estados Unidos en América Latina era mantener el *statu quo* regional. La razón por la que se oponían a los cambios internos en los países del área era porque pensaban que el orden hemisférico dependía de la estabilidad del orden político interno de cada uno de los países latinoamericanos.

Hasta 1960, en términos generales, los intereses estratégicos de la Unión Soviética en

América Latina fueron muy limitados, y este país tampoco dedicó muchos recursos a socavar la hegemonía de Estados Unidos en la región, pues los soviéticos analizaban la realidad internacional en términos de *Realpolitik* y creían en el determinismo geográfico. Consideraban que América Latina era la esfera de influencia de Estados Unidos que había que respetar, y esperaban que el gobierno de Washington respetara su propia área de influencia. No fue sino hasta la radicalización de la Revolución Cubana, en 1960, que estuvieron dispuestos a invertir recursos materiales y diplomáticos en la región; una vez establecidos en Cuba estuvieron más empeñados en ser una piedra en el zapato estadounidense que en extender la experiencia revolucionaria en América Latina.

La Revolución Cubana descalificó la hipótesis de los estrategas estadounidenses. En

lo inmediato fue mayor su impacto sobre el orden interno de cada uno de los países del área que sobre el orden hemisférico. Prácticamente ninguno de ellos escapó a la fascinación de la experiencia cubana, y la consecuencia de ese efecto fue la sacudida de estructuras y relaciones internas; pero la hegemonía de Estados Unidos en la región siguió siendo la misma.

Desde la guerra, México había establecido una fluida cooperación política con Estados Unidos. Esta relación fue un medio para crear un margen de maniobra relativa que le permitió al país mantener cierta autonomía de decisión. Para los gobiernos mexicanos del período 1946-1970, la mayor ventaja de la confianza que generó la cooperación fue la auto-

nomía para la solución de los conflictos internos.

Así se aseguró de que Estados Unidos no interviniera en los asuntos de política interna, y gracias a ello no sufrió la violenta confrontación ideológica izquierda-derecha que en otros casos desembocó en dictaduras militares, golpes de Estado y movimientos guerrilleros. Los *marines* no desembarcaron en playas mexicanas, los buques de guerra de Estados Unidos nunca se apostaron frente a las costas del país con ánimo amenazante, y los militares mexicanos no abandonaron los cuarteles para instalarse en el gobierno federal. Gracias a esta política, la Guerra Fría como la que vivieron los europeos y los asiáticos no llegó a México ni siquiera en 1968. **U**



Gráfica del 68, Equipo permanente de grabado Esmeralda, *Escuela*, 1968



CRECER CON EL 68

Gina Zabłudovsky Kuper

A la memoria de mis padres, Abraham y Alinka

el movimiento repercutió en los niños [...] el gobierno de este país tendrá que tener mucho cuidado con aquellos que en 1968 tenían diez, doce y quince años [...] ellos recordarán siempre.
Eduardo Valle, en *La noche de Tlatelolco*, de ELENA PONIATOWSKA

1

En 1968 yo era una estudiante de secundaria que vivió de cerca cómo la que había sido su escuela primaria se quedaba acéfala debido a que la directora del plantel, nuestra querida maestra Perelló, fue obligada a salir del país por órdenes gubernamentales. Su única acusación: ser mamá de Marcelino, quien entonces era líder estudiantil del movimiento.

Cuando yo tenía trece años, y mientras tarareaba de memoria todas las canciones de los Beatles, las demandas del movimiento de 1968 saturaron los muros de mi ciudad y se adentraron en mi hogar para tapizar sus paredes.

Esta afirmación no es una metáfora. Como sucedía tantas veces en mi casa, una vez más estábamos en obra con la presencia de albañiles y constructores. Las obsesiones arquitectónicas de mi padre lo llevaban a renovar constantemente nuestro hábitat y, en esta ocasión, el turno había tocado al cuarto de mis hermanos Jaime y Moisés, quienes entonces tenían doce y nueve años.

La obra estaba por terminarse, y cuando se produjo el movimiento de protesta aún faltaba pintar los muros. No sé en qué momento a uno de mis hermanos se le ocurrió utilizar la pared desnuda para transcribir las consignas estudiantiles, y después serían varios los amigos y familiares que seguirían su camino y vendrían a reproducir los principales lemas en mi hogar. Mis padres aceptaron con complicidad este juego de protesta, y durante el tiempo que duró el movimiento la pared se cubrió de diferentes consignas, como "Prohibido prohibir", "Imaginación al poder", "Diálogo público, no represión" o "Libertad a los presos políticos". Así permaneció varios meses.

La pared no se pintó de un solo color hasta que terminó el movimiento.

Para Jacobo Kupersztach (o Jacobo Kuper), el único hermano de mi madre, que tenía veintitrés años (diez años menos que ella) y participaba en el movimiento como estudiante de la Facultad de Ciencias, mi casa era su segundo hogar, y complacido veía cómo sus preocupaciones y demandas eran reproducidas por la camada de amigos de sus sobrinos.

Pero los familiares del lado paterno no reaccionaron de la misma manera. El hermano de mi padre estaba atónito y no le gustó nada que uno de sus hijos fuera a pintar paredes en la casa de sus primos revoltosos. Por



*La política, el debate ideológico
y la constante intranquilidad
marcaron los compases
de nuestra vida familiar.
Mi abuela materna vivía
permanentemente angustiada.*

su parte, la hermana de mi papá —quien nos visitaba con frecuencia— no parecía poner demasiada atención a “nuestro mural”; su mirada estaba más centrada en los nuevos estilos de los jóvenes, y meses antes del movimiento estudiantil ya había expresado cierta inquietud porque los muchachos andaban desaliñados y, en vez de cortarse adecuadamente el pelo, se aferraban a sus melenas.

La política, el debate ideológico y la constante intranquilidad marcaron los compases de nuestra vida familiar. Mi abuela materna vivía permanentemente angustiada. Recibía llamadas telefónicas de advertencia y amenazas: “Cuide a su hijo... Sabemos que participa en el movimiento. Seguro es un espía comunista”. Aunque usualmente sólo utilizaba su nombre en español y su primer apellido, la voz amenazante sabía el nombre completo y Yankel Mario Kupersztch Portnoy sólo podía ser el de un agente soviético infiltrado en el movimiento.

Mientras tanto, mi abuela paterna parecía ajena al mundo político. Como lo hacía con frecuencia, a pesar de no ser creyente, estaba dedicada a cocinar para eventos propios del calendario judío, donde siempre invitaba a la familia ampliada. La celebración del Año Nuevo en su casa (que usualmente es de fines de septiembre a octubre) se convirtió en campo fértil para el enfrentamiento de opiniones en torno al conflicto estudiantil y el papel de las universidades y el gobierno. Creo que Raquel estaba de alguna forma acostumbrada a las controversias que solían darse entre sus dos hijos, por lo cual no parecía afectada por el hecho de que ahora el mayor de ellos —con el tono apasionado con el cual solía discutir— hiciera mancuerna con su joven cuñado para defender una causa. De un modo que tal vez

tenía mucho de sabiduría, ella se concentraba en lograr la buena sazón que siempre tenían sus platillos. Su éxito era rotundo, porque los desacuerdos políticos nunca impidieron que todos compartiéramos la enorme mesa en la cual nos nutríamos de succulentas comidas con sabores de Polonia y Rusia.

Como suele suceder en este tipo de conflictos, durante el movimiento de 1968 fueron muchos los parientes que tuvieron discrepancias. En una misma familia, algunos padres criticaron los comportamientos de la juventud y de sus propios hijos, mientras otros secundaban sus voces y sus demandas e incluso los acompañaban a las manifestaciones. También es cierto que varios fueron cambiando de opinión conforme se intensificaba la represión gubernamental y los marcos temporales permitían hacer otras lecturas menos inmediatas de los acontecimientos.

2

En contraste con las versiones gubernamentales y una parte abrumadora de los medios, en mi casa teníamos acceso a los relatos de mi tío materno y otros estudiantes. Además, contábamos con una fuente sumamente valiosa de primera mano. Nuestro informante era el licenciado Fernando Solana, gran amigo de mis padres, entonces secretario general de la UNAM, y quien aparece junto al rector Javier Barros Sierra encabezando una marcha de protesta en una de las fotos icónicas del 68.

Gracias a la información proporcionada por Solana y otros amigos, mi madre también tuvo un papel fundamental en mi apreciación sobre el movimiento estudiantil. Con habilidades de comunicación más sutiles y menos vehementes que las de mi padre y poseedora de una poderosa “inteligencia emocional”, la recuerdo advertir en un tono pausado y apacible a sus amigas: “nosotros estamos con los estudiantes, no creemos en las versiones de la televisión ni en las de la mayoría de la prensa”.

terreno artístico y en especial en el de las artes visuales.

Como integrante de una familia totalmente alejada de las prácticas y los intereses deportivos, las Olimpiadas entraron a mi casa por su veta cultural. Durante los meses previos había escuchado de su propia voz el proyecto planeado y realizado por Mathias Goeritz, (buen amigo de la familia y expositor en la galería de mi abuela) para las esculturas de la Ruta de la Amistad (que luego también sirvie-

“Nosotros estamos con los estudiantes, no creemos en las versiones de la televisión ni en las de la mayoría de la prensa”.

Más adelante, también me tocaría vivir otro de los episodios de la lucha estudiantil con ella. El 10 de junio de 1971 me invitó a escuchar a Octavio Paz en el Auditorio Justo Sierra de la UNAM. El conferencista interrumpió el evento cuando se enteró de que habían reprimido la manifestación en lo que se conocería como “el halconazo”. Leal a su postura, el exembajador de México en la India —que había renunciado a su cargo durante el movimiento del 68— cancelaba una actividad al enterarse de un nuevo acto represivo.

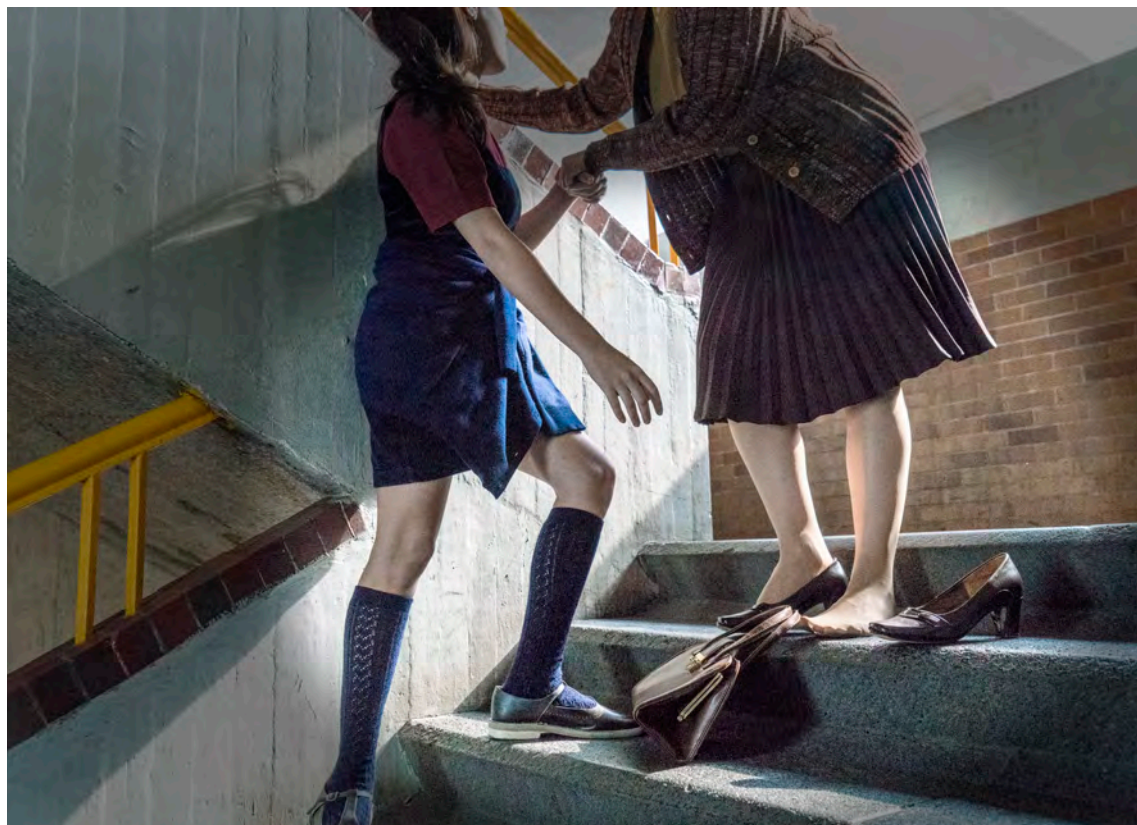
3

La experiencia de 1968 no sólo fue una sacudida política y familiar, sino que también inclinaría mi vocación profesional hacia las ciencias sociales.

Aunque mi padre era un entusiasta conocedor de la historia política mundial, al ser un hogar con un padre arquitecto y una madre y abuela que operaban la galería de arte Merkup, antes del 68, las conversaciones en las sobremesas se concentraban más en el

ron como muros para las pintas del movimiento estudiantil). También habíamos tenido contacto con Lance Wyman, el gran diseñador gráfico que, con el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, entonces presidente del Comité Olímpico Mexicano, hizo el logotipo de las Olimpiadas (también fue el creador de los logotipos de las estaciones del metro de la Ciudad de México). Además, en la Merkup se habían desarrollado algunos eventos de las Olimpiadas Culturales. En este contexto, uno de los anhelos más fervientes de mi abuela era que yo continuara como gestora de la galería de arte que ella había fundado con tanto esmero y cariño.

La formación que yo había tenido en el colegio tampoco favorecía la inclinación a las ciencias sociales. En la Escuela Secundaria y Preparatoria de la Ciudad de México, mejor conocida como la “Mexico City School”, se esperaba que todo buen estudiante siguiera el camino de las ciencias biológicas o físico-matemáticas. Optar por otra área de conocimiento era considerado como un camino fácil, una



opción para los alumnos que querían terminar la preparatoria con “profesores barcos”. La Mexico fue una escuela formadora de talentos; no es casual que muchos de sus egresados destacaran en la Facultad de Ciencias y que, en la actualidad, la UNAM cuente con por lo menos tres de ellos en cargos directivos (Centro de Estudios de la Complejidad, Facultad de Ciencias e Instituto de Investigaciones Nucleares). En contraste, cuando entré a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales no me encontré con un solo exalumno de mi preparatoria. En cuanto a las escuelas privadas se refiere, la mayoría de mis compañeros eran del Colegio Madrid.

En este ámbito, cuando terminé el bachillerato estaba convencida de que cursaría una carrera científica, y en el último año opté por la opción vocacional de químico-biológicas y

fui a pasar unas vacaciones para iniciarme en la investigación en La Jolla, California, donde para entonces el hermano de mi madre estaba desarrollando su doctorado en bioquímica. Ahí me di cuenta de que los laboratorios no eran lo mío. De forma recurrente me escapaba de las miradas de mi tío y de su esposa también científica, para irme a la biblioteca y librería a leer ávidamente los libros de Herbert Marcuse, quien desde La Jolla se había convertido en el teórico más importante del movimiento de 1968 a nivel mundial.

Mi vocación estaba decidida: Marcuse y el movimiento del 68 la habían definido.

4

La experiencia formativa que viví en mi casa tuvo, sin duda, particularidades incomparables. Sin embargo, creo que también es una



muestra de cómo, por su carácter envolvente, el movimiento de 1968 no sólo tuvo un gran impacto en los estudiantes de distintas clases sociales y en la transformación de la esfera pública del país, sino que también incidió en las dinámicas y en muchos casos llegó a cambiar las visiones de la vida y la política de la "generación de los padres".

Para mencionar otro caso, en mi familia política el movimiento causó varias convulsiones. Un pariente cercano de mi esposo, que tenía entonces veinte años y en 1968 era estudiante de la Facultad de Ciencias, relata que también tuvo problemas con su tío del lado paterno por "haber invitado" a su primo a una manifestación. Pese a que su padre tenía empatía con el movimiento, al ver a su hijo tan involucrado, reaccionó con gran preocupación y el 1 de octubre "lo puso en el avión" para pasar una "estancia forzada" en Chicago (donde

vivían otros familiares) y alejarlo así de lo que presentía como una escalada de la represión gubernamental.

También mi esposo, que tenía veintidós años, recién graduado de la Facultad de Química, salió del país el 18 de septiembre como becario de maestría en Columbia University, donde se topó con el movimiento estudiantil anti-Vietnam y sufrió una gran angustia cuando vio por televisión la ocupación de Ciudad Universitaria por parte del ejército. Después se enteraría de la detención de otro familiar que también era estudiante de la Facultad de Ciencias, quien, sin ser activista, desde antes del movimiento estudiantil había establecido colaboración con unos amigos del Centro de Estudios Cinematográficos (CUEC) para filmar diversos aspectos de Ciudad Universitaria, y el día que entró el ejército fue detenido por llevar una cámara. El encarcelamiento de este

joven —quien por unas semanas compartiría la celda en Lecumberri con Eli de Gortari y Marcué Pardiñas— causó, desde luego, una gran congoja y desesperación a su madre y al resto de la familia. Mi marido también relata cómo el 3 de octubre se enteró de la matanza de Tlatelolco por un documental que había logrado filmar la periodista italiana Oriana Fallaci, lo que lo llevó a una depresión y una sensación de incapacidad por no poder estar con los suyos ni hacer nada desde lejos.

5

Es mucha la tinta que se ha derramado en torno al movimiento estudiantil de 1968 en México, pero en términos generales las amplias fuentes biblio-hemerográficas se han concentrado en la interpretación de los hechos, los testimonios de los jóvenes participantes y las consecuencias del movimiento en la defensa de la libertad de expresión, la vida democrática, los derechos políticos y otros ámbitos de la esfera pública en México. Si bien es cierto que lo anterior se justifica por las dimensiones que tuvieron estas transformaciones a nivel macro-social, sería igualmente importante aportar información sobre los procesos que se vivieron a nivel de lo micro-social, y en especial sobre cómo impactó la dinámica, los valores y la vida cotidiana, para incidir en la politización de las familias mexicanas y, en particular, en los hijos que eran niños o adolescentes y los padres de estudiantes que vivieron el proceso.

Algunos estudiantes percibían que sus progenitores condenaban su estilo de vida en comparación con el que ellos habían tenido; pero también fueron numerosos los que acompañaron a sus hijos y lucharon por sus principios. Como lo expone Andrés Becerril en

un artículo reciente, en los festivales organizados por el Comité de Huelga participaban familias enteras con niños y los padres de algunas las escuelas como la Preparatoria 6 publicaron desplegados en la prensa donde hicieron suyas las demandas estudiantiles y exigieron que se cumpliera el pliego petitorio.

De forma por demás estremecedora —como lo muestran algunos testimonios que recoge Elena Poniatowska en *La noche de Tlatelolco*— los relatos de las madres que perdieron a sus hijos están marcados por un irremediable sentimiento de desorientación y quebranto, una sensación de lo que le toca a partir de entonces es “vivir una vida de segunda mano”. Otras, como Cecilia Castillo de Chávez, tendrían la fuerza para tomar la palabra en manifestaciones y dirigirse desde el podio a los estudiantes: “Me han matado a mis hijos, pero ahora todos ustedes serán mis hijos”.

Sin embargo, tengo la impresión de que, debido al cerco informativo que imponía el gobierno de la época, en la historia del 68 la participación de los padres no ha tenido la misma visibilidad y atención que después tendrían movimientos como el de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina o los padres de los jóvenes asesinados en Ayotzinapa. Es difícil encontrar información que permita documentar más a fondo cómo se solidarizaron y acompañaron las demandas de sus hijos. Ignoramos las formas en que algunos de ellos tuvieron que procesar sus duelos.

Como una manera de compensar este vacío, este artículo está dedicado a los padres. 

Las imágenes de este artículo pertenecen al libro *Ocupación militar* de Pablo Ortiz Monasterio, textos de Rolando Cordera y JM Cravioto, coedición UNAM / RM, 2018.



Gráfica del 68, Arnulfo Aquino, *No claudicaremos*, 1968



CIUDADANOS CERO

Fabrizio Mejía Madrid

LA DISPUTA POR LA APARICIÓN

Hannah Arendt en *La condición humana*:

Que cada vida individual entre el nacimiento y la muerte pueda ser contada como una historia con principio y fin es la condición pre-política de la historia, la gran historia sin principio ni fin. Pero la razón por la cual cada vida humana cuenta su historia y por qué la historia finalmente se convierte en el libro de cuentos de la humanidad, con muchos actores y oradores y, sin embargo, sin autores tangibles, es que ambos son el resultado de la acción. La perplejidad es que en cualquier serie de eventos que juntos forman una historia con un significado único, podemos, en el mejor de los casos, aislar al agente que puso en marcha todo el proceso; y aunque este agente con frecuencia sigue siendo el sujeto, el "héroe" de la historia, nunca podemos señalarlo inequívocamente como el autor de su resultado final.

La acción "germinal" del 68 nunca pudo contarse en el instante de su realización, en las calles, las aulas, los auditorios, sino hasta después. Nunca está claro qué se está haciendo cuando colectivamente se siente que hay algo nuevo. Es, como dice Arendt, una huella de la acción que tendrá que ser narrada, interpretada, y armada con posterioridad. Durante los primeros diez años de esa narración, el 68 fue, sobre todo, el testimonio de la represión. Para combatir la "verdad histórica" del go-

bierno de Gustavo Díaz Ordaz —los estudiantes, azuzados por intereses extranjeros, buscaron desestabilizar al país de la Olimpiada y el ejército defendió la seguridad nacional el 2 de octubre en Tlatelolco—, los estudiantes escribieron, dieron entrevistas, narraron historias familiares de lo que a cada uno le había tocado de la perplejidad de su acción. Después, a partir de la lucha por el sufragio, en 1988, se le convirtió en el inicio de “la lucha democrática” mexicana. Por supuesto, muy poco en el 68 tuvo que ver con la idea del sistema de partidos, el voto libre o la libertad sindical. Su carácter democrático es mucho más profundo y tiene que ver con la disputa por la soberanía como cambio en las relaciones de poder entre los gobernados y el Partido Único. Por eso puede ser narrado como origen o preparación de otra secuencia de eventos políticos nacionales, aunque en su propio presente el “germen” de lo que sería no estaba siquiera a la vista.

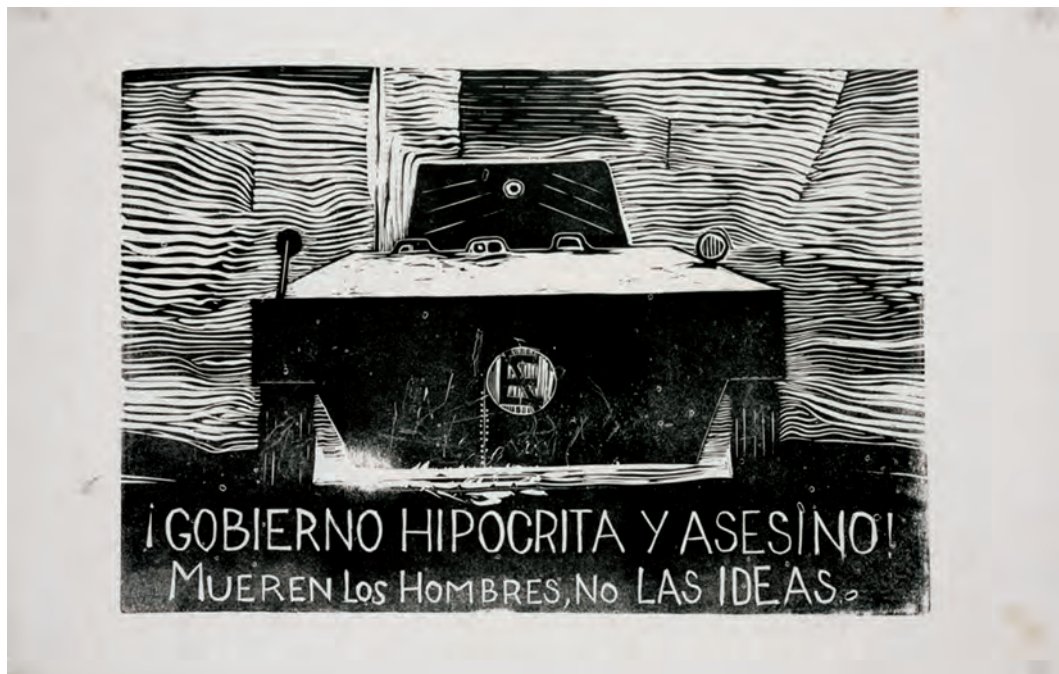
El movimiento del 68 no está, en primera instancia, ni en sus demandas —el pliego petitorio—, ni en su gráfica, ni en los discursos de sus líderes o en los comunicados del Consejo Nacional de Huelga. Está en la aparición de los cuerpos en el espacio público. El 68 son las marchas, las asambleas, las concentraciones de personas, cuya reunión tiene una significación anterior y aparte de lo discursivo. Piénsese en el inicio del movimiento. Resulta todavía incomprensible que sea la intervención desmedida de los policías para castigar una riña entre alumnos de dos escuelas y, más tarde, la protesta contra esa misma represión, el detonante de una movilización indignada de toda una generación y en buena parte de la nación. Lo que se reivindica es el derecho a aparecer que instaaura y afirma el cuerpo en el centro de la arena pública como una repre-

sentación o una versión efímera y provisoria de la soberanía popular. Es una autonomía de los cuerpos en asamblea que genera el drama de su propia existencia pública.

El pliego petitorio no nos habla de esos combates entre grupos de manifestantes contra tanques en medio del Zócalo o en las instalaciones de las escuelas. Esa disputa es por el espacio. Por escrito, se pide el fin de la represión, la destitución de algunos jefes policiacos, la presentación de los presos políticos y la abrogación de dos artículos del Código Penal que criminalizan, desde los años cuarenta, la disidencia. En lo hablado se pasa con soltura de la condena al presidente a los ánimos ilusionados que genera el triunfo de la Revolución cubana. En los comunicados del Consejo Nacional de Huelga se escribe una historia de medida ajedrecística de respuestas políticas al gobierno. Pero la disputa central está en y es por los cuerpos. Lo que le preocupa al poder es que éstos se reúnan sin su convocatoria.

Toda concentración pública de miles tiene un sentido legitimador y lo que hace el 68 es variar las condiciones de su aparición. De hecho, es después de la concentración organizada por el Estado con sus propios empleados (la mañana del 28 de agosto), que se decide la matanza del 2 de octubre. Lo que precipita la acción militar del gobierno de Díaz Ordaz es que sus propios burócratas, sacados a la calle para desagrar a la bandera nacional y convertir en herejía el emblema rojinegro de los estudiantes, terminan con una demostración pública de que las condiciones de la ocupación del espacio han variado a tal grado que los convocados confiesan a voz en cuello: “Somos borregos, nos acarrearán”.

Esta encarnación de la soberanía popular tiene una dimensión política al menos en dos



Gráfica del 68, Jorge Pérez Vega, *¡Gobierno hipócrita y asesino!*, 1968

sentidos: la representación es, al mismo tiempo, teatral y vivida políticamente, y los cuerpos unidos abandonan su precariedad individual en el espacio público. Las relaciones íntimas entre política y teatro, el 68 las exacerbaba: las brigadas de estudiantes que fingen debates sobre el movimiento en las paradas de los camiones o en los puestos de periódicos son la forma de comunicación de la resistencia. Pero es más que eso: en la acción, constituyen la ciudadanía. Es implicar a los demás en un tipo de ejercicio de la libertad de manifestación que toma el espacio público para debatir. Es una dramatización del papel de los ciudadanos. Es llevar la polis al espacio del ágora. El 68 es reunirse para crear las condiciones para reunirse.

Aparecer, ponerse de pie, respirar, moverse, escuchar, marchar, callarse —la Manifestación del Silencio (13 de septiembre) será el acto más espectacular de autodisciplina y la teatralización, con el puño en alto, de la dignidad de los golpeados y silenciados—, pone

a los vivos en el centro de la política, aún antes de conocer sus demandas o posturas políticas. Los cuerpos reunidos dicen: “Somos la soberanía.” La demanda de la teatralidad de la asamblea pública es, en el 68, una demanda de una vida más vivible —sin represión en las calles—, que excede cualquier pliego petitorio. Su sola aparición produce la soberanía. El 68 sucede como consecuencia de esa comparecencia.

Esta acción colectiva de aparecer, a la que llamamos el 68, supera a los cuerpos de los súbditos que han sido durante casi toda la historia mexicana los nacidos para obedecer. Después del sujeto-sujetado por las leyes y las fronteras —artificios previos al ágora— viene el ciudadano. Los hombres y mujeres nacen con derechos y la dimensión cero de ellos es la formación de una ética que los precede. En las calles siguen siendo los individuos precarios contra el poder militar y policial del Estado, pero reclaman con sus cuerpos la autonomía preexistente de la soberanía popu-



Gráfica del 68, alumnos del maestro Francisco Becerril, *México 68 [Olímpico]*, 1968

lar. Esa que se supone que habita como potencia en los pueblos y que es entregada en representación política. En el México de 1968, la ciudadanía es, como siempre, una exclusión constitutiva: no son parte de ella más que los cortesanos dentro del Partido Único. Con el derecho a la aparición de “los iguales”, el 68 se convierte en una exhibición de lo que debe ser incluido: son esos cuerpos en su precariedad, pero también en su fuerza ilimitada, que sólo será conculcada con la matanza del 2 de octubre. Pero que seguirá apareciendo a lo largo de medio siglo como un genio invisible de la ciudad. “2 de octubre, no se olvida” no significa sólo la rememoración de los muertos en un acto represivo, sino sobre todo la idea de que lo malo de los movimientos es que se acaban, pero lo bueno es que pueden volver a aparecer.

EL CUERPO MORAL

La soberanía popular es una posición de poder, adjudica una superioridad. En el 68 esta autoafirmación se da desde la Universidad Nacional. Tras la ocupación militar (18 de septiembre, como respuesta a la Manifestación del Silencio), el rector Javier Barrios Sierra la define así:

Exhorto a los universitarios a que asuman, dondequiera que se encuentren, la defensa moral de la Universidad Nacional Autónoma de México, y a que no abandonen sus responsabilidades. La Universidad necesita, ahora más que nunca, de todos nosotros. La razón y la serenidad deben prevalecer sobre la intransigencia y la injusticia.

Lo obvio es la posición del rector que califica de “acto inmerecido” la ocupación militar ordenada por el presidente Díaz Ordaz. Lo profundo es que apela a una comunidad, la universitaria, para que se constituya en una defensa moral de sus derechos. La pertenencia a la universidad no está limitada por sus instalaciones —cuya autonomía ha sido vulnerada— sino que es una posición reivindicable de ser miembro de una comunidad cuyos derechos no son exclusivos de alumnos y exalumnos sino que le pertenecen a todos los ciudadanos: libertades de expresión, manifestación, y de insurrección. La soberanía popular del 68 es, por ello, inicialmente universitaria y politécnica; será constitucional e insurreccional. El cuerpo moral de lo universitario ha sido vulnerado por el poder central en su derecho constitucional a oponerse a una ley in-



justa —el detestable “delito de disolución social” del Código Penal— y, por lo tanto, pone la resistencia en una indeterminación típicamente ciudadana: estar bajo la ley en la obediencia, pero sobre de ella, como soberanía. El doble carácter del ciudadano, el obediente y pasivo, y el vigilante y participativo, se ponen en juego dentro de la Constitución de la República: el contrato con los poderosos es de asociación, no de sujeción al poder ya establecido. La propia Constitución garantiza el derecho a la rebelión y a oponerse a la propia Constitución (artículos 39 y 135). La ciudadanía es la encarnación histórica, material, corporal, de la “magistratura indeterminada” de Aristóteles en la Asamblea griega: la indefinición que permite que sea la fundación de una nueva institucionalidad y la contestación a esta misma. El ciudadano, bajo la ley y por encima de ella, sólo existe en una acción participativa. Es a la que convoca el rector “a dondequiera que se encuentren”. Es indeterminado porque no es ni exclusivamente público ni privado; no es puramente individual ni totalmente colectivo. La ciudadanía es, al mismo tiempo, una pieza fundamental del Estado en el que, idealmente, todos somos tratados por igual en nuestra soberanía y, también,

simultáneamente, un actor de la insurrección posible. Existimos entre el aparato del Estado y la sociedad civil; entre el ejercicio de nuestros derechos y la disciplina.

Esta ciudadanía pone en tensión al propio Consejo Nacional de Huelga. Si bien de inicio se impone una estructura de representación basada en las escuelas —dos alumnos por cada una—, se retoma, al mismo tiempo, la figura del “comité de lucha”. Se había llamado así antes a las organizaciones que combatían a las escuelas que no querían impartir la “educación socialista” del periodo presidencial de Lázaro Cárdenas. Pero en 1968 son las células de la acción directa y de la toma nuclear de decisiones. Sus miembros son todos los que asisten a la aparición pública, sea propaganda callejera o asamblea de las escuelas. La idea de representación política del Consejo Nacional de Huelga es puesta en tal marca de sospecha y vigilancia por los comités de lucha, que le es imposible a los servicios de seguridad del Estado saber el nombre y apellido de “los líderes”. A pesar de que las policías federal y de las ciudades espían las asambleas, los representantes cambian tanto que, al encarcelar a mil 43 personas después de la masacre del 2 de octubre, las autoridades tienen que recurrir a delatores para ponerles nombres a los activistas. Y aun así tienen problemas para deslindarlos de los “manifestantes ocasionales” —como les llaman los servicios de inteligencia— porque jamás entienden de dónde proviene el grueso de la participación pública. Por eso es explicable la necesidad de los militares y funcionarios de seguridad nacional de que los muchachos, bajo tortura, digan nombres de políticos conocidos, como Carlos Madrazo, el expresidente del Partido, o Heberto Castillo, el líder de la Coalición de

El presente sólo es nuestro; las estrellas que vemos en el cielo ya no necesariamente existen, sólo su luz llegando hasta aquí. Como la vida, el tiempo es un chiste local.

Maestros. Jamás entienden el carácter de la ciudadanía que emerge entre julio y octubre de 1968: es singular en cada participante pero unificada en un cuerpo moral. No es el Consejo Nacional de Huelga, como instancia de representación política, el único que dirige al movimiento. Son también los comités de lucha, las brigadas, las marchas y mítines en su igualitaria totalidad. Son todos y es nadie en particular.

La demanda de diálogo público con el presidente Díaz Ordaz le da otra vuelta de indefinición a la representación política del Consejo Nacional de Huelga. En la propuesta de las asambleas, el diálogo será en el Zócalo de la capital de la República, entre el presidente y sus designados, de un lado, y 500 estudiantes del otro. El número es inaceptable para Díaz Ordaz, que piensa que es “una algarada” con el propósito de ridiculizarlo en público y con representantes que no lo son. La representación política siempre ha sido ante el *Presidente*, no para dialogar sino para pedir audiencia, suplicar, implorar, si acaso, sugerir. Los diálogos son privados; la oscuridad del secreto permite la negociación, el intercambio entre la gracia del poderoso y el “gracias” del gobernado. Y, más aún, los “representantes” tienen un poder delegado, no un vínculo rígido con sus representados. Los “representantes” que la política mexicana conoce son los intermediarios, los “coyotes”, los abogados de barandilla. Los estudiantes en asamblea creen en la democracia directa, la de la revocabilidad de sus representantes, y también la que no ad-

mite interpretación de una “voluntad general”, sino que sólo lleva el mandato de las asambleas. Por eso, el número de “delegados” al diálogo público sube hasta casi reproducir una sesión nutrida del Consejo Nacional de Huelga. La ciudadanía que aparece en el 68 es autora y actriz de las demandas. Es una soberanía que busca moralizar a la política, que hace explícita la oscuridad en la que nace: el régimen despótico del Partido Único.

LA FRECUENCIA CÍVICA

El presente sólo es nuestro; las estrellas que vemos en el cielo ya no necesariamente existen, sólo su luz llegando hasta aquí. Como la vida, el tiempo es un chiste local. Lo humanizamos en formas como el “tic-tac” de un reloj, como lo propuso Frank Kermode en *El sentido de un final*, y que sigue sonando a pesar de que ya ha llovido. El “tic” es la génesis del instante, mientras que el “tac” es su final, “un modesto apocalipsis”. Entre ellos hay un intervalo de tiempo desorganizado que sólo adquiere sentido después del “tic” y con la expectativa de que ocurra el “tac”. Sin el inicio y el final, el intervalo es inhumano, incalculable, informe. Es, acaso, lo que diferencia nuestros tiempos: el mecánico, un segundo igual al otro, del significativo. Lo que percibimos, recordamos y lo que esperamos, se piensa sólo en ese tiempo en el que se narra lo que se conforma con respecto al final. Si hay un final, todos los intervalos sucesivos adquieren, de pronto, un sentido: el futuro cambia el pasado. Lo sucesivo se transforma en decisivo. Lo que antes era un segundo y otro y otro más, ahora tiene un sentido, el de estar interconectado —entramado— con su desenlace. Dice E.M. Forster en su *Aspectos de la novela*: “El rey murió y luego murió la reina, es un hecho. El rey mu-



Gráfica del 68, Atribuido a Crispín Alcázar Partida, *Muerte a los que masacran*, 1968, Movimiento Marxista Leninista de México

rió y luego, de tristeza, murió la reina, es un relato". En efecto, la motivación es la principal arma que la narración tiene sobre los hechos. Por qué suceden las cosas es —como escribió Borges— el problema de cualquier narrativa. Es la causalidad. Humanizar el intervalo inclemente.

A medio siglo de ocurrido, el 68 se califica, desde el presente, como el inicio de la democratización del país. Aunque entre aquella aparición de los ciudadanos en el espacio público, sus deliberaciones en asambleas, y la brutal represión que sufrió, y el actual sistema de partidos con el voto individual, libre y secreto, no pareciera haber demasiadas conexiones, así lo hemos narrado. La trama del 68 es un drama que no sólo se comunicó al resto del país —los no ciudadanos de esos años— sino que se transmitió en el tiempo. Para ir de la simple información de los hechos y los motivos del movimiento al contagio transgeneracional del estado de ánimo ciudadano, hubo que hacer una conversión de los vivos que le siguieron en parte de una cadena de sentido, en una comunidad de memorantes y

de mensajeros. La memoria del 68 no antecede a su transmisión, es producto de ella. Heredar no es recibir sino seleccionar, y transmitir no es transferir, sino reinventar. El acto mismo de rememorar conlleva consigo cierta huella de olvido.

El 68 es hoy el aliento de la colmena sin reina. Es la grandeza de lo pequeño, de lo menudo, lo limitado, lo que nace de un espíritu de lo común. La otra grandeza, la del Estado, es la de la expansión obsesiva, la vigilancia intrusiva, el movimiento de los aparatos burocráticos hacia la conquista de planes maniacos. El de la sociedad civil es un poder que no surge de los "gladiadores de la política" —los "atletas de hacer obedecer", según el mismo Peter Sloterdijk—, sino de la igualdad cuyo valor angular es haber nacido iguales. Para el Estado, la política es un arte del pastoreo ("Aprender a obedecer" fue el lema de la campaña presidencial de Gustavo Díaz Ordaz). Para la sociedad civil, es de asistencia —en su doble sentido de presencia y de amparo—, el cuidado, entre iguales. Para el Estado, la política es un arte de boticario que hace tra-

gar “por su bien, la amarga medicina”. Para la sociedad, nunca resultará aceptable usar a los demás como medios. Para el Estado, la política es el arte de repartir la crueldad. Para la sociedad, es el arte de condolerse.

No hay 68 sin matanza, sin encarcelados, humillados, acallados. El drama del 2 de octubre no borra la alegría de la transparencia pública y la desobediencia corporal (melena, jeans, y minifaldas agitadas al ritmo de los Rolling Stones), sino que la exaspera. No hay “individuos excepcionales” en el heroísmo de la defensa de las escuelas, las calles y las plazas. De todos los que sufrieron la cárcel, aunque su testimonio no lo hayan publicado. Es el anonimato como garantía de desinterés lo que resulta consustancial al acto de participar. En las asambleas, en las guardias de la huelga universitaria y politécnica, se habla de afectos, de dolor y expectativas, al contrario del discurso del “atleta político” que se abstrae para alejarse, que señala a un orquestador encubierto —el comunismo internacional, la CIA, la oposición interna del Partido— cuando la exhibición pública, material, de la soberanía lo rebasa.

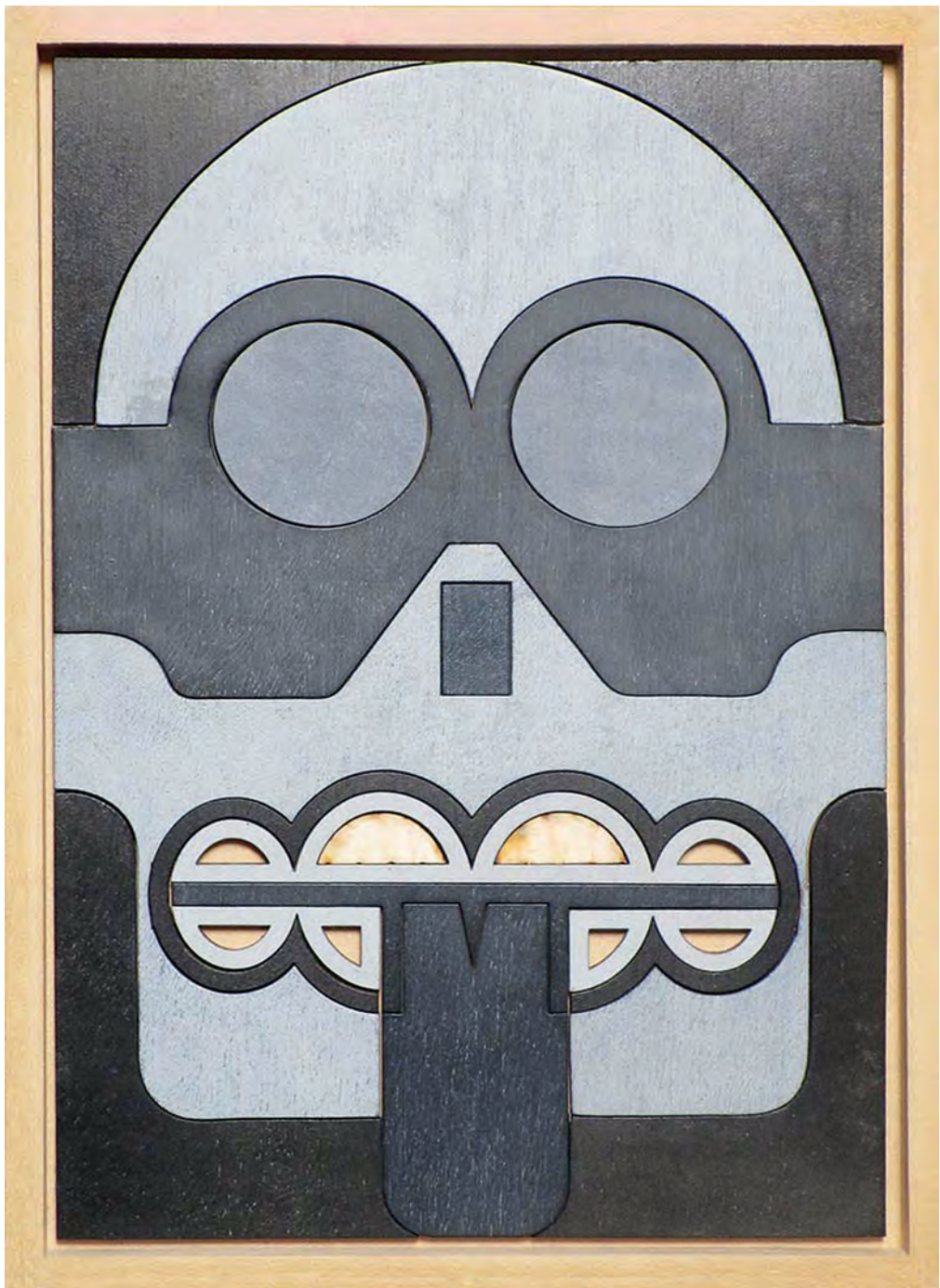
El 68 reivindica lo novedoso de no dejarse. La batalla campal entre la policía y los politécnicos retrasa dos días la toma de la escuela y se hace sólo cuando el ejército encabeza la operación. Esta ruptura, el no dejarse, no implica un plan, ni un discurso estratégico de renovación de la existencia. En la apropiación de la soberanía se busca el espacio público y la deliberación en asambleas. Pero hay en la sociedad civil que emerge del 68 una búsqueda de lo vertical. Algo hacia arriba, que no es Dios ni el Estado, ni la posteridad. Es una ética de convivencia nueva: una idea no económica de la riqueza, una definición no militar de la valentía, una sensación de logro sin los

reconocimientos. Hay una vertical que no es jerárquica ni mística y que es “nuestro aún no” como sociedad. “Nuestro aún no” es una verticalidad que invierte el poder con una ética del “a pesar del Estado”. La sociedad de la emergencia funda sus fortalezas éticas en las carencias y, con frecuencia, en sus debilidades. La verticalidad es la creación de lo imposible, en su aparición como existencia, cuenta mucho la idea de una sociedad que se dice a sí misma: “no dejes de querer”.

La emoción es la venganza de la vida real sobre lo descomunal. De lo mundano, de lo plebeyo, sobre lo grandote. La desproporción habitual entre el poder de la cúspide y nuestra pequeñez de ciudadanos se invierte con el regreso a la reserva cultural del 68: los que sabemos somos los que estamos en comunidad, en soberanía, los que sabemos del sufrimiento que implica convivir. Sabemos que los seres humanos sólo podemos regenerarnos en lo pequeño. Jamás un país que ya no protege a sus ciudadanos se ha podido levantar con un plan global del Super-Funcionario Público. Sólo el breve arte de la pertenencia mutua puede ser otra política. En medio de lo inconmensurable del Estado, los ciudadanos restauramos sus dimensiones humanas. Como escribió Albert Camus, “es por la humildad por la que se cuele la esperanza”. La perplejidad de la memoria del 68 es ésta: cada vez que se reúnen en libertad los ciudadanos se restablece el cuento de la ciudadanía, siempre indefinida y, por tanto, posible. Siempre, desde cero. **U**

Adelanto de *Memorial 68*. Vol. II: *Ciudadanía y movimientos*, Dirección de Literatura UNAM, 2018.

Arnulfo Aquino, pieza de la ofrenda
Tlatelolco 68. Xilografía cortada con láser
para impresión a manera de rompecabezas ►



ARTE

MUERTE SIN FIN, DE ARNULFO AQUINO

MUESTRA DE SERIE GRÁFICA EN PROCESO

Taller Recreación Gráfica

Muerte sin fin de José Gorostiza, publicada en 1939, es una de las grandes obras de la literatura mexicana, y representa el punto de partida para esta serie gráfica que Arnulfo Aquino comenzó en 1990, cuando realizó y expuso en la galería Aristos UNAM la pieza *Muerte sin fin – Tlatelolco 68, Ofrenda color* (10 imágenes, serigrafía sobre algodón, 40 × 60 cm cada una). Desde una referencia prehispánica, la pieza alude al rostro de la muerte por medio de calaveras resueltas con formas geométricas y colores planos, y tituladas con frases significativas del poema de Gorostiza: *Agua estrangulada, Muerte viva, Máscara grandiosa, Soledad en llamas, Hallazgo de ironía*, entre otros.

A partir de este principio, el proyecto se ha transformado en memoria de dramáticos acontecimientos sucedidos en nuestro país. Una línea clave del poema señala: “el tesón de la sangre anda de rojo”, una sangre que se esparce por el territorio mexicano debido a los sacrificios masivos que se multiplican como ejercicio de poder; a las masacres contemporáneas que provocan los señores del dinero y el ocultamiento; a las guerras de represión, con campesinos colgados, obreros fusilados, estudiantes masacrados, mujeres asesinadas; a las narcofofas, los migrantes secuestrados, miles y miles de desaparecidos; todas éstas son heridas profundas que dejan cicatrices arraigadas en el pueblo. No se olvidan. Así, Arnulfo Aquino propone una memoria violenta de nuestra historia reciente, visión múltiple de un icono principal enraizado en nuestras tradiciones y costumbres, como pueblo que sigue construyendo su historia en los páramos de la muerte.

Con esta serie se han realizado hasta el momento diferentes instalaciones e intervenciones en diversos espacios de nuestro país: *Tlatelolco 68*, en 2014, Espacio Zegache de la ciudad de Oaxaca; *Ayotzinapa 43*, en 2015, en la galería Códice de la Escuela de Diseño del INBA; *Los sismos de 1985*, en septiembre del mismo año, en la Ciudad de México, con dos intervenciones: *Costureras de San Antonio Abad* en las rejas de la citada escuela, y un estencil sobre un muro en la Unión de Vecinos y

Damnificados en la Colonia Roma (19 de septiembre); *Migrantes norte*, en 2016, intervención sobre muro en el espacio de La Curtiduría, Oaxaca de Juárez; *Acteal 97*, memoria de los indígenas sacrificados en el fatídico diciembre de 1997, se expuso en el Festival Comparte por la Humanidad 2017, del 23 al 27 de julio en el Auditorio 2 del CIDECI – Uni-Tierra, Chiapas.

Este recorrido continuará en el 2018 con varias presentaciones: *Muerte sin fin*, *Tlatelolco 68*, *Ofrenda* instalada en la Fundación Elena Poniatowska en septiembre, y el *Tzompantli Tlatelolco 68* en el Museo de La Caricatura, en la exposición que conmemora los 50 años del 68; finalmente en “El Mundo de la Gráfica Oaxaqueña”, que tendrá lugar en noviembre en el Centro de las Artes de San Agustín Etla (CASA).

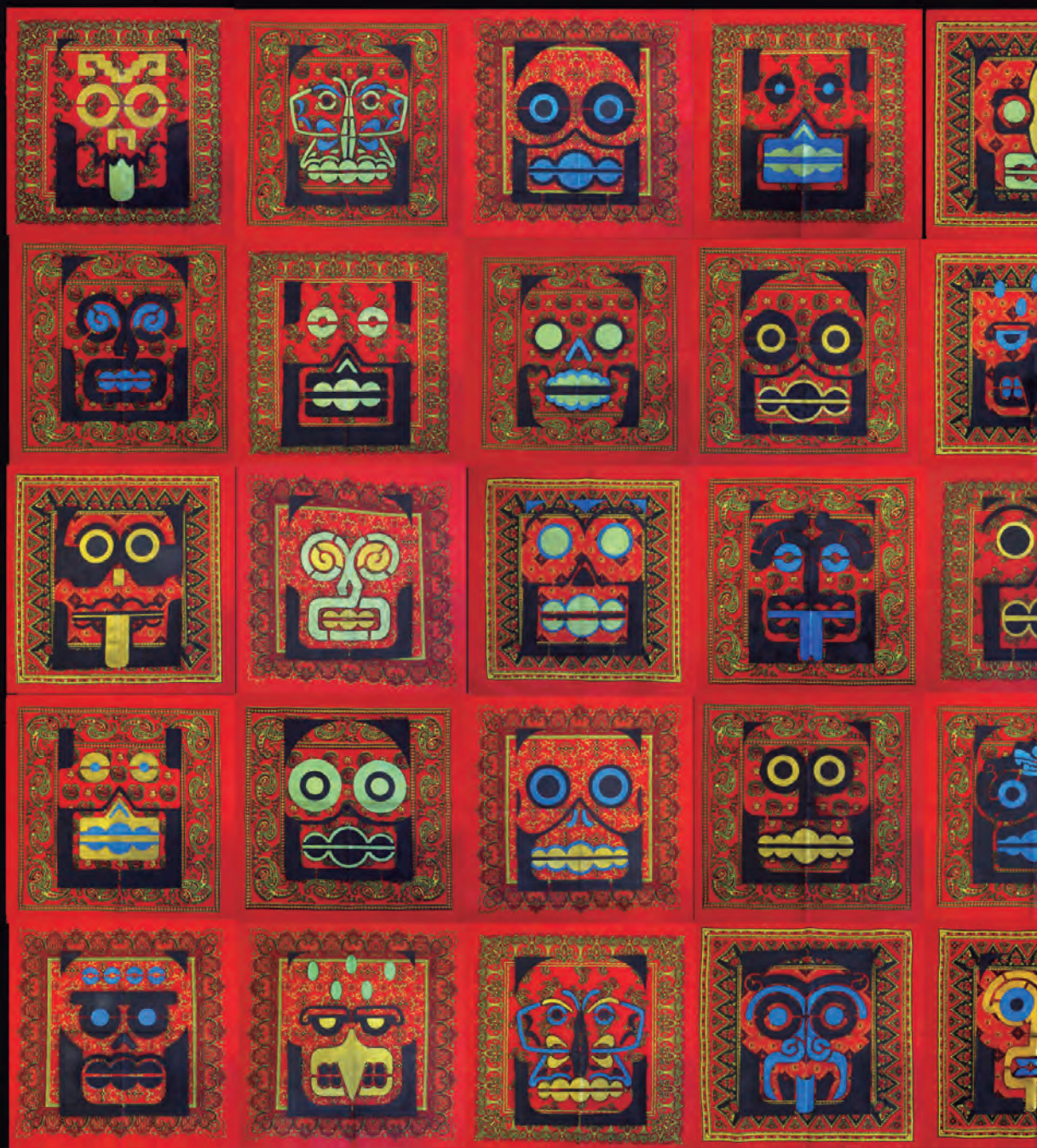
Este trabajo se realiza en el Taller Recreación Gráfica (TRG), espacio que dirige Arnulfo Aquino, con la participación de jóvenes artistas y diseñadores: Iris Salgado, Soledad Vásquez, Mercedes López, Irlanda Och, Blanca Martínez. Las imágenes que se presentarán a continuación son una muestra del desarrollo de este proyecto. **U**



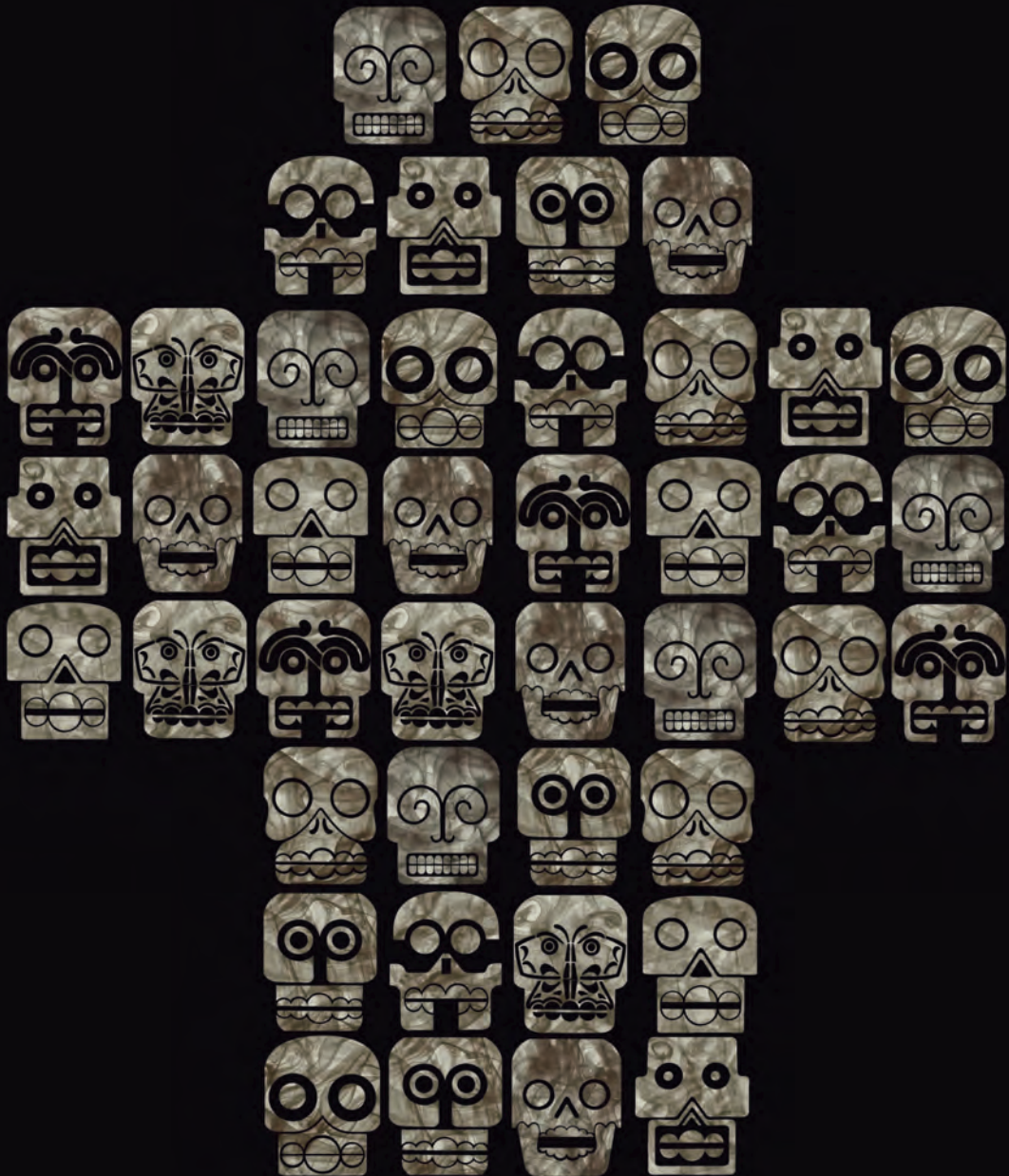
TLATELOLCO 68

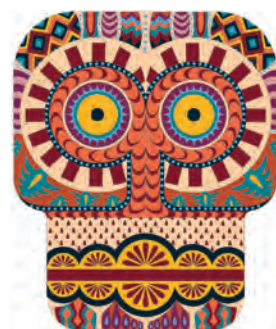






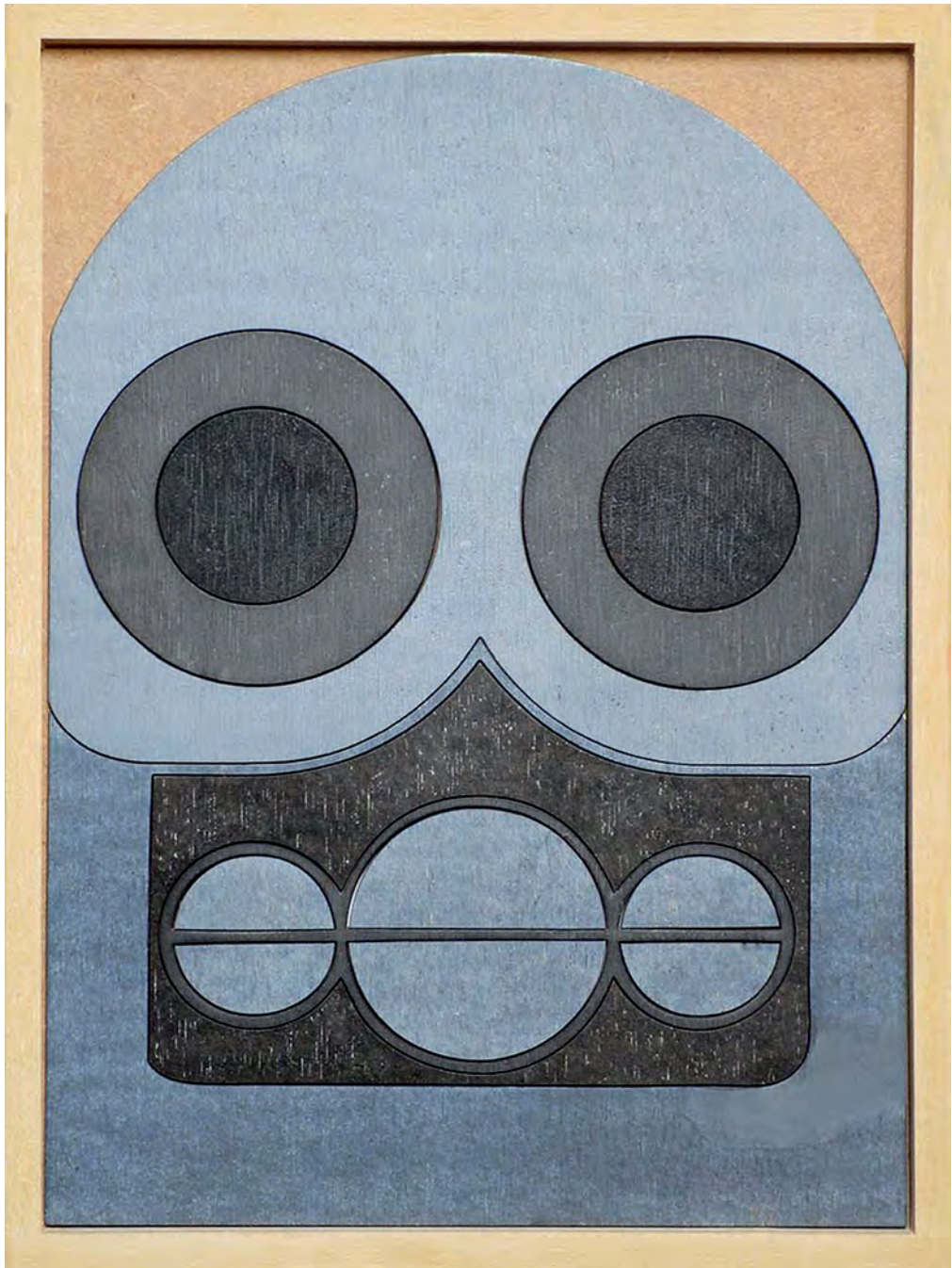








Arnulfo Aquino, pieza de la ofrenda *Tlatelolco* 68. Xilografía cortada con láser para impresión a manera de rompecabezas ►



PANÓPTICO

“NADIE BESA SEGÚN EL DICCIONARIO”

ENTREVISTA A FERNANDO IWASAKI

Ezra Alcázar

Fernando Iwasaki (Lima, Perú 1961) es un todoterreno de los géneros y la lengua; ha escrito libros de cuento, novela, historia, crónica y ensayo. Proviene de una familia con raíces japonesas, ecuatorianas, italianas y, por supuesto, peruanas. En la Torre de Babel de sus raíces escaló por las del español para escribir Las palabras primas (Páginas de Espuma, 2017), su más reciente libro, que ganó el Premio Málaga de Ensayo, en donde explora el castellano en sus diferentes latitudes como alguien que escribe y vive con esas mismas variantes.

Además de reflexionar en torno al ensayo, al inicio del libro noto mucho carisma, casi al estilo Ibargüengoitia.

Ibargüengoitia es para mí un maestro, siempre he dicho que él, Cabrera Infante, Cortázar y Borges son autores decisivos en mi formación. Esos cuatro han escrito ensayo y han sido completamente humorísticos, irónicos, desenfadados y risueños, sin renunciar al rigor, el conocimiento, la erudición. Basta con que tú relaciones una cosa que nadie se imagina con otra para que solamente esa relación, aparte de ser eficaz, te genere una sonrisa.

No es una risa fácil, es una risa para la que hay que saber. Además, en este libro existe un doble reto para el lector, porque hay que conocer muy bien el lenguaje.

◀ Fernando Iwasaki



Esto es como los juegos de Play, sólo que los juegos no los pensamos. Antes de jugar eliges el nivel de jugador, y yo quiero jugar en el nivel más alto, el nivel experto, el nivel superhéroe, y claro que la exigencia es mayor. Con los libros pasa exactamente lo mismo: cuanto más sabes, más disfrutas. Éste es un libro en el que efectivamente hay niveles accesibles para todos, pero hay un nivel donde el lector más competente o el lector más exigente, o el lector con más páginas leídas a lo largo de su vida, va a disfrutar más. Y creo que eso es justo: nosotros, a los que nos interesa todo esto, dedicamos tantos años de nuestra vida a leer, que tiene que verse la punta por algún sitio; celebro muchísimo que exista esta sensación porque forma parte de lo que entiendo que debe ser el oficio de la escritura.

¿La Real Academia cree que nos chupamos el dedo?

La Real Academia cree que nos chupamos el dedo en la medida en que piensa que sólo somos capaces de leer una entrada del diccionario y olvidarnos de las demás. Pero los que tenemos más edad y que no teníamos las posibilidades del internet, nos conectábamos con el diccionario. Abríamos el diccionario en cualquier página y leíamos una definición que nos sorprendía y ya era algo que habías aprendido y no se te olvidaba.

¿Cómo lees el diccionario de manera unitaria?, ¿con el orden del alfabeto o tienes letras favoritas?

Tengo letras, palabras y jugadas. Por ejemplo, si te metes en YouTube y pones “beso y micro relato”, te va a salir un video donde te presento todas las definiciones del verbo “besar” desde 1737 hasta 1999. Imagínate a los académicos discutiendo qué cosa es besar, y modificando la definición cada cierto tiempo: si debe ser con la boca cerrada o abierta, si debe ser aspirando o sacando algo. Nadie besa según el diccionario, ninguno de nosotros ha ido primero al diccionario para ver cómo se besa. Lo hemos aprendido, primero besando a la mamá y a la abuelita, pero después a alguien muy especial, a quien nunca besamos como a la abuelita. Para mí el diccionario no solamente es la edición que tienes en la mano sino la edición que existió en 1830.

En este momento casi nadie tiene diccionarios en su casa porque los consulta en línea; estamos huérfanos de un sinfín de palabras. ¿Cuál es el papel de la RAE ahora? ¿Darnos definiciones o marcar el lenguaje activo?

La RAE no marca el lenguaje activo. La RAE es como una notaría, la Academia registra las palabras que existen y tiene la potestad de incluirlas o no, y cuando lo hacen esas palabras pasan a formar parte del corpus de nuestra lengua; lo que no quita que haya palabras que no se usan en todas las latitudes del habla hispana, yo pongo el ejemplo de “gamborimbo”, una palabra mexicana que me parece extraordinaria; curiosamente antes entran palabras mal empleadas y por una minoría de hispanohablantes españoles, eso me parece injusto y arbitrario. Las academias

¿Qué sería de México sin la palabra "mariachi", que viene del francés? ¿Habrá algo más mexicano que un mariachi? Pues sí, le mariage.

(voy a hablar de las latinoamericanas) no solamente son ese grupo de personas que definen o sancionan la inclusión de las palabras en el acervo, sino que concretamente en los países latinoamericanos —en España no— las academias tienen otras funciones. Pensemos en la mexicana: escritores y profesores, críticos que a su vez forman parte de un entramado que abarca universidades y editoriales, y ahí hay una cosa que empieza a volverse más interesante porque cada dos años se designa un Premio Cervantes latinoamericano; de los últimos tres Premios Cervantes latinoamericanos, dos son mexicanos. Para mí está clarísimo que la Academia Mexicana es muy poderosa. Que exista una academia de la lengua española en los Estados Unidos me parece bestial. Que exista una Academia de Puerto Rico me parece todavía más importante, porque vive una situación a caballo entre el inglés y el español, es un lugar de frontera. Hay gente ahí que resiste hablando castellano.

Las redes sociales están modificando las palabras, pero no están creando palabras nuevas, ¿o sí?

Crean palabras nuevas en el sentido de que nosotros aspiramos a tener una vida de cyborgs. El ideal de máquina ha llegado al ser humano y nosotros decimos "este fin de semana me voy a desconectar" o "me voy a desenchufar", hablamos

de nosotros mismos como si fuéramos la máquina, y al mismo tiempo deseamos estar todo el tiempo *online*; queremos ampliar nuestra memoria, nos gustaría tener multifunción. No es que no inventen palabras —ojalá que las inventen—, influyen en nuestra vida de tal manera que nuestro metabolismo es cada vez más máquina. Estamos constantemente con las metáforas del mundo digital, y al mismo tiempo estamos como las mismas máquinas, somos un periférico más. No hace falta que las redes sociales creen palabras, tú miras algo en internet que te guste, y a tu correo ya te está llegando la imagen de eso que te gusta todo el tiempo. Eso influye a una gran velocidad en las relaciones sentimentales y sexuales.

En uno de tus ensayos hablas de que se escogió mal "Querétaro" como la palabra más bonita del español; me preguntaba si tú tienes una favorita.

Lo que me llama la atención de la convocatoria en la que ganó "Querétaro" es que se pida una palabra en español y la que gana no es una palabra en español, ni siquiera propiamente una palabra, es el nombre de una ciudad. El español tiene la posibilidad de asimilar muchas palabras, y esto lo digo porque la gente me pregunta "¿por qué estás en contra de asimilar palabras en inglés?". No estoy en contra de nada. El castellano ha asimilado "aguacate", "papa", "cacao", "manatí" y un montón de nombres que vienen de voces indígenas, no solamente del inglés. ¿Qué sería de México sin la palabra "mariachi", que viene del francés? ¿Habrá algo

más mexicano que un mariachi? Pues sí, *le mariage*. Yo no estoy en contra de esa promiscuidad de palabras, lo que creo es que, si tenemos una palabra que es eficaz para designar algo, debemos usarla.

¿Las palabras te gustan por su sonido o su significado?

Pueden ser ambas cosas. Hay palabras que no existen en nuestra lengua: “patria” significa la tierra de los padres, etimológicamente; la tierra de los hijos no tiene sustantivo, pero esa palabra debería existir porque España es la tierra de mis hijos. Yo quiero al Perú, que es mi patria, pero también a España porque es la tierra de mis hijos, me concierne tanto como la de mis padres. En alemán existe una palabra, *Wahlheimat*, que significa el lugar donde uno ha decidido vivir. Es una palabra preciosa por el concepto que tiene.

¿A qué se debe que no se inventen esas palabras tan necesarias cuando todos somos migrantes y vivimos una crisis de migración mundial?

No es lo mismo buscar una nueva oportunidad que escapar. Cuando migramos —los latinoamericanos que van a EUA o vienen a Europa—, muchas veces tenemos la idea de seguir siendo latinoamericanos en cualquier sitio y eso es un arma de doble filo, porque eso le permite a gente como Donald Trump decir “voy a echar a todos los mexicanos” y las personas que están ahí reaccionan dándole la razón, y reconocen que son intrusos. No se dice “este señor no sabe lo que dice porque soy ciudadano”; ese discurso no lo emplea-



Enrique Camino Brent, *Escalera roja*, 1954

mos, nos refugiamos en la condición de emigrantes porque a lo mejor en el fondo lo que deseamos es regresar algún día.

Cuando escribes ficción, ¿piensas acerca de dónde te van a leer?

No. Mis libros de ficción y mis libros de ensayo están todos conectados. Incluso mis trabajos de investigación histórica. Para mí es tan importante un libro de no ficción como uno de ficción. Yo nunca diría que una novela mía es superior a un ensayo, puede ser incluso al revés, y en este libro hay muchas cosas que aparecerán o han aparecido en ficciones mías. Nunca pienso en si me lee un peruano, español o argentino. Tampoco pienso en las traducciones, simplemente pienso en jugar y me río mucho cuando escribo. Creo que si me río —yo que trato de ser severo conmigo mismo— habrá más de un lector que se ría conmigo. **U**

MAMA, O EL PATRIARCADO

Karim Hauser



Después de *La vida es bella* y *La última cena*, *Mama* concluye la trilogía de Ahmed El Attar sobre la familia egipcia. Fue estrenada en el Festival de Aviñón en julio de 2018 y en ella el director teatral reflexiona sobre la responsabilidad de las madres en la transmisión de valores patriarcales, de los cuales ellas mismas son víctimas. *Mama* es la matriarca que reina sobre un hogar de la alta burguesía caírota, en el que entran y salen los miembros de su familia y la servidumbre. Su imperio todopoderoso pasa por las palabras que humillan, culpan y repiten los esquemas de dominación del pater familias, que sólo se digna a aparecer esporádicamente pues su autoridad es incontestable. En un escenario frágil y enclaustrado, *Mama* arbitra los conflictos, asienta la autoridad de los machos y hereda su propia opresión y la del resto de las mujeres. En el salón de la elegante casa, rodeado de rejas grises, hay que comer a la fuerza, los piropos son reproches y las palabras de afecto sueñan a lazos enfermizos. Desde su trono, la abuela marca a la familia disfuncional.

Hay en la obra una rivalidad entre las mujeres para ejercer la autoridad en el hogar, un conflicto que parece una metáfora de los problemas de educación de la sociedad egipcia.

Es más que una metáfora, intento con el teatro reflejar mi visión de la sociedad. El subtexto de la obra incluye las cuestiones que considero funda-

◀ Ahmed El Attar

mentales: las estructuras de poder entre hombres y mujeres, entre señores y sirvientes, entre viejos y jóvenes, y cómo las cosas no cambian. Sólo la muerte del padre permite que el hijo tome su lugar, y las sociedades no pueden funcionar así, sin renovarse. Me preocupa mucho la corrupción, pero no me refiero a la material, que es visible, cuantificable y relativamente fácil de sancionar, sino a la corrupción moral. La manera en que aceptamos la desigualdad y la injusticia y cómo se convierten en norma, o el tráfico de influencias que conocemos tan bien. Y subrayar la inconsciencia resulta muy importante, porque nosotros vemos todos estos problemas como público pero los personajes son víctimas, pues ni siquiera se dan cuenta de lo que va destruyendo sus vidas, dada su incapacidad para hablar de las cosas como son, sin reflexionar, ahogándose en la hipocresía. Y la obra es sobre la responsabilidad de las mujeres en ello, o la posibilidad de que ellas cambien las cosas.

El patriarcado es reforzado a través del matriarcado, una suerte de síndrome de Estocolmo en el que terminas amando a tu secuestrador.

He trabajado mucho en la figura del patriarca en mis obras *La última cena* o *La vida es bella*, cuyas figuras paternas son esa presencia masculina omnipresente, casi divina, que está en el centro de la sociedad egipcia y árabe. La figura infalible, a la que siempre hay que obedecer, la vemos en el hogar, en el trabajo, en la política. Pero ésta es la primera vez que me enfoco en el otro lado para investigar de

dónde viene la solidez de este patriarcado, y me percaté de que viene totalmente de la madre. En general, ellas están en la casa mientras ellos trabajan, nos guste o no. Lo que podría ser una oportunidad de oro para que las madres eduquen de modo diferente a sus hijos e hijas es desperdiciada porque reproducen exactamente el mismo esquema. Pero estoy convencido de que de ahí provendrá el cambio, porque también ellas se beneficiarán de ello. El hombre nunca va a cambiar por sí solo, no tiene incentivos pues está demasiado cómodo.

En América Latina y México hay también que apuntar el dedo hacia la responsabilidad de las madres en alimentar el patriarcado e impulsar a los niños a ser más agresivos, a diferenciar los roles de niños y niñas dentro de una misma familia, etcétera. Se piensa que esto sucede sobre todo en las clases populares, pero en Mama vemos a la crema y nata de la burguesía egipcia compartir estos códigos de valores, a pesar de hablar idiomas, haber viajado y visto otras formas de pensar.

Es uno de los elementos que quise enfatizar. Si uno quiere cambiar en nuestros países, las élites tienen un papel muy importante que jugar pues detentan todo el poder. Si logramos producir un cambio arriba, entonces veremos cómo reverbera y se esparce hacia abajo. Pero si las cosas se quedan como están, no iremos a ninguna parte.

La obra parece un microcosmos sociopolítico de lo que pasa en la región, esa polarización de "nosotros contra ellos", y el fracaso de las élites



Ahmed El Attar, *Mama*, Festival d'Avignon, 2018

en encontrar una alternativa a la confrontación. Incluso se asoma la admiración por un líder autoritario.

La política es parte de nuestra vida y lo que vemos en escena lo he escuchado en persona. Cuando la matriarca habla del presidente y dice: “pero es que lo amo, nos ha salvado”, esto lo he oído a la mitad de una conversación. Más allá de las opiniones políticas de un lado o del otro, lo que está aquí representado es la violencia de esta sociedad. Para mí la violencia no es sólo física. Está en la forma en que tratamos a la gente: cómo la abuela trata al personal doméstico, es agresivo. Cómo resuelven el problema con el chofer, cómo bromea sobre los refugiados sirios, todo eso es muy violento.

Egipto, después de largos años de paciencia, vio el estallido de varios movimientos sociales en 2011. ¿Puede el teatro hablar del conflicto y la violencia sin ser sujeto a la censura que se vive en el país actualmente?

Creo que nos enfocamos demasiado en la política cuando hablamos de cambio; deberíamos mejor de hablar del cambio en la sociedad. Vemos que las nuevas generaciones se enfrentan a las anteriores para pedir sus derechos, no sólo en un parlamento, sino en casa, en el trabajo, en las calles. Creo que la revolución del 2011 produjo un resquebrajamiento de las jerarquías, ahora se ve una fuerte polarización que ha dividido a las familias, pero no hay vuelta atrás. Claro que quieren contenerlo pero es como cuando estás en la oscuridad y abres la puerta y ves la luz. Si te cierran la puerta seguirás recordando esa luz y en algún momento querrás volver a abrirla. Además, la sociedad egipcia es muy joven, hay alrededor de un 65% de menores de 25 años, por lo que el cambio es inevitable. Aunque por ahora no podemos verlo en el panorama político, sí se pueden transformar las relaciones en el núcleo familiar.

En Mama hay un gran énfasis en la hipocresía entre lo que se dice y lo que se hace, en particu-

lar con el binomio materialismo/religión que una de las protagonistas ejemplifica a la perfección.

La religión está en todas partes, en la forma en la que hablamos citando siempre a Dios. Pero vivimos un islam con un toque capitalista, un islam capitalizado. Hay tantas acciones donde vemos que el objetivo es ganar puntos para ir al cielo, por ejemplo, alimentar a seiscientos pobres en Ramadán. Pero al mismo tiempo, aceptas la injusticia sin ni siquiera considerar que se ha hecho algo muy equivocado. Cuando la nuera agradece a su suegro por resolver un problema con el chofer mandándolo injustamente a la cárcel, nadie padece problemas de conciencia. No hay tragedia, la gente sigue adelante con sus vidas. Pero eso sí, mientras esto pasa rezamos y hablamos de los pobres. Así que por eso considero que es un islam capitalista, gasta dinero en los centros comerciales mientras busca acumular puntos para asegurarse el paraíso.

Ésta es la tercera obra tuya que viene al Festival de Aviñón...

Ésta es una pieza diferente de las dos anteriores, en las que buscaba una unidad entre tiempo y espacio. Por ejemplo, *La última cena* eran 58 minutos en torno a una mesa y los diálogos tenían más fantasía y menos realismo. *Mama* es casi un formato de serie de televisión o telenovela, pero hay mucho subtexto que va a lugares donde las series jamás irían, en lo que se dice, insinúa y revela. Me gusta jugar con estos formatos que ya existen y

La religión está en todas partes, en la forma en la que hablamos citando siempre a Dios. Pero vivimos un islam con un toque capitalista.

darles una vuelta. Al principio parece que te va a llevar a un lugar muy diferente del que terminas, o eso espero lograr.

¿Qué tan bien viaja tu obra?

Esta obra se acaba de estrenar aquí en Aviñón y todavía no viaja. Después de El Cairo en septiembre próximo, volverá a Francia en octubre y mayo. *La última cena* estuvo de gira en 2015 en Francia, Alemania, Rusia, Singapur y Hong Kong, estará en marzo de 2019 en Washington. En el mundo árabe, además de El Cairo sólo podemos irnos de gira a Beirut porque resulta incosteable. No hay ayudas, ni infraestructura; sólo con un mecenas puedes llevar a veinte personas y un contenedor con escenografía. Aquí en Europa hay instituciones y ayuda del Estado para comprar espectáculos, coproducir, etcétera.

Pero en general soy muy afortunado por tener una proyección internacional y hacer lo que quiero. Trabajo con un equipo de primera, como el músico Hassan Khan, un artista visual egipcio que ganó la Bienal de Venecia hace dos años, el escenógrafo libanés Hussein Baydoun o el iluminador sueco Charlie Aström. Los actores también son una mezcla de gente que ya conozco y de nuevos talentos, de diferentes generaciones. **U**

CÓMO PONERLE ORDEN AL CALEIDOSCOPIO DEL MUNDO:

EL ARTE Y LA CIENCIA

Sergio de Régules

El mundo es un caleidoscopio. La lógica la pone el hombre.

MIGUEL DE UNAMUNO, *Niebla*

*¿Qué hace la mente que nos permite complacernos en formas,
colores, sonidos, bromas, historias y mitos?*

STEVEN PINKER, *How the Mind Works*

Hace muchos años me tocó desarrollar una exposición sobre la relación entre el arte y la ciencia para Universum, el museo de ciencias de la UNAM. El tema estaba de moda. Muchos museos ya tenían exposiciones sobre Leonardo da Vinci, el artista-científico por antonomasia, o sobre Maurits Escher, artista cuyos grabados rebosan de matemáticas. Era común en estas exposiciones presentar como arte imágenes de fractales y exhibir ciertas aportaciones de la ciencia a las artes; así parecía que todo estaba dicho.

Para la exposición de Universum, empero, yo quería algo distinto: mostrar un nexo entre arte y ciencia que trascendiera la ciencia artística y el arte científico —una relación profunda que rebasara la simple polinización mutua o la subordinación de una a la otra—; buscaba algo que me explicara una experiencia que tuve años antes, cuando era estudiante de física en la Facultad de Ciencias.

Un día en clase de Física Moderna I acometimos la ecuación de Schrödinger en su versión más sencilla y aplicamos técnicas matemáticas aprendidas en otras materias para resolverla en casos simples: el de una partícula que anda suelta sin preocupaciones ni res-

◀ Leonardo da Vinci, *Máquina voladora*, 1487

ponsabilidades, y el de otra que se siente atraída hacia un punto, como una polilla a un foco. Este último caso sirve para representar las andanzas de un electrón que ronda un núcleo atómico —o sea, para modelar el átomo de hidrógeno, el más sencillo de todos—.

A partir de este primer tema de la sinfonía cuántica, el profesor emprendió una serie de elaboraciones cada vez más audaces y apartadas de la tonalidad original. Añadiendo por aquí el espín del electrón, y por allá el principio de exclusión de Pauli, llegamos a los átomos de elementos más complicados que el hidrógeno, y finalmente a entender por qué los elementos químicos se acomodan como lo hacen en la tabla periódica de Mendeleiev. El camino fue tortuoso; la revelación, sublime: detrás de la distribución de los elementos en grupos de propiedades semejantes —detrás de la secuencia que nos sabíamos de memoria— había un sencillo principio unificador que lo explicaba todo. Salí de esa clase con un nudo en la garganta y los ojos arrasados.

No era la primera vez que un estímulo científico me provocaba una respuesta más propia de un estímulo estético, pero sí fue la más intensa y la que considero mi pequeña revelación personal: arte y ciencia son ¡lo mismo!

Bueno, no. Maticemos. No es que arte y ciencia sean lo mismo —hay diferencias insoslayables—, es que arte y ciencia tienen el mismo motor: la vocación de orden de nuestra máquina de interpretar el mundo, es decir, el cerebro humano.

Todos los cerebros funcionan igual, por lo menos en lo que atañe a la percepción, si no en los detalles, como gustos y opiniones. Las ilusiones ópticas funcionan porque el sistema visual con que contamos todos —artis-

tas, científicos, barrenderos, contrafagotistas, abogados— analiza de la misma manera la información que entra por los ojos. Lo mismo con los otros sentidos: exceptuando trastornos y anomalías, a todos nos funcionan igual. A grandes rasgos todos los cerebros humanos son la misma máquina, moldeada por la selección natural a fuerza de resolver los problemas que afrontaron nuestros antepasados durante la mayor parte de la historia de nuestra especie —antes de la civilización, cuando vagaban por praderas heladas en pequeñas tribus, huyendo de los depredadores y persiguiendo la chuleta, literalmente—.

Este proceso nos ha dotado de cerebros muy aptos para realizar dos funciones muy generales:

- 1) Reconocer patrones. La información del mundo exterior es un tropel de estímulos enredados. Para desenredarlos el cerebro busca repeticiones y relaciones en esa información. Nuestro aparato interpretador no se detiene aunque los estímulos sean producto del azar. Por eso vemos patrones hasta donde no los hay, como en la forma de las nubes y en los pliegues aleatorios de una ladera.
- 2) Leer entre líneas. Cuando la información no basta para pintar un cuadro completo y coherente, el cerebro añade lo que falta haciendo conjeturas. Esta capacidad de completar la información quizá sea lo que nos permite entender insinuaciones, formar y descifrar metáforas y extraer lo general de lo particular.

¿Para qué sirven estas habilidades? Para predecir. El entorno de nuestros antepasados



Leonardo da Vinci

remotos estaba más lleno de peligros e imprevistos que el nuestro. Anticipar era fundamental para sobrevivir —“predecir o perecer” podría ser nuestro lema—. Quien era capaz de atar cabos anticipadamente de una manera que coincidiera en general con la realidad tenía más probabilidades de sobrevivir y dejar descendencia. Así, hoy todos tenemos cerebros ávidos del orden y la regularidad de los entornos predecibles porque son más seguros.

Cuando ejercemos nuestras facultades predictivas, igual que cuando cumplimos otras funciones que favorecen nuestra supervivencia y reproducción, el cerebro se recompensa a sí mismo con una descarga de placer. Y ahí estaba el secreto: el afán de orden y el placer asociado a percibir y dar forma es el motor de la ciencia y el arte. En su libro *Science and Human Values*, Jacob Bronowski expresó una idea parecida: “La ciencia no es otra cosa que la búsqueda de unidad en la desconcertante variedad de la naturaleza, o más bien en la variedad de nuestra experiencia. La poesía, la pintura y las otras artes son la misma búsqueda de unidad en la variedad”.

Misma búsqueda y productos parecidos: una teoría científica se construye desbrozan-

do el caos inicial de los datos, seleccionando los elementos importantes y poniéndolos en relación unos con otros. Por ejemplo, la teoría de la gravitación universal de Newton. Los datos están en la compleja danza de la noche, en los vaivenes de los planetas en la bóveda celeste. De estos vaivenes se extrae lo importante: no intervienen ni el color del planeta ni el día de la semana que lo observamos, por ejemplo; sí influyen, en cambio, la masa y la distancia al Sol. Estos elementos se relacionan en una sencilla ecuación que resume los movimientos de todos los planetas conocidos, e incluso de planetas desconocidos (permite predecir cómo se moverán cuerpos imaginables). Una obra artística se forma igual: el artista toma de su experiencia y de su imaginación elementos que luego selecciona y pone en relación unos con otros hasta encontrar una composición satisfactoria.

Ésta es, en esencia, la conexión profunda que yo buscaba para explicar por qué puede uno salir de una clase de mecánica cuántica conmovido hasta las lágrimas. La emoción científica y la emoción artística son la misma emoción: el placer estético de la forma, derivado de nuestra necesidad de encontrar orden en el mundo para sobrevivir. Resumámoslo así:

El crebero es una máuiqna de odreanr el mdnuo. Le bsata un pcoo de inrofcamóin para exrtear singiifacdo de lo que ve. En los daots de los snetdios el cebreero enuncnerta ptaorens (froams, reepitcioens, raelocines). Pudee leer etnre lníeas, uinr pnutois, aniictapr. El plcaer de enotcranr **orden** en lo que peicriboms es el oregon cóumn del atre y la ceicna. **U**

EL FUTURO YA LLEGÓ: LOS PAÑUELOS VERDES SIGUEN PRESENTES

Marina Porcelli

El 15 de junio, al día siguiente de que la Cámara de Diputados —aunque en rigor debería decir *Diputades*— aprobara la media sanción de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo para Todas las Personas Gestantes, estoy sentada contra la ventanilla en el tren Sarmiento, ramal oeste que va a Merlo, a varios kilómetros de la Capital Federal. Es mediodía, y el tren está casi vacío. A la altura de Ciudadela se suben tres adolescentes: no tienen más de quince años, llevan pañuelos anudados a las mochilas, pintura verde mal lavada sobre los párpados, pulseras con brillantina. Avanzan por el pasillo en busca de asiento, se miran entre ellas. La de flequillo señala mi cartera y dice en voz baja: “Ella tiene el pañuelo”, y eso las convence de sentarse cerca de mí. Desde hace meses, andar por Buenos Aires con esta marca verde te conecta, te enlaza. En el colectivo, en el subte, en los pasillos de los colegios, en los bares, dentro y fuera de los boliches, ver a alguien con el pañuelo genera alianza, diálogo implícito. Es coincidir y poder reconocerse. Es alegría. Hace por lo menos doce años que se desarrolla en Argentina la Campaña Nacional por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito, como respuesta a que la causa principal de muerte de personas gestantes son los abortos clandestinos, ya que mientras aquellas personas con capacidad económica abortan y no lo confiesan, la franja de muerte se ubica entre las personas más pobres que lo hacen en condiciones precarias. La penalización actual del aborto qui-

Protesta en Buenos Aires, 2018. SOPA Images ►



ta al Estado su responsabilidad de garantizar el derecho a la salud y, en consecuencia, la posibilidad de que cada cuerpo gestante decida sobre su futuro.

A pesar de que el miércoles 8 de agosto, luego de 17 horas de debate —que más que debate pareció, por momentos, escenas de un sainete nacional— a las 2:43 de la madrugada del jueves 9, la Cámara de Senadores rechazó la segunda media sanción de la Ley; a pesar de esto, lo que ocurrió en la calle durante estos meses fue la irrupción de un movimiento que reclama un marco legal distinto. En las afueras del Congreso, los días de la

votación, y desde muy temprano, pibas y pibes se convocaron, se reunieron. Ese miércoles hubo pintadas en las calles, lecturas y recitales, parrilladas y *performance*. Distintos sectores del feminismo, nucleados en esta coincidencia, dieron cuenta también —con las consignas sobre pechos y espaldas, con pechos y espaldas de verde, y coreos de tribu— de una sexualidad inclusiva, del rechazo a los binarismos. El reclamo concreto fue sobre el aborto como cuestión de salud pública, que no sea el Estado el que decida sobre nuestros cuerpos: pero hubo sectores que también plantearon un reclamo más allá, y que alcanza la



Protesta luego del rechazo del Senado argentino a la iniciativa para legalizar el aborto. NurPhoto

definición de persona (y de persona gestante): nuestrxs cuerpxs son polítixs, el campo de batalla. Los senadores rechazaron la media sanción y, encerrados en el recinto, desconocieron lo que ocurría masivamente afuera —en este punto vale anotar que la edad promedio de las Cámaras está por encima de los 55

habitada: puestos, declaraciones, repartija de publicaciones, lecturas. Por Corrientes circulaban y circulaban pañuelos verdes, se colmaron esquinas y bares, en todos lados la tele para ver senadores debatir. Circulamos y circulamos durante horas. Después de la medianoche habló Pino Solanas. Refirió la com-

Durante el debate hubo un diputado que prefirió no hablar: dijo que la voz, para opinar sobre el aborto, debían tenerla las mujeres, y leyó un comunicado escrito por el colectivo de mujeres de su provincia.

años—. Pero la presencia constante y festiva de les pibes en las calles indicó también otra cosa: ahora, la Historia es de ellxs,

antes de las 2:43 am,

subtes llenos de pañuelos verdes, oradores en los patios de los colegios secundarios, talleres con consignas como “varones en deconstrucción”, declaraciones en las entrevistas por la radio, la tele —les pibes decían “les diputades” y los conductores de programas se reían, las chicas se desnudaban frente al Congreso y los conductores se escandalizaban—.

Durante el debate hubo un diputado que prefirió no hablar: dijo que la voz, para opinar sobre el aborto, debían tenerla las mujeres, y leyó un comunicado escrito por el colectivo de mujeres de su provincia. La noche de la vigilia del 14 de junio, mientras esto y más ocurría dentro del Congreso, la calle tuvo una calma expectante que desembocó en la explosión de alegría de las diez de la mañana, cuando se aprobó la media sanción. Pibas festejando sobre avenida Callao, mujeres llorando. El frío y la lluvia vinieron después. El 8 de agosto llovió todo el día, el viento helado apareció en la noche. Avenida de Mayo fue re-

plicidad de la Iglesia con la última dictadura militar argentina, y fue, creo, el único varón de los senadores que comentó una experiencia personal sobre el aborto que tuvo su novia en la juventud. Minutos después habló Cristina Kirchner. Explicó las razones por las que ahora apoyaba el proyecto de ley, y agregó que a la consigna política “nacional, popular, democrática” debe agregarse “feminista”.

Sin embargo, la ley fue rechazada. Por 38 votos a 31. Entre los argumentos que apoyaron esta decisión de rechazo, hubo muchos que se acercaron a lo insólito, que fueron comentados en redes sociales una y otra vez, que lindaron con un verdadero

sainete nacional

ya que en los dos debates se llegó a decir que, en caso de aprobarse esta ley, los países vecinos vendrían a la Argentina para hacer “tour abortivos”, que habrá “un mercado negro de cerebro de fetos”, que a “las perras cuando se embarazan no las hacen abortar”, “que en los países donde hay aborto no nacen los niños”, los infaltables que confesaron no haber leído el proyecto de ley, o decir “sé que las mujeres se mueren”, “pero igual voy a votar por el no”.

La historia es nuestra

Argentina tiene ya dos leyes que son punta de lanza y anclaje para la región: la Ley de Matrimonio Igualitario (2010) y la Ley de Identidad de Género (2012). El crecimiento del movimiento feminista argentino en los últimos tres años ha sido particularmente notable, y en este punto es referencia obligada el Encuentro Nacional de Mujeres que se da desde 1986. Si por lo menos en Buenos Aires, y desde hace veinte años, todos los 8 de marzo, promotores distintos regalaban flores en las esquinas, quizá sea importante reparar en que este año se marchó al centro de la ciudad con la consigna de "Paro general de mujeres". En 2015, la presencia en la marcha tuvo muchos significados: congregarse, reconocerse, sabernos miles. Ahora, el paro implica en específico la dimensión económica, detener la cadena de producción, dar cuenta de que las mujeres, esa población históricamente mal pagada, relegada, agredida, que realiza tareas laborales dentro y fuera de la casa, es justamente la que sostiene con su cuerpo y su trabajo los privilegios cotidianos de los varones. Y esto, en un marco donde se contabilizan cada vez más casos de violencia de género, y donde se visibiliza cada vez más la agresión sistemática y la escalada de feminicidios en América Latina. En este continente, por ejemplo, se estima que el 80% de las personas trans muere por violencia antes de los 35 años. En este sentido, durante la lucha por el aborto legal en la Argentina, varios sectores reclamaron que el aborto no implica sólo a mujeres cis: se trata de garantizar la salud de todos los cuerpos gestantes. "Hay mujeres con penes y hombres con vaginas, el binarismo atrasa", decía la consigna de uno de los carteles en la calle, en las reuniones, y por estos

días. Porque, aunque Senadores haya rechazado el proyecto de ley, los encuentros se continúan

hasta que sea ley.

Vi, en el subte, a varias personas increpar a les pibes con los pañuelos verdes, gritarles que "estaban equivocados". Vi cómo insultaron a un grupo de chicas en Callao y Rivadavia, "asesinas". Una madrugada apareció pintada la fachada de la Fundación Huésped con consignas celestes. Pero a pesar de las tormentas, las reuniones siguen, los pañuelos verdes están presentes. Lo que anda en la calle es una generación nueva, con una conciencia determinada, que se anima a poner en cuestión y reclama un marco legal para su presencia y proyecciones. Hay todavía muchos pañuelos verdes en la calle. Hasta que sea ley. Yo acabo de cumplir cuarenta, y pienso que el feminismo latinoamericano, con su heterogeneidad y sus ensayos (o los feminismos, en realidad), nos está dando una revolución enorme en los últimos años. Su campo de acción es inmediato, se articula desde un ya mismo, desde un ahora, está en la relación con nuestrxs compañerxs, y novixs y padres y jefes. Se trata de una forma de vida distinta (y proponer esta forma como posible para los demás) que dinamite la palabra del macho, que cuestione las prácticas sociales sustentadas en el discurso de opresión. Hacer crisis sobre este discurso y sobre esta práctica es también un modo de vivir. Nuevo. A fin de cuentas, mi abuela tenía casi treinta años cuando se instaló el voto para la mujer en Argentina. Por eso digo nuevo. **U**

EL CHARLES BRONSON MEXICANO

Bibiana Camacho

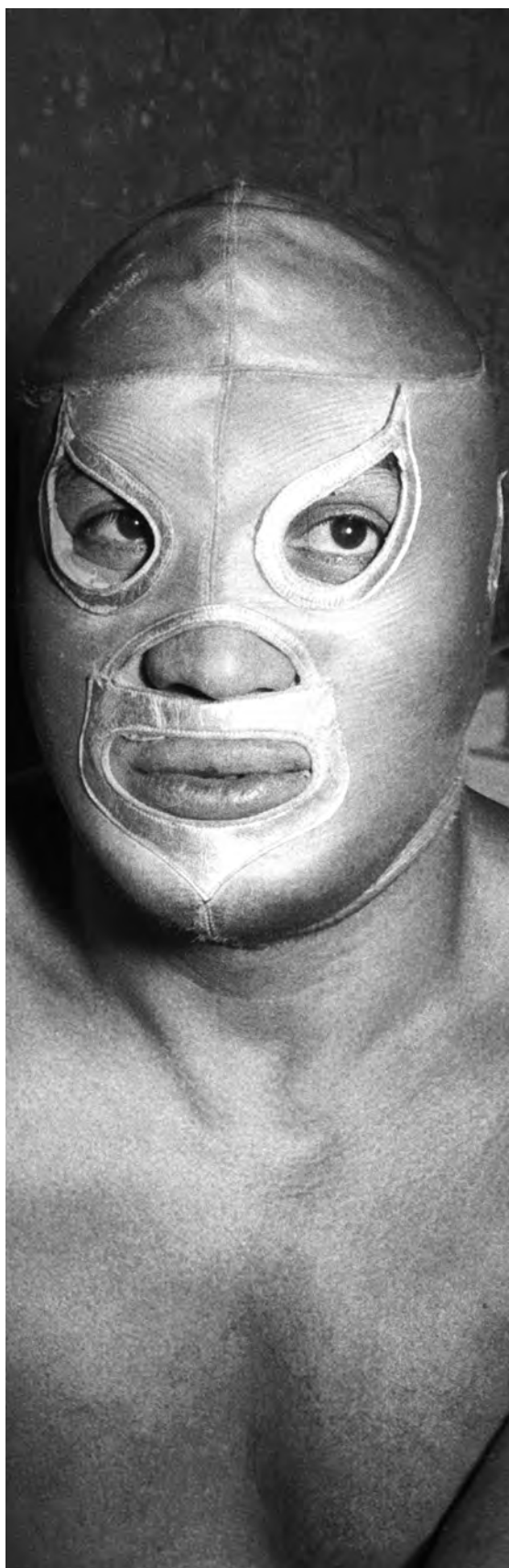
Fueron complicados los inicios de don Ismael —que gracias a su cuerpo y técnica de lucha fue el doble de “El Santo” y gracias a su peculiar rostro el Charles Bronson mexicano—. De sus épocas de gloria queda un gimnasio que lleva su nombre, ubicado en la avenida Francisco Javier Clavijero 35, en la colonia Tránsito.

Un domingo de 1944, cuando Ismael Rodríguez Cruz tenía diez años se quedó esperando a su mamá, que recogería los sesenta centavos que el niño ganaba por vender pulque en la plaza de Bindhó —“piedra musical” en otomí— en Alfajayucan, Hidalgo. Ismael tenía tiempo pensando en lo que habría más allá de esas montañas que se veían a lo lejos y ese domingo abordó un autobús que lo llevó a la Ciudad de México.

Duró siete meses en su primer trabajo como mozo en una casa donde hacía mandados, limpiaba, barría o lo que se ofreciera. Una mañana tuvo un altercado con el niño de la casa, que lo amenazó con una navaja de rasurar. Ismael le hizo un rasguño en el brazo con un cuchillo de la cocina. De inmediato lo echaron. Luego un chofer de autobús le daba para comer por limpiar la unidad donde se podía quedar a dormir, hasta que un día se encontró al esposo de su hermana mayor, que lo llevó a donde vivía su tía Nachita, quien lo recibió y le advirtió:

—Aquí para tragar hay que trabajar, porque se paga renta, se paga luz, se paga agua, todo.

El Santo. Imagen de archivo ►



Ismael se empleaba en lo que podía: albañil, pintor, en talleres de hojalatería y criando pollos. Luego trabajó en un taller de zapatería. Durante cuatro años se levantó a las cuatro de la mañana para ir por pan a El Pilar —en Pino Suárez— y después por masa a un molino en la calle de Nezahualcóyotl y 20 de noviembre. En cuanto terminaba de desayunar, abría el taller que cerraba hasta pasadas las nueve de la noche. Un día, en 1950, se topó con una ventana abierta por donde se veía una televisión que proyectaba lucha libre. En ese instante decidió lo que quería hacer el resto de su vida.

Al día siguiente le preguntó a don Fidel, el dueño del molino, si tendría trabajo; el horario de 5:00 a 11:00 de la mañana resultaba atractivo. De inmediato lo contrataron. Ismael nunca estaba pasivo, si los demás empleados no habían llegado, él ayudaba a lavar el maíz, aco-

modar las piedras y echarle el nixtamal a la toloa. Entonces ingresó a la escuela Melchor Ocampo en Coyoacán y al gimnasio San Francisco en la colonia Independencia.

Su primera experiencia arriba del ring fue una "zoquetiza". Observaba a dos luchadores y uno de ellos —luego se enteraría de que era el "Pumita" Valderrama— lo retó:

—¿Qué? ¿Quieres jalar?

—No, pus quiero aprender —Ismael contestó entusiasmado y se subió al ring para suplicar a los pocos minutos que ya, por favor, lo dejara. El luchador lo bajó de una patada y le dijo que regresara al siguiente día. Ismael regresó. Ni adolorido estaba de la emoción por aprender.

—¿Qué pasó? —Preguntó "Pumita".

—Nada.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.



Ismael Rodríguez Cruz

—Pues súbase otra vez. Sumiso, Ismael subió de nuevo sólo para que le dieran otra “zoquetiza”. Llegaron cuatro luchadores, entre ellos el “Huracán” Olivera, que le dijo al “Pumita”:

—Carajo, si no le enseñas, ¿para qué lo madreas? Esto no es un juego.

La única condición que puso el “Huracán” Olivera para enseñarle fue constancia, abstinencia de alcohol y cigarro, y que comiera bien.

nes graves. Entrenó durante cinco años antes de subirse a un ring en 1955. Debutó como el “Molinero” Cruz en un corralito de la colonia Nativitas que pertenecía al luchador Pepe “el Toro”. No usó máscara y ganó; le dieron diez pesos.

Tuvo varios nombres: El “Cachorro” Ramírez, La “Pantera Blanca”, “Pancho Pantera”. Es una lástima que la empresa que ostentaba los derechos del último, a la que pidió permiso

La carrera de Ismael al lado de “El Santo” inició cuando René Cardona le preguntó a Daniel Aldana si conocía a alguien que pudiera doblar al “Profe”, como le decían a “El Santo”, en escenas riesgosas.

Tomó tan al pie de la letra las recomendaciones que la única vez que Ismael se puso una borrachera fue con cerveza y la cruda le duró tres meses.

Gracias a los consejos de un compañero que le dijo: “Mira, para ser luchador primero hay que parecerlo, y tú te pareces a la Pantera Rosa”, cambió su alimentación. A las 6:00 de la mañana, un litro de leche, cinco piezas de pan y seis huevos tibios. A las 9:30, dos tortas de nata y un litro de café con leche. A las 11:30 un kilo de costillas asadas y ocho tortillas. Antes de entrar a la escuela de alfabetización comía sopa, guisado y frijoles. A las 21:30, también cenaba sopa, guisado, frijoles. La Pepsi-Cola nunca faltaba.

Su entrenamiento de 1:00 a 5:00 de la tarde era riguroso: lagartijas, dominadas en barra, barras con peso, brazo, press. Pronto adquirió un cuerpo voluminoso y musculoso: mide 1.71 m y llegó a pesar 96 kilos. Uno de los méritos de su entrenamiento es que desde el inicio le enseñaron a rodar y caer; después de más de 47 años de carrera no tiene lesio-

para su uso, no se lo haya otorgado. El argumento fue que buscaban un súper héroe para enganchar a los niños. Jamás lo lograron. El luchador “Pancho Pantera” hubiera sido el ideal. Ante la negativa, a Ismael no le quedó más remedio que cambiar a “Rebelde Rojo”, que el 17 de abril de 1977 en el Toreo de Cuatro Caminos perdería la máscara ante “Ultramán”, pero ganaría el nombre y la personalidad con la que se consolidó como luchador. En cuanto perdió la máscara, el público comenzó a gritar con timidez y luego con ímpetu: “Charles Bronson, Charles Bronson, Bronson, Bronson...”. A partir de ese momento, su nombre, personalidad y estilo fueron del Charles Bronson mexicano. Don Ismael reconoce que fue su mejor nombre, con el que tuvo la mayor aceptación.

La carrera de Ismael al lado de “El Santo” inició cuando René Cardona le preguntó a Daniel Aldana si conocía a alguien que pudiera doblar al “Profe”, como le decían a “El Santo”, en escenas riesgosas. Aldana no lo dudó y llamó a Bronson, conocido por sus caídas con las

piernas tiasas, el rebote en el ring, los agarres y las derribadas tan parecidas a las de "El Santo". El 24 de junio de 1966, día de su cumpleaños, Ismael llegó a las Pirámides de Teotihuacán para grabar la película *El tesoro de Moctezuma*. Filmaría aproximadamente nueve.

Su carrera cinematográfica como el Charles Bronson mexicano incluye películas como *Anónimo mortal*, *Oro negro*, *Magia negra* y *Los asaltantes*. Además, fue el comparsa ideal para los espectáculos de defensa personal con "El Santo". El Bronson simulaba secuestrar a una voluntaria del público, sólo para ser despojado de la dama e inmovilizado por "El Santo". Poco después, "El Santo" invitó a su gran amigo "Blue Demon" y, aunque el Bronson mexicano seguía participando, perdió protagonismo al lado de los dos luchadores más populares del país.

En 1980 compró un terreno donde construiría su hogar en la avenida Francisco Javier Clavijero, en 1985 compró el molino de al lado. El 27 de septiembre de 1992, cinco años antes de retirarse definitivamente de la lucha, abrió el gimnasio Charles Bronson Mexicano debajo de su vivienda, donde hasta la fecha ofrece entrenamiento de lucha libre, pesas, zumba, tae kwon do y box.

Bronson platica animado y sonriente detrás de su escritorio a la entrada del gimnasio cómo casi lo linchan en Xochimilco porque un aficionado trató de defender al contrincante y él lo aplastó con su cuerpo. Aunque ganó la lucha a la buena, el público le lanzó una lluvia de proyectiles; además, dos policías lo esperaban en el vestidor. Sin embargo, la gente tiró la puerta y una ventana del camerino y los policías salieron corriendo. Ismael logró llegar a un auto en el que su hermano lo esperaba y escaparon con un medallón roto.

En Querétaro lo bajaron del ring y un asistente de primera fila lo pateó; Bronson, en respuesta, lo cacheteó y le provocó que le sangrara el oído. Otro espectador le dijo: "no le pegues", y Bronson contestó: "que no se meta conmigo", y le dio un golpe en el plexo. El luchador no tenía idea que se trataba del jefe de la policía y continuó con el espectáculo. Al terminar la pelea lo llevaron a la delegación, el Ministerio Público le preguntó su nombre y él insistió: "Pancho Pantera", sin revelar su verdadera identidad. Estuvo dos horas encerrado hasta que llegó el jefe de la policía e hicieron las paces con un apretón de manos.

Para Ismael, la lucha libre actual ha perdido su encanto. La gente entrena poco y de inmediato sube al ring. Él entrenó durante seis años y aprendió caídas y rodadas para que la lucha fuera más real. "Ahora son muy faramallosos y encimosos, luego luego se lastiman porque no saben caer ni meter las manos", afirma. Ningún luchador contemporáneo le gusta.

Para este luchador veterano tanto el técnico como el rudo deben desarrollar sus habilidades para dar un buen espectáculo. Ismael sabe de lo que habla: luchó en ambos bandos durante su larga trayectoria. "No es fácil", dice, "ora los muchachos no aguantan, les das un manazo y no les gusta; uno está ahí para golpearse, no para hacer puras acrobacias, están mal preparados y dan espectáculo como de payasos, no de gladiadores".

Don Ismael, a sus 84 años, sabe que los tiempos han cambiado, pero abre su gimnasio —cuyas ventanas exteriores exhiben fotografías de sus mejores tiempos— con disciplina férrea de lunes a viernes de 6:00 am a 9:00 pm y los sábados de 8:00 am a 6:00 pm. **U**

EL PARAÍSO PERDIDO: PASEO POR LOS CENTROS COMERCIALES

Julietta García González

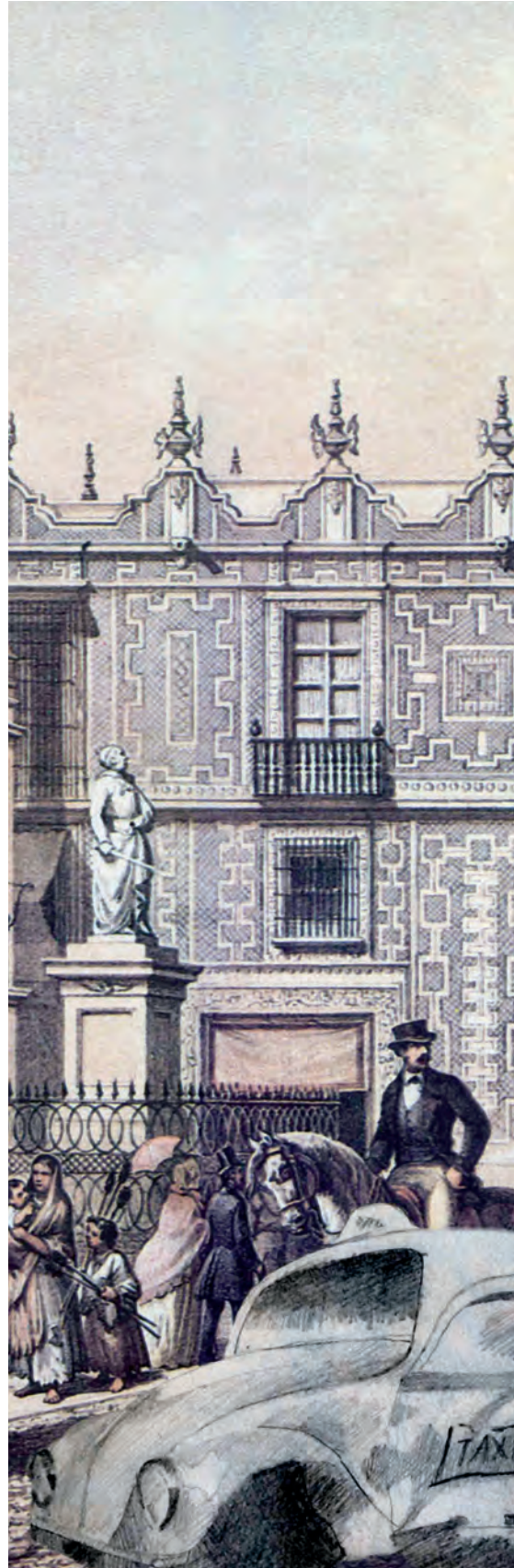
En el corazón urbano de la Ciudad de México se encuentra el Estadio Azul. La colonia que rodea al edificio, y a la Plaza de toros Monumental de México, lleva como nombre Ciudad de los Deportes porque a inicio de la década de los cuarenta, un empresario yucateco llamado Neguib Simón Jalife compró más de un millón y medio de metros cuadrados para llevar a cabo una fantasía deportiva. Habría, donde antes estuvieron una ladri-llera y el rancho de San Carlos, desde albercas hasta boliches y arenas para box, restaurantes y jardines.

En 1946 se estrenaron tanto el estadio como la plaza de toros (el coso más grande del mundo, a la fecha). Jalife encajaba en un momento en que los empresarios y los políticos tenían enormes aspiraciones y pensaban realizarlas a través de obras públicas que dejaran a la posteridad saber de su grandeza.

Con los años, la zona se transformó a la par que la visión de lo que se atesora en una ciudad y en un país: ahora, el Estadio Azul se convertirá en un centro comercial.

Los espacios donde se congregan las personas reflejan la idea que de sí mismas tienen las sociedades. Suelen ser los lugares en los que se vierten las creencias y las obsesiones colectivas, las filias y las fobias. Occidente construyó, durante siglos, plazas en torno a templos e iglesias. En las plazas se ejecutaban los castigos ejem-

Nadia Osornio, intervención a Plaza de Morelos ►





Nadia Osornio, intervención a Plaza de Armas

plares: la pica, la guillotina, el cadalso y el flagelo estaban ahí. Pero también eran el lugar para las alegrías y celebraciones: a ellas entraban triunfales los ejércitos para ser admirados y aplaudidos por todos. Las fiestas más notables de los pueblos se celebraron siempre en las plazas públicas, al amparo de un templo, un edificio gubernamental y sitios para disipar las penas y llenar el estómago.

Cuando nacieron los centros comerciales como los conocemos hoy en día, la idea del mundo se había transformado. Fue en 1956, con la inauguración del Southdale Center en Edina, Minnesota, que nació el centro comercial del que se desprendería el resto. Era la posguerra y sucedía en Estados Unidos; es decir, era el futuro con techos y paredes. No había en el horizonte cambio climático, defaunación o migraciones masivas. Las desgracias eran el pasado, lo que venía era el bienestar. Las ciudades norteamericanas se proponían como modelos a seguir, con sus anchos caminos para autos y ciudades satelitales llamadas "suburbios" para vivir sin los rigores urbanos.

Ese entorno fue propicio para que el arquitecto Víctor Gruen —un refugiado judío, austriaco, nacido en 1903— pusiera en práctica una idea que le rondaba la cabeza. En vista de que estas ciudades y sus satélites no tenían zonas de reunión como las de Viena, su ciudad natal, decidió apropiado "dar el espacio necesario y la oportunidad de participación en la sociedad comunitaria moderna que tuvieron el ágora griega, el mercado medieval y las plazas públicas del pasado".

Gruen, que se definía a sí mismo como socialista, hizo un diseño con fuentes, áreas verdes y algo semejante a una plaza que bien podía servir para congregarse a las personas. Muy pronto, el centro comercial comenzó una vida propia, alejada de la idea socialista de su creador y del ideal de la plaza pública.

Jorge Lizan, director de Lizan Retail Advisors, una firma de consultoría para centros comerciales, escribió en 2010: "Los centros comerciales seguirán incrementando la importancia social que tienen como equipamiento

**Los nombres de las nuevas
plazas evidencian lo que sucede:
se bautizan como "parque",
"terraza", "paseo", "patio" y hasta
"oasis", aludiendo a su carácter de
sustitutos del espacio público.**

urbano de las ciudades mexicanas que carecen tanto de espacios públicos y de esparcimiento. Será cada vez más común ver entretenimiento y eventos en los centros comerciales de nuestro país". Concluye su nota augurándole al menos "otros 45 años como una industria boyante y exitosa" a ese conglomerado de opciones para el consumo.

Según Scott Beauchamp en el ensayo "Shopping for the Sublime", publicado en el *American Affairs Journal* (verano del 2018), los centros comerciales de Gruen "murieron casi tan rápido como nacieron": "En 1990, diecinueve malls abrieron en Estados Unidos. En 2007, por primera vez desde mediados del siglo pasado, ningún mall regional se construyó". Beauchamp lo atribuye en parte a los costos de manutención de un centro comercial y a la diversificación de tiendas de autoservicio como Walmart y Costco. Estas tiendas son más baratas de manejar, mantener y resurtir que los centros comerciales tradicionales, y los compradores encuentran ahí desde atún enlatado hasta joyas.

Nuestro primer centro comercial fue Plaza Universidad. Inaugurado en 1969, era la cristalización del sueño de modernidad al que México no le hacía el feo desde que Porfirio Díaz gobernó estas tierras. En las décadas previas, cientos de monumentos históricos que databan de la época colonial fueron arrasados. De los años treinta a los sesenta desaparecieron del mapa manzanas enteras en Guadalajara, Monterrey, Tijuana, Veracruz y la Ciudad de México: se fueron atrios de iglesias, parques añosos, casas solariegas, jardines botánicos, sitios que hoy se considerarían patrimonio intocable. En su lugar crecieron avenidas, edi-

ficios "modernos" y establecimientos de servicios particulares.

Aunque Gruen ya había puesto en práctica su fantasía, el arquitecto a cargo de Plaza Universidad buscó una salida distinta a la del austriaco. Se trataba de Juan Sordo Madaleno. En su diseño había una auténtica "plaza" en medio de la construcción: un espacio abierto, escalonado, en el que se colocaron fuentes y plantas.

El entonces regente capitalino Alfonso Corona del Rosal declaró, sin ningún género de duda: "Este centro constituirá el descongestionamiento de las actividades comerciales en el primer cuadro de la ciudad. Estos centros desplazan el comercio a diversos rumbos y la descentralización de actividades es buena en todas las partes del mundo". Muy pronto se planeó una segunda plaza que tendría cabida en el suburbio llamado Satélite en un ejercicio de realismo (Plaza Satélite se inauguraría en 1971). El entonces Distrito Federal crecía como un monstruo y, a pasos más moderados, crecía la clase media. Era la combinación perfecta para garantizar el éxito de los centros comerciales.

El "Efecto Gruen" es esa sensación que posee a los visitantes de una plaza comercial de grandes dimensiones: no se sabe bien si es de día o de noche, si se está andando en círculos o cuántas horas han pasado desde el arribo. Hay una disociación con la realidad que

dura mientras las personas se entregan al consumo y que se debe a una serie de factores planeados por el vienes con mucho detalle y perfeccionados con el paso del tiempo. Para empezar, son lugares cerrados, con clima controlado; hay música de fondo o ruido blanco; la iluminación artificial se mantiene estable, sin que la afecten los cambios externos; hay lugares para comer e instalaciones sanitarias. Se bastan a sí mismos, pues.

A partir del ideal de Gruen, los centros comerciales abrigaron dos importantes espacios que dan cuenta de los valores que protegían: un enorme estacionamiento y un sitio para el solaz. El primero surgió porque en Estados Unidos eran parte de las afueras de la gran ciudad. El segundo es un lugar de entretenimiento que llena un vacío. Cuando Gruen creó los *malls*, las televisiones transmitían apenas un par de programas al día, así que eran necesarios pianistas que emulaban a Liberace, bailarines, actores, magos y payasos.

Entre 1946 y 1947, Diego Rivera pintó *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*. El mural reflejaba la oferta multitudinaria de la Alameda: el globero y La Catrina, oficiales y ricos, niños y ancianos, caramelos y un caballo se dan cita en el mismo lugar para gozar del tiempo libre. Es la representación colorida de una realidad porque las plazas públicas son así, espacios para actividades al aire libre, a veces espontáneas, a veces tradicionales. La trayectoria del sol en la bóveda celeste determina el paso del tiempo y la experiencia se relaciona con las personas, el ruido, el polvo y los elementos.

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), las personas deben tener a su disposición entre 9 y 16 metros cuadrados de áreas

verdes para estar saludables y desarrollarse bien. La Ciudad de México ofrece en promedio 5.3 metros por habitante. Hay un patrón semejante en otras ciudades del país: se talarán árboles para elevar edificios, se eliminan camellones para dar paso a estacionamientos, se tienden avenidas sobre los lechos de los ríos. La apuesta no es por barrios caminables y arbolados, en los que convivan cantinas con boutiques, tlapalerías con parques, estanques con oficinas. Al contrario: se entuban hasta los arroyos, se desgajan los cerros, se muele la herencia arquitectónica, se pueblan los bosques... Nada hay más favorable que esto para el desarrollo de esa felicidad vaporosa y cara que ofrecen los centros comerciales.

Los nombres de las nuevas plazas evidencian lo que sucede: se bautizan como "parque", "terraza", "paseo", "patio" y hasta "oasis", aludiendo a su carácter de sustitutos del espacio público. Sin auténticos parques, paseos y oasis, las personas acuden en tropel a estos centros que se multiplican como los panes y los peces. Según Rafael Cabrera en una nota para Aristegui Noticias: "Durante los últimos 12 años se han construido un total de 108 nuevas plazas a lo largo de toda la capital".

El Estadio Azul no será el único recinto deportivo en desaparecer para dar cabida a una plaza comercial ni el último espacio con carácter más o menos público en caer, pero sí será un emblema de lo que pudo haber sido. Y cuando deseemos un espacio común, un área abierta que nos devuelva humanidad, podremos pensar en cómo han cambiado nuestras aspiraciones colectivas: estarán ahí las tiendas de cadena como recordatorio. **U**

Arnulfo Aquino, pieza de la ofrenda
Tlatelolco 68. Xilografía cortada con láser
para impresión a manera de rompecabezas ►



CRÍTICA

AL PIE DE LA (NUEVA) LETRA

POESÍA EN LENGUAS MEXICANAS CONTEMPORÁNEAS

Hermann Bellinghausen

Algo tan emocionante como el surgimiento de una nueva literatura en México —de hecho, un haz de nuevas literaturas— sigue pasando inadvertido para la cultura dominante; si se percibe es como curiosidad digna de cuota “étnica”. Críticos, autores, historiadores y lectores miran de reojo, prefieren ceñirse a los poetas aztecas de la mano de Miguel León-Portilla y, cada vez menos, Ángel María Garibay K., o van al *Chilam Balam* o el *Popol Vuh*. En el fondo no les interesa lo que experimentan las lenguas indígenas, ni lo que en ellas se crea. No obstante, las instituciones comienzan a darles importancia. Eso sugiere la creciente cantidad de premios literarios, becas y financiamientos para autores de los pueblos originarios.

El actual momento proteico comienza en 1980 y cobra impulso la década siguiente. Hoy se escribe literatura, con frecuentes logros poéticos y expresivos, en al menos diez lenguas, más antiguas que el castellano y bastante vivas en el siglo XXI. Por lo menos en otro tanto se han creado textos memorables durante los pasados veinte o treinta años. Se escribe en la mayoría de las lenguas mexicanas (al menos 56 según el criterio tradicional; hoy serían hasta 70 por las variantes mayores y las lenguas mayas que el exilio trajo) con fines literarios, educativos, de recopilación de la tradición oral; también burocráticos, demagógicos, de proselitismo religioso.

Las lenguas mexicanas existieron un milenio o más sin manifestación escrita conocida. Casi todas fueron ágrafas, parte de una vasta civilización campesina que, si bien fue lapidada, incendiada y casi destruida, pervive en nuestras tierras. Tres fueron escritas desde el siglo XVI por su importancia política, demográfica, religiosa y cultural: náhuatl, maya y zapoteco fueron trasvasados a la escritura latina. Para Sor Juana Inés de la Cruz resultaba natural escribir canciones en náhuatl, hablado entonces por casi toda la población en la capital de Nueva España. Sin embargo, a diferencia del guaraní en Paraguay y del quechua en Perú, las lenguas de México no fueron aprendidas por los criollos ni conservadas por los amestizados. Permanecieron en uso exclusivo de los pueblos.

No debe ignorarse la cohabitación de predicadores, etnólogos y lingüistas con estas lenguas invisibles. Durante el siglo XX tuvieron mu-

cho que ver con la emancipación de los pueblos originarios. No sólo se dedicaron a reducirlos, domesticarlos, convertirlos. Los estudiaron con interés, respeto y, a veces, compromiso. Un papel controvertido lo han jugado los maestros bilingües, formados y administrados por el gobierno desde Lázaro Cárdenas. Debían ayudar a la integración nacional. Según muchos, su efecto es contrario a la conservación de las lenguas. Hacia 1940 nace el Instituto Nacional Indigenista y se implanta el Instituto Lingüístico de Verano con el proyecto de divulgar las escrituras cristianas traducidas del inglés. Para defender su clientela, los misioneros católicos buscan escribir los Evangelios en la lengua de sus parroquias.

La chamana mazateca María Sabina, analfabeta, fue una poeta mística de alcance universal. Hecha famosa por Gordon Wasson y Fernando Benítez en los años sesenta, sus cantos se divulgaron gracias a su traductor y biógrafo Álvaro Estada en 1981. Por las grabaciones magnetofónicas se sabe que María Sabina, al cantarles a sus “niños”, crea idioma, construye frases inusuales y metáforas inspiradas, carga de nuevo sentido las palabras de siempre. ¿Qué, si no, hacen los poetas?

En los años ochenta, “laboratorios” de idioma establecidos por lingüistas canadienses y mexicanos en las regiones centrales del país estimulan la recolección de historias y conocimientos orales en la Sierra Norte de Puebla en nahuatl (variante del náhuatl) y ponen su escritura en las manos de los propios indígenas. Gracias a las computadoras, la población tiene acceso al conocimiento escrito, aún imperfecto, de su propio idioma. En Ixmiquilpan, Hidalgo, la experiencia se extiende al ñahñú gracias a Jesús Salinas Pedraza, autor ñahñú que publica en 1992 un ensayo clave: “La computadora y sus aplicaciones en la escritura de las lenguas indígenas”. Por motivos diversos —educación, activismo político, religión o mera inspiración—, en Chiapas, Oaxaca, Tabasco y Yucatán decenas de personas toman la pluma y escriben poemas, obras de teatro, ensayos. Los pueblos se vieron de pronto en posesión de un instrumento que se les había negado. Algunas lenguas originarias emplean con mayor naturalidad el alfabeto convencional, y establecen nuevas convenciones fonéticas para sonidos, vocales y consonantes.

En 1994, los pueblos mayas de Chiapas se levantan en armas con su Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y ponen las demandas indígenas en el centro del debate nacional. Ya existe una expresión indígena significativa en el centro y el sur de la República; con la difu-

sión de los mensajes zapatistas se disemina en castellano la sintaxis tseltal, tsotsil, tojolabal y en menor medida ch'ol. Se ensaya la traducción fiel de un pensamiento muy otro, vivo y mexicano. Aunque no todos los pueblos del país se identifiquen con el procedimiento de los rebeldes, todos se reconocen en sus demandas. El "modo zapatista" de expresión fue asimilado por escritores y dirigentes indígenas, lo mismo que sectores de la izquierda militante. No siempre de manera afortunada, pero adquirió innegable presencia. Pronto fue un estímulo más para escritores en otras lenguas. Uno de ellos, Juan Gregorio Regino, maestro y poeta mazateco, simplemente amplió su registro con el influjo zapatista. Él mismo propuso un corte de caja en ese momento:

Por su contenido y mensaje la literatura tiene su propio valor como tal, pero si se escribe en lengua indígena adquiere otra dimensión. Lingüísticamente rompe con viejos mitos y prejuicios al tener acceso a la imprenta y a las computadoras que, en otros tiempos, eran exclusivamente para las lenguas dominantes. Uno de los méritos más importantes que tienen los escritos indígenas es lograr que sus lenguas compartan, con la lengua oficial, los medios impresos: están abriendo terreno para que las lenguas indígenas tengan acceso a los medios de comunicación. [...] El proceso de formación de los escritores indígenas contemporáneos no se da en las universidades ni tampoco es parte de un proyecto institucional indigenista, sino que es producto de los movimientos de resistencia, autodesarrollo y toma de conciencia. Muchos de estos escritores viven en el anonimato, no estudiaron formalmente para ser literatos, muchos de ellos son profesores de educación primaria o preescolar, capacitadores o promotores del desarrollo comunitario, su trabajo obedece a las propias necesidades de la cultura que se vive. [...] El renacimiento de la literatura indígena no es un fenómeno aislado del resto de los movimientos populares, está vinculado, estrechamente, con los sectores que demandan democracia, autonomía, autodeterminación y un espacio digno y representativo dentro del contexto nacional" (*Letras indígenas*, número 6, suplemento de la Dirección General de Culturas Populares en Ojarasca, julio-agosto de 1994).

La masa crítica de producción literaria en nuestras lenguas da motivos para saludarlas con admiración. Carlos Montemayor apuntó que "muchos magníficos poetas indígenas de México y del continente" inician "un nuevo *Canto general* que Neruda hubiera celebrado, porque proviene de las más antiguas y nuevas palabras de nuestras tie-



Códice Xólotl, lámina IX

rras continentales" (*La literatura actual de las lenguas indígenas de México*, Universidad Iberoamericana, 2001.)

Noam Chomsky reflexiona sobre la erupción de la escritura en las lenguas de México, particularmente Oaxaca: "Para empezar, la tradición letrada ocupa una pequeña parte de la historia humana. La mayoría de las culturas crecieron, sobrevivieron, florecieron con un porcentaje muy menor, o ninguno, de población letrada". Cita la agricultura indígena, "altamente sofisticada", un conocimiento que no está en los libros pero es más productivo que el "científico". "Y todo este conocimiento se ha desarrollado y sobrevive sin escritura. La escritura tiene sus tremendas ventajas, no hay razón para que no se aproveche para incorporar lo logrado, tal como las historias bíblicas fueron finalmente escritas, recopiladas de una tradición de siglos. Lo mismo la literatura clásica de Grecia y, de hecho, bastantes más". (*Resistance and Hope*, 2010.)

Algo similar había escrito Mario Molina Cruz, poeta binizáa: "Parece que la globalización ha doblegado nuestras lenguas originarias. Lo que se ignora es que las lenguas de México tienen raíces en los cerros, en los ríos, en las tradiciones, tiene raíces incluso en el viento. Nuestras lenguas están sembradas en la tierra, resurgen como las estaciones del año, aunque se acerquen prolongadas sequías, la primavera vive en el corazón de la madre tierra". (*Ga' bi'yalhan yanhit benhii ke will/Donde la luz del sol no se pierda*, *Escritores en Lenguas Indígenas*, 2001.)

La suma de elementos sinérgicos y explosivos ha generado un escenario complejo y esperanzador para la escritura en lenguas originales. Una nómina, así fuera provisional, de autores relevantes de estos años sería incompleta, aun si registrara el boom de poetas tsotsiles, algunos de veras brillantes. La narrativa tseltal tiene al menos tres

cuentistas entre los mejores del México contemporáneo. La poesía y la reflexión nahuas crecen en Anáhuac y las sierras de Veracruz, Guerrero y Puebla. Las lenguas de Oaxaca se abren paso en la selva de las palabras. En su península, los poetas mayas siguen justificando el entusiasmo inicial de Carlos Montemayor, que en 1999 escribió: "Es necesario recordar que México es también el alma de esos idiomas [...] esos pueblos, esos idiomas profundos y nítidos, son los que mejor podrían decirnos ahora qué es México, qué no hemos descubierto aún de nosotros mismos".

No existe, ni hace falta, un canon de la literatura en lenguas indígenas. Ayudaría tal vez un mapa. La identidad cultural de México se desgarró entre violencia, migración forzada, desinformación, despojo territorial, acumulación insultante de riquezas por unos cuantos, corrupción generalizada de políticos, policías y grandes empresas. Qué tal que un antídoto contra la desvergüenza y el autoritarismo fuera el cantar paciente, antiguo y moderno, diferente y nuestro, de las lenguas mexicanas. Antecedentes al castellano en estas tierras, y cinco siglos después de que fueron "suprimidas" siguen irreductibles, y en su cantar nos hablan. **U**

USOS RUDIMENTARIOS DE LA SELVA

JORDI SOLER

AUTOBIOGRAFÍA DEL ESPACIO

César Tejeda



Alfaguara, México 2018

Jordi Soler ha escrito dos libros alrededor de La Portuguesa, una finca cafetalera fundada por refugiados españoles cerca de Córdoba, en Veracruz, donde creció. Primero la novela *La última hora del último día* (RBA, 2007) y recientemente el libro de relatos *Usos rudimentarios de la selva* (Alfaguara, 2018). Si el primero es una búsqueda de la memoria del exilio español en una de las tierras más inhóspitas que éste pudo habitar —la boscosa Sierra Madre Oriental mexicana—, el segundo es un elíptico paseo en terracería que surca la selva y su, digamos, feroz magisterio: "La selva nos había enseñado, desde siempre, que matar era un error a menos que lo hicieras para que no te mataran a ti".

Dejemos de lado que la situación que motiva los dos libros resulta extraordinaria en sí misma, que todos los acontecimientos que se de-

rivan del hecho de que un grupo de refugiados catalanes decidiera fundar una plantación de café en Veracruz —a la espera de la muerte de Franco— resultan, por fantásticos, suficientes para un proyecto narrativo. Los dos libros, pienso, coinciden en un hecho que trasciende lo anecdótico: la manera en que el narrador deja de observarse a sí mismo para atender al entorno, o dicho de otra forma, la forma en que el narrador se estudia a sí mismo —pero en segundo plano—, a través de su observación del espacio: “yo era un niño de diez años que desaparecía todas las mañanas, que se iba de la plantación a caminar por la selva sin que nadie se preguntara dónde estaba, así se vivía ahí, sin ninguna preocupación, era la única forma de subsistir a ese entorno hostil, no pensando en todos los peligros que acechaban a un niño en la selva”.

Aceptemos una premisa: la vida, a pesar de su ineludible organización temporal, es caos y arbitrio. Alguien podría contar el relato de sus días a partir de un riguroso calendario, y eso no bastaría para hacer un relato afortunado. Acaso la más importante de las paradojas que enfrentan los autobiógrafos es que las traiciones de la memoria no representan el mayor de sus obstáculos; lo representa, en cambio, el tiempo, que no basta para ordenar ninguna vida, o por lo menos no de la forma en que aspiraran a estar organizados los relatos.

En ese mismo camino, la mayor argucia de los textos autorreferenciales no consiste en tergiversar la realidad ni la memoria, consiste en inventar una realidad que está siempre unida a otra cosa: que el narrador se revele paulatinamente a partir de una existencia exterior: otra persona, un vicio o un lugar, por mencionar algunos ejemplos. En resumen: algo que existe a pesar del narrador que ordena el relato y de su vida, y que concede verosimilitud a la historia.

Yo había comenzado a trabajar en dos proyectos de manera paralela, uno en torno al exilio español en México y otro sobre las autobiografías; como parte de las preparaciones del primero había comenzado a leer *La última hora del último día*; al inicio, subrayaba aquellos pasajes que referían cómo las familias de republicanos enfrentaban el exilio en la selva veracruzana, cómo uno de los personajes, por ejemplo, izaba una bandera republicana en un asta clavada frente a su casa, porque “La Portuguesa era su país en el exilio, su República, su Cataluña, la España que les quedaba”; o ese pasaje memorable en el que el narrador evoca su afición por el Barça y Johan Cruyff, y cómo podían seguir los resultados de la liga española gracias al dueño gallego del periódico del vecindario más cercano, que por amabilidad con las fa-



Cafetales. Imagen de archivo

milas catalanas publicaba el resultado del partido del Barça en medio de las noticias de la liga regional de béisbol: “con mucha frecuencia se trataba de resultados que habían tenido lugar una o dos semanas antes, es decir, que el triunfo o la derrota del equipo llegaba hasta nosotros cuando ya los culés de Barcelona la habían celebrado o digerido, y quizá olvidado porque ya iban dos partidos más adelante. El fenómeno se parecía al de las estrellas, que brillan de noche con una luz que viene de tan lejos”.

Luego, conforme avanzaba en mi lectura, el exilio —a pesar de su excepcional existencia— comenzaba a ser tragado por la selva, que primero imponía sus condiciones, hasta que terminaba por reclamar un inevitable protagonismo; el espacio organizaba el relato con mayor vitalidad y precisión que el tiempo, e incluso con mayor precisión que la genealogía de los protagonistas. Mis subrayados, entonces, dejaron de atender, paulatinamente, el asunto del exilio, y cuando llegué a *Usos rudimentarios de la selva* sólo marcaban la memoria del narrador, esa que a empujones trataba de quitarse la maleza de encima para dar voz y dirección a sus relatos: “Recordé una línea que había leído, hacía poco, en un cuento: ‘una fuerza sorda que absorbía toda la luz’, y pensé que esa fuerza sorda era la selva”. O: “en esa selva no había piedad para nadie, no había forma de escapar de su permanente tiranía”.

El mejor cuento de *Usos rudimentarios de la selva*, “Rencor”, trata sobre la relación entre el narrador y Fulgencio —el caporal que dirige a los peones de La Portuguesa—. Transcurre durante un aguacero, cuando se vuelve imperioso hacer una represa para que el río que baja del volcán no se lleve una buena parte del cafetal. El narrador decide que

debe ayudar a Fulgencio y al resto de los hombres a hacer la represa, sin advertir que su decisión, que en principio atribuye a un buen líder, restaría autoridad al caporal, que terminaría por sentirse usurpado de su jerarquía. Incluso en esa relación entre jefe y subordinado, ya compleja debido a cientos de años de historia de relaciones entre España y América, y décadas de historia de relaciones humanas en La Portuguesa, la selva impone su rigor: mientras que todos forman una cadena para pasarse las piedras con las que hacen la represa, con el agua hasta la cintura, el narrador advierte la mirada del caporal, que lo espía esperando el momento en que pierda el piso: "No era cierto que explotábamos a nadie pero a sus ojos sí lo era, y no había forma de convencerlo de lo contrario, por eso estaba yo ahí, pasando una piedra tras otra, con medio cuerpo metido en el río, mordisqueado por los cangrejos".

Soler escribió que los acontecimientos adquieren una lógica contundente una vez que han sucedido, una vez que pueden ser vistos en retrospectiva. Mientras suceden, en cambio, requieren de una lógica de naturaleza más flexible. En este caso la selva, a pesar de su innegable contundencia, de su indiscutible realidad, es también un artificio. **U**

A QUÉ VOLVER

MÓNICA LAVÍN

LA TEORÍA DEL CUENTO COMO ALKA-SELTZER

Mariano del Cueto

De su prolífica y abundante carrera cuentística —diez libros, entre los que destacan *Ruby Tuesday no ha muerto* y *Manual para enamorarse*, aparte de varios ensayos en torno al género—, la escritora Mónica Lavín seleccionó los más entrañables o más armónicos en conjunto para esta antología.

Llegar a este punto —un trecho de treinta años entre "La navaja" e "Inés no da entrevistas", ambos cuentos incluidos en el volumen— es validar suficientes horas de vuelo, de la misma manera en que Julio Ramón Ribeyro justifica en el prólogo a *La palabra del mudo*, la compilación de sus cuentos completos, que puede hablar del género porque lleva media vida practicándolo.



Tusquets, México, 2018

Esta publicación engloba dos peculiaridades, ambas de género: tanto sexual como literario. Es decir, se trata de cuentos, por un lado, y escritos por una mujer, por el otro. El cuento, cuando no se piensa en Edgar Allan Poe o en las revistas estadounidenses que publicaban a Raymond Carver, John Cheever o Truman Capote, no tiene el interés comercial que la novela. Lavín dice en uno de sus ensayos de *Cuento sobre cuento* que éste “no goza de la total simpatía de las casas editoriales comerciales y acaba siendo privilegio de instituciones y universidades con [...] una deficiente distribución”.

Empiezan a circular estudios —no suficientes— sobre la falta de autocritica del género masculino en varios terrenos, uno de ellos el literario; o sea, sobre la falta de espacio y oportunidades para las mujeres, la disparidad del número de escritoras y escritores, etcétera. Para comprobarlo está el hecho de que la mayoría de los referentes cuentísticos de Mónica Lavín son hombres (Chéjov, Maupassant, Hemingway), si bien ella reconoce a mexicanas como Rosario Castellanos y Elena Garro, así como las extranjeras Emilia Pardo Bazán, Katherine Mansfield, Carson McCullers y recientemente Alice Munro. Mónica Lavín lo dice en una de sus reflexiones en torno al cuento: “Las mujeres hace no mucho aparecimos en la escena literaria, [y] en las aguas del cuento somos relativamente nuevas”. Si bien no pone énfasis en su perspectiva de género, lo que le interesa es “suponer la conducta y pensamientos de un hombre tanto como los de una mujer”. “No escribo desde la consciencia de ser una mujer nacida en la segunda mitad del siglo sino desde el impulso vital de hurgar en las vidas ajenas, sea cual sea su género, edad y origen, y construir un mundo creíble y perturbador.”

En los cuentos de Lavín es posible ver varias cualidades, más allá de la amplia gama de personajes masculinos y femeninos. No son las mujeres que ahí aparecen dependientes de un hombre, ni sus conversaciones giran en torno a ellos. Mónica Lavín alcanza la particularidad anfibia del narrador en varios cuentos de *A qué volver*, como aquel en el que muestra la fragilidad masculina: “Una tripa muerta y seca (Sympathy for the devil)”, donde un joven, presionado por sus amigos que frecuentan prostitutas, termina con una de ellas, quien, cansada de los inexpertos efebos, reacciona burlescamente ante la flacidez de su miembro. En otras historias se retrata la vulnerabilidad de personajes femeninos que, por el contexto machista, deben afrontar una atrocidad: ser presas de los impulsos de los varones. En “La lagartija”, el adulterio de ambas partes de una pareja heterosexual desemboca en violencia sólo hacia la mujer, y en “Los hombres de mar”, una audaz reportera se



Foto: Svitlana Unuchko

filtra en un barco carguero de las costas veracruzanas para hacer una crónica; a bordo, rodeada de hombres, uno de ellos la venera como deidad hasta que su halo divino queda en entredicho.

A *qué volver*, selección hecha a partir de diez libros ya publicados, más algunos cuentos extraídos de revistas o suplementos, se divide en tres partes: “El otro”, “Lo otro” y “Nosotros”. La selección de los subtítulos marca una clara dirección en sus temáticas: a Mónica Lavín le interesa la otredad. No hay cuento que no involucre a otra persona: cómo nos vinculamos con el prójimo, cómo deseamos ser el otro o incluso cómo terminamos imitándolo o convirtiéndonos en él.

“El otro” está compuesto por cuentos que, en su mayoría, abordan conflictos de amantes; no sólo con respecto a los celos o los deseos insatisfechos sino con un foco narrativo que apela a la sorpresa o a la reflexión. En “La carta”, un comensal recibe misivas hasta enamorarse de un remitente sin rostro; en “A qué volver (Play with fire)”, que da título a la antología, un hombre carcomido por los celos deja a su esposa afuera de su casa durante días, hasta que negocian regresar a la cotidianidad tensa e infernal del café del desayuno; mientras que en “Todas las playas son la misma playa” Julia rememora esos pedazos de arena en los que ha estado, mezclando tiempos y personas.

En “Lo otro” hay un juego entre el absurdo, el horror y la angustia, un tipo de voyeurismo como en “Los diarios del cazador”, en el que una investigadora renta una casa y empieza a interesarse por la vida de su casero, o “El hombre de las gafas oscuras”, donde una mujer estudia los movimientos de un oficinista que sale al parque.

En esta selección, una de las facetas más logradas la consigue en varios relatos en que los personajes aparentan ser alguien y volverse otro. En “Uno no sabe”, un hijo va a Estados Unidos a buscar a su madre, que lleva varios años ausente: cuando la encuentra, a la manera de un Edipo retorcido y consciente —por parte de él, no ella, puesto que no lo reconoce— hacen el amor; en “Intromisión” hay un intercambio

de espacios y de roles entre una señora de clase media y una trabajadora de la limpieza que enferma, quien se muda de habitación y recibe a su familia; la que estaba acostumbrada a que le cocinaran ahora cocina, duermen en lados distintos y así hasta que, como en la película *Ahí está el detalle*, donde los múltiples hijos de Cantinflas se apropian de una casa burguesa, la situación se sale de control. En "La sobremesa", una mujer llega al restaurante de un hotel, recibe viandas exquisitas, prueba vinos enviados por un remitente anónimo, que termina acostándose con ella, y hacen de ese juego un ritual hasta que hay una fusión de roles: uno desaparece y el otro ocupa su lugar.

El tercer apartado, "Nosotros", apela a la nostalgia, también presente en algunos de sus ensayos de *Cuento sobre cuento* (los manuscritos, la tecnología, la falta de revistas), y al retrato de una clase media capitalina que aparece a lo largo del libro, como en "Amor de madre", en el que una *escort* suple las carencias maternas de sus clientes en un entorno de restaurantes finos y viajes al extranjero, o en "Placeres cárnicos", donde la discusión de unos padres (sobre qué parte de la vaca llevarse) se vuelve, con el tiempo, la forma en que sus hijas los recordarán.

La separación del libro en tres secciones podría verse como arbitraria; su temática es diversa y en todas aparecen aficiones, planteamientos y manías comunes, como pasa con muchos escritores. Lo peculiar es el esfuerzo por evitar lo previsible, tal como exige ella del cuento. Y el libro, acertadamente, no da una sensación unitaria. Ella busca que un cuento sea tan intenso como para no leer más de uno al día, o de ser posible a la semana. Por esa razón, éste no es un *libro de cuentos*, sino que cada uno es efervescente por sí mismo, siguiendo la metáfora del Alka-Seltzer: al principio redondo, amable, blanco, pero en el agua produce una explosión de efecto retardado. Es común hoy en día que tanto las becas como los concursos exijan al libro de cuentos una estructura en la que cada uno esté justificado en relación con otro. Sin embargo, la idea de proyecto, aunque en conjunto pueda ser atractiva, no necesariamente beneficia a las piezas en su particularidad. Es algo propio de esta época cuyos efectos, de momento, ignoramos. Coincido con Mónica Lavín: uno se acuerda de cuentos, no de un *libro de cuentos*. En ese sentido, ella es coherente en su antología personal.

La intensidad que procura viene de la digestión (apoyada en su Alka-Seltzer) de sus teorías favoritas del siglo XX: el iceberg de Hemingway, el *fade out* de Carver, el látigo joyceano, la doble historia pigliana, el nocaout de Cortázar. Por eso, los suyos no son cuentos como los que en

el siglo XXI empezaron a circular con afán de desmarcarse del pasado —distintos puntos de vista, otras plataformas, historias fragmentadas, libros que repiten protagonista o temática, a veces a medio camino hacia la novela, entre otras innovaciones—; para Lavín, el cuento es un territorio bien plantado en la tradición, y los que forman parte de *A qué volver* serán un referente dentro de ésta. **U**

TEMPORADA DE HURACANES

FERNANDA MELCHOR

LA DEVELACIÓN DE LA INDIFERENCIA Y LA DESESPERANZA AZOTANDO A VOCES

Lucía Treviño

Es una voz la que nos describe la procesión de niños que avistó el cadáver en el canal. La historia continúa a dos voces, tres y hasta diez, hasta acumular los aires del pueblo, de quienes lo han visto todo, o una parte del todo, alzándose como huracanes para contarnos lo que pasó “ese día”.

Después de la temporada de huracanes que azotó en el 78, cuando resurgía la comunidad de La Matosa y sus alrededores, una segunda temporada de huracanes, formada por la desesperación y la desesperanza, alcanza su punto álgido para hacer que varios personajes reaccionen hasta arrasar con la vida de la Bruja. El cadáver queda suspendido como el ojo de un huracán, como una cámara que transgrede tiempo y espacio, que observa el arremolinamiento de las historias que se tejieron en el pasado y se relacionaron hasta llegar a él.

Los capítulos son de largo aliento, las voces desbocadas desarrollan un lenguaje a manera de huracán, avanzando a un ritmo que no le permite pausa al lector, donde cada capítulo sucede hasta que se termina de narrar de una vez por todas. Los cambios en la voz se deben a que la novela condensa todas las voces que la forman. Cuando se repite lo que pasó desde otro ángulo, hay una reverberación de los aires atrapados, con lo que se refuerza el ritmo desenfrenado, la cadencia aumenta de velocidad, se introducen nuevos aspectos de la historia y se confirma lo que sí pasó. Después del primer capítulo se abre una caja china y se nos presenta a los personajes involucrados:



Penguin Random House, México, 2017



Foto: Marina Patzen

sus gestos, su pasado, sus emociones, ilusiones y sueños; el carácter de cada uno se define poco a poco y las acciones los van cruzando.

El registro de la novela hace revolotear las historias: huracanes cargados de rayos, de agua, de súplicas y de maldiciones, chismes, mitos y supersticiones, que truenan desde la viva voz de sus personajes. A veces quien escuchó la anécdota es el que la cuenta; otras, el personaje involucrado relata a manera de confesión. Fernanda Melchor reproduce la estructura de los chismes: una primera versión de hechos se constata con una segunda que aporta nuevos detalles. La verdad se arma con posibilidades, mientras que lo que unifica a esa voz es el tono del terreno, ecos que se expanden dentro del paisaje desolado.

Temporada de huracanes es una novela en la que Fernanda Melchor entrelazó los huracanes creados por las voces reveladoras de las puliones de estos personajes, hasta contagiarnos con su desesperanza: ésa que lleva al abandono de una familia, al maltrato de una nieta, a estar continuamente drogado y alcoholizado, a dejarse seducir por el padrastro y quedar embarazada para luego abortar, y a cometer un asesinato. La autora sugiere una proyección de la condición humana donde, al perder toda esperanza, se sucumbe a la violencia, a la huida y a la muerte. *Temporada de huracanes* es una novela que devela la voz de la indiferencia y la desesperanza de un país que se ha acostumbrado al horror.

*La acumulación: los huracanes se forman cuando una serie de tormentas eléctricas se acumulan y se desplazan sobre aguas oceánicas cálidas.*¹

Temporada de huracanes es una novela tejida con una acumulación de voces que narran lo ocurrido en La Matosa. Aires desenvol-

¹ Los párrafos en cursivas están tomados de "Cómo se forman los huracanes en 6 pasos", *BBC Mundo*, octubre de 2016: www.bbc.com/mundo/noticias/2015/10/151023_guia_huracanes_ip

viéndose para tomar fuerza con cada capítulo que transcurre, contándonos la vida de cada personaje y lo que sucedió hasta llegar a la escena del cadáver. La imagen del cuerpo muerto funciona como el símbolo final de la acumulación de la desesperanza; en los capítulos subsecuentes se revelan las voces que fueron parte de esa acumulación, las acciones que profundizaron el sentimiento hasta alcanzar el hecho final.

Elevación: el aire de la tormenta y la brisa del mar se combinan y comienzan a elevarse, esto sucede bajo presión en la superficie del océano.

Desde el segundo capítulo la cámara se eleva para retroceder en el tiempo, y así darnos a conocer a los personajes y los eslabones que armaron la historia para, entonces, cerrar el círculo y completar el paisaje, aunque pareciera que una vez sellado continuará circulando.

Sin que el lector lo sepa, en el segundo capítulo se evidencia de quién es el cadáver en el canal, y se nos presenta a la Bruja. A partir de aquí la narración es una mezcla de voces: un personaje nos habla sobre otro, relatando un chisme que todo el pueblo conoce, como una corriente de aire donde escuchamos la voz del personaje que lo confirma, y no es que se presente en una estructura de diálogo, sino que aparece abruptamente tomando la narración con su viva voz.

El giro: los vientos que circulan en direcciones opuestas hacen que la tormenta comience a girar. La elevación del aire cálido hace que la presión disminuya a mayor altitud.

La historia pudo haberse quedado como una nota roja, algo que describiera los hechos de un título como "Encuentran cadáver de travestida en el canal". Sin embargo, la acumulación de las voces narradoras del pueblo nos arroja a mayores profundidades, es el giro que nos sumerge en las grietas del suelo de cada personaje, ya que se ahonda en su carácter y en las motivaciones de las acciones que culminaron con el asesinato de la Bruja.

Otro aspecto destacado es que el tercer capítulo inicia apuntando hacia "ese día", o sea el del asesinato, porque cuando en la novela se nos habla de "ese día", se evidencia que el resto de las historias y de las pulsiones suceden en torno a los detalles que llevaron a los personajes al momento del asesinato.

Baja presión: el aire se eleva cada vez más rápido para llenar este espacio de baja presión, atrayendo a su vez más aire cálido de la superficie del mar y absorbiendo aire más frío y seco hacia abajo.

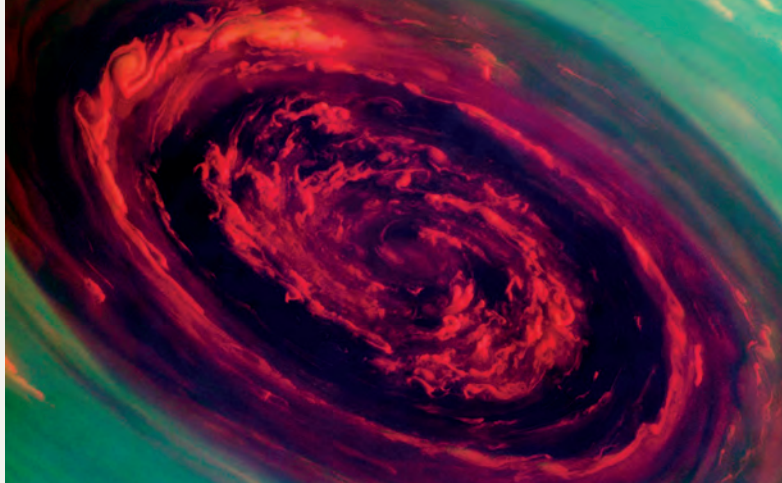
En cada capítulo se menciona a un personaje en específico; conocemos su biografía y su historia, su carácter y los detalles que lo forjaron. Por eso la novela aparece como una especie de caja china: después de abierta la primera caja hay una segunda en la cual se le cede el spot a los diferentes involucrados, e incluso hasta se les “pasa el micrófono” para conocer su parte en la historia.

Primero está el cadáver, después los detalles de la infancia de la Bruja, de su madre, y el mito del tesoro. Y los siguientes personajes: la vida de Yesenia, de su primo Luismi y de su abuela. La confesión de Munra que sucede frente al Ministerio Público de la Villa. Pero antes aparece Norma, quien funciona como un atisbo de ánimo para Luismi, y a quien él y Munra terminan llevando al hospital para que no se desangre por un aborto al que recurrió, alentada por Chabela, la madre de Luismi. Él sale deshecho del hospital, y es cuando se encuentra con Brando, que busca huir del pueblo, y entonces planean ir a casa de la Bruja. Munra los lleva creyendo que van a hacerle una broma a la travestida, pero Brando y Luismi van a buscar el tesoro del que tanto se habla que ella conserva, y terminan matándola. Una serie de decepciones particulares se acumulan en cada uno de ellos, y en medio de este ambiente, unidos por la desesperación y la desesperanza, es cuando llevan a cabo el asesinato de la Bruja.

Velocidad: a medida que la tormenta se va desplazando sobre el océano, va absorbiendo más aire húmedo y cálido. La velocidad del viento aumenta cuando el aire va siendo chupado por el centro de baja presión. Pueden pasar horas o varios días hasta que la depresión se convierte en huracán.

Mediante la repetición de los hechos, cuando los diferentes personajes van confirmando lo que les pasó, creando una versión de la verdad, se producen las historias como aires, los aires como historias, hasta que se vuelven huracanes que se levantan, conformados por lo que se cree, por lo que se siente, por las confesiones que son arrastradas y empujadas por la sensación de una desesperanza que sólo va en aumento.

En el caso de los personajes que son asesinos, si la decepción no hubiese continuado escalando, tal vez no hubieran llegado hasta ese



Huracán sobre el Polo Norte de Saturno, tomada por la sonda espacial Cassini de la NASA

punto. La desesperación cobra el tono de la desesperanza cuando la acumulación de los acontecimientos representa fracasos, y es tan grande que la salida se torna un hoyo negro, una fuerza que lleva a la muerte, un cuerpo que finaliza en la fosa común.

Ojo: los huracanes están formados por un ojo o centro de vientos calmos rodeados de una banda nubosa de fuertes vientos y tormentas con pesadas precipitaciones.

El ojo en la novela *Temporada de huracanes* es el cadáver de la Bruja, pero también lo es La Matosa, un lugar desolado y triste, que nos recuerda a la Comala de Rulfo o a la Santa María de Onetti. Un terreno con pocos habitantes, donde no hay trabajo ni comercios ni bienes por explotar, con excepción de las parcelas de caña, árboles de mangos y el río con un canal. La Matosa renace años después del huracán del 78, gracias a la construcción de la carretera que une al puerto y a la capital con los pozos petroleros descubiertos en Palogacho. Una obra que atrae la creación de fondas, cantinas, posadas, y congaes, pero también La Matosa se petrifica cuando muere la Bruja.

El primer capítulo es el final, y al final la historia cierra cuando el abuelo recibe el cadáver de la Bruja en la fosa común. Quedan circulando en espiral, como huracanes contenidos con las anécdotas que se desatan en cada personaje y sus sueños, sus miedos y sus tragedias. Su desesperación y la consumación de una desesperanza que los termina uniendo.

En ese capítulo se propone un atisbo de luz, a manera de celebración de los muertos, de las creencias en México con respecto a la muerte, cuando el abuelo recibe el cuerpo de la Bruja en la fosa común y lo escuchamos: su voz de viejo encaminando las almas hacia la luz, transmitiendo que, ahora los muertos, aun después de la peor de las muertes, descansan en paz. **U**

NUESTROS AUTORES



**Ezra
Alcázar**

es cuentista, editor y difusor cultural. Estudió periodismo en la FCPyS de la UNAM. Es miembro de Para Leer en Libertad, editor de *Inundación Castálida* (revista del Claustro de Sor Juana) y colaborador de *El Ombligo de la Luna*. Recientemente editó junto con Tatiana Shvaliova el libro *Románov. Crónica de un final 1917-1918*.



**Tariq
Ali**

(Lahore, Pakistán, 1943) es escritor, director de cine e historiador. Miembro del Internacional Marxist Group, fue editor de la *New Left Review*. Entre sus numerosos libros se encuentran *Street-Fighting Years: An Autobiography of the Sixties* y *Who's Afraid of Margaret Thatcher?: In Praise of Socialism*.



**Hermann
Bellinghausen**

(Ciudad de México, 1953) es periodista, narrador y poeta. Estudió medicina en la UAM. Ha sido editor de la revista *Ojarasca* y es corresponsal en Chiapas de *La Jornada*. En 1995 ganó el Premio Nacional de Periodismo al mejor reportaje, pero declinó el galardón. Es autor, entre otros libros, de *Acteal: crimen de Estado*.



**Alberto
Blanco**

(Ciudad de México, 1951) desde 1979, cuando apareció *Giros de faros*, ha publicado 33 libros de poesía en México y 15 en otros países; diez más con sus traducciones de poesía y varios ensayos sobre artes visuales. Por *El canto y el vuelo* obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia 2017.



**Roberto
Bolaño**

(Santiago de Chile, 1953-Barcelona, 2003) fue uno de los más destacados narradores hispanoamericanos de la última parte del siglo XX. Con su novela *Los detectives salvajes* obtuvo el Premio Herralde en 1998 y el Premio Rómulo Gallegos en 1999.



**Bibiana
Camacho**

es escritora, editora y encuadernadora. Es autora de los libros de cuentos *Tu ropa en mi armario* y *La sonámbula*, así como de las novelas *Tras las huellas de mi olvido* (mención del Premio de Primera Novela Juan Rulfo) y *Lobo*.



**Óscar
de Pablo**

(Cuernavaca, 1979) es autor de poemarios como *El baile de las condiciones*, *Dioses del México antiguo* y *De la materia en forma de sonido*, así como de la novela *El hábito de la noche* y el relato histórico *El capitán Sangre fría*. Ha obtenido los premios de poesía Elías Nandino, Jaime Reyes y Francisco Cervantes.



**Sergio
de Régules**

es físico y divulgador en la Dirección General de Divulgación de la Ciencia de la UNAM. Colabora en diversos medios y en el Museo de la Ciencia Universum; dicta conferencias sobre divulgación científica, escribe artículos, crea y organiza exposiciones. Algunos de sus libros son *El renovador involuntario* y *El sol muerto de risa*.



**Mariano
del Cueto**

(1990) es egresado de Comunicación Política en la UNAM. Ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de narrativa en dos periodos: 2016/2017 y 2017/2018, y ha publicado diversos textos en *Pliego 16*, *Cultura Urbana*, *Cuadrivio*, *Punto en Línea* y *Este País*.



**Ana
Emilia Felker**

es autora de *Aunque la casa se derrumbe*. Ganó el Premio Nacional de Periodismo 2015 en crónica. Estudió en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Ha sido becaria de la FLM y del FONCA. Realiza el doctorado en estudios hispánicos y escritura creativa en la Universidad de Houston.



**Julieta García
González**

(Ciudad de México, 1970) es narradora, periodista y editora. Estudió letras hispánicas en la UNAM. Ha publicado cuento, novela y literatura infantil. Es colaboradora de *Letras Libres* y *Este País*. Su último libro es *Cuando escuches el trueno*.



**Karim
Hauser**

nació en México de padre mexicano y madre egipcia. Estudió relaciones internacionales y teatro en México, así como una maestría en radio en la Universidad de Londres. Trabajó para la BBC en Reino Unido y como corresponsal en Oriente Medio. En Madrid gestiona las cuestiones sociopolíticas en Casa Árabe.



**Marta
Lamas**

(Ciudad de México, 1947) es antropóloga y profesora-investigadora adscrita al Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG), así como catedrática de ciencias políticas del ITAM. Desde 1990 edita una de las más importantes revistas feministas de América Latina, *Debate Feminista*.



**Soledad
Loaeza**

(Ciudad de México, 1950) es catedrática, escritora e historiadora. Licenciada en relaciones internacionales y doctora en ciencias políticas, se ha especializado en el estudio del proceso de democratización de la sociedad mexicana. Fue galardonada con el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el 2010.



**Fabrizio
Mejía Madrid**

(Ciudad de México, 1968) es autor de novelas como *Hombre al agua* (Premio Antonin Artaud), *Tequila DF*, *Disparos en la oscuridad* y *Vida digital*; asimismo, ha publicado libros de crónica como *Pequeños actos de desobediencia civil*, *Salida de emergencia* y *Días contados*. Su novela más reciente es *Esa luz que nos deslumbra* (2018).



**Augusto
Mora**

es ilustrador e historietista. Ha sido becario del programa de jóvenes creadores del FONCA en dos ocasiones y ganó el Premio Nacional de Novela Gráfica convocado por Editorial Jus en 2010. Es autor de *Cosas del infierno*, *Muerte querida* y *Tiempos muertos*, entre otras obras.



**Philippe
Ollé-Laprune**

(París, 1962) es editor, escritor y promotor cultural. Dirigió la oficina del libro de la Embajada de Francia en México, y fue director-fundador de la Casa Refugio Citlaltépetl y de la revista *Líneas de fuga*. Actualmente coordina la red ICORN en América Latina y es locutor del programa radiofónico "Acentos" en Opus 94.



**José Luis
Paredes Pacheco**

es escritor, músico y promotor cultural. Es historiador por la ENAH y maestro en historia del arte por la UNAM. Fue baterista fundador del grupo de rock Maldita Vecindad y los Hijos del Quinto Patio. Actualmente es director del Museo Universitario del Chopo de la UNAM y miembro de la *Association of Art Museum Directors*.



**Marina
Porcelli**

(Buenos Aires, 1978) es narradora y ensayista. Publicó *De la noche rota* y *La cacería*. Obtuvo el Premio Edmundo Valadés de Puebla y ha realizado residencias artísticas en México, Canadá y China. Colabora regularmente en periódicos y revistas.



**Yelitza
Ruiz**

(Iquala, 1986) es poeta y ensayista. Estudió la licenciatura en derecho y la maestría en estudios de arte y literatura en la Universidad Autónoma del Estado de México. Directora del Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores “Acapulco Barco de Libros”, en 2013 obtuvo la beca para Jóvenes Creadores del FONCA.



**César
Tejeda**

(Ciudad de México, 1984) ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas y del Programa Jóvenes Creadores del FONCA. Es autor de las novelas *Épica de bolsillo para un joven de clase media* y *Mi abuelo y el dictador*. Forma parte del equipo editorial de Ediciones Antílope.



**Lucía
Treviño**

es lectora y correctora de estilo. Creció en Mexicali. Ha trabajado en agencias de comunicación digital, en una ONG, impartiendo clases, dando talleres y dictaminando novelas. Ha publicado textos en *Vice* y *Sin Embargo*. Colabora con el Museo Tamayo y con la Universidad Autónoma de Baja California.



**Jorge
Volpi**

(Ciudad de México, 1968) es narrador y ensayista. Es licenciado en derecho y maestro en Letras Mexicanas por la UNAM, y doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca. Desde 2016 funge como coordinador de Difusión Cultural de la UNAM. Su libro más reciente es *Una novela criminal* (Premio Alfaguara 2018).



**Gina Zabludovsky
Kuper**

es socióloga y escritora. Académica de tiempo completo de la UNAM. Sus libros más recientes son *Las voces y los ecos*, *Cuatro etapas del pensamiento social en México*, *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología* y *No entiendo a las mujeres*. Twitter: @ginazabludovsky



**Michael
Žantowský**

(Praga, 1949) es diplomático, político, periodista, traductor y psicólogo. Ha sido embajador de la República Checa en el Reino Unido, así como en Israel y Estados Unidos. Fue vocero, secretario de prensa y consejero del presidente Václav Havel, de quien escribió una biografía en 2014.